



El último

Susurro

Gema Tacón

El último
Susurro
Gema Tacón

Una serie de asesinatos sin resolver asaltan la ya de por sí complicada vida de la inspectora de policía Kate Warne, sin que sepa que la clave de todo se encuentra en ella misma.

Tras el duro golpe de perder a su pareja y compañera en una misión encubierta, Kate se convierte en la sombra de lo que fue, hasta que un asesino en serie la obliga a regresar a la realidad. Las partes amputadas y desaparecidas de las víctimas del Silenciador de Susurros, apodado así por la prensa, hacen que la investigación de Kate sea a contrarreloj para evitar que el homicida deje otro cadáver más. Cada vez que cree estar a punto de atraparlo la historia da un giro y alguien cercano a ella sufre las consecuencias.

Nuevas pistas reconducen el caso guiándola por los entresijos de su pasado. Equivocarse de persona la llevará al borde de la locura, pero ¿qué pasará cuando descubra la verdad? ¿Qué tiene que ver el asesino con los artistas muertos? ¿Podrá Kate asimilar lo que está por descubrir?

Un thriller policíaco lleno de sucesos inesperados, que harán al lector adentrarse en la mente de nuestra protagonista y vivir con ella cada nuevo obstáculo a superar.

Primera edición: junio de 2017

© Gema Tacón, 2017
Portada © Mónica Gallart, 2017

Corrección: María Elena Tijeras
Maquetación y asesoría editorial: Israel Alonso

Todos los derechos reservados

Depósito legal: CA 294-2017

Impreso en España

Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web

www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Contenido

Contenido

Prólogo

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Ocho

Nueve

Diez

Once

Doce

Trece

Catorce

Quince

Dieciséis

Diecisiete

GLOSARIO DE NOMBRES

Glosario de Lugares

Agradecimientos

Prólogo

Conocer a Gema Tacón ha supuesto en mi vida personal algo así como una «experiencia religiosa». Admito que antes de coincidir con ella en Sevilla, en el evento Literalía, no la conocía; sin embargo, es de esas personas que no pasan desapercibidas allá donde aparece. Supongo que se debe a ese factor que tenemos en común, ser piscis, que nos impulsa a mostrarnos afectuosas y abiertas cuando nos sentimos a gusto con la gente. Ese día armonizamos a la primera, reímos muchísimo y prometimos leernos.

De Gema he de decir, ante todo, que es muy buena persona; pero lo que nos trae aquí es su faceta como escritora. Ya, sí la he leído, y no solo en esta novela, *El último susurro*, sino en otras obras suyas de temática juvenil, con seres fantásticos, el de los héroes y heroínas de humor ácido y acción rápida. Gema es versátil por naturaleza y ha demostrado que puede adentrarse en otros géneros. Aquí nos trae una novela policíaca, con un mundo supercurioso y absolutamente desconocido para mí, el de los ASMR (¡incluso creí que se lo había inventado hasta que vi los agradecimientos al personal que la ha asesorado!); pero sobre todo me encanta su particular manía de jugar con las identidades de los protagonistas. No os podéis perder el glosario final porque en él descubriréis que nuestra amiga ha tomado prestado los nombres e incluso las profesiones de personajes reales para integrarlos en su historia. ¡Imaginación y documentación no le falta!

La novela, su primera incursión en este género, le ha quedado bastante digna y si a ello le sumamos la magnífica portada de Mónica Gallart, no podéis dejar de leerla.

Para mí, ha sido un honor que me solicitara escribir el prólogo de su historia. No tengo ni idea de si era esto lo que quería, pero es lo que me ha salido (¡fijo que ya no me lo pide más!) Igual que ella es novata en las lides policiales, yo lo soy en las prologueras.

De todos modos, contamos con vuestra benevolencia y vuestras ganas de seguir compartiendo el universo de Gema, ese que te hace reír, porque es para lo que ella ha nacido; para poner una sonrisa en nuestros semblantes y alegría en los corazones.

Mucha suerte en tu trayectoria, Gema.

Un fuerte abrazo.

Mercedes Gallego.

Uno

Arrojé contra la pared algo que estaba penetrándome los tímpanos como si quisiese devorarme por dentro. Me di la vuelta, me escondí bajo la manta y continué durmiendo mi muy merecida resaca de la noche anterior. Definitivamente, no debí haber tomado esa última copa, tampoco tenía a nadie esperándome para echarme la bronca por llegar en el estado en el que lo hice, y no me importaba en absoluto lo que los vecinos cuchicheasen a mis espaldas. Con vaciarles por la ventana del patio los ceniceros llenos de colillas sobre sus blanquísimas y monísimas sábanas ya tenía mi venganza más que solventada, y como resulta que soy policía, no tenían huevos de subir hasta mi mugriento ático a decirme a la cara lo que realmente opinaban sobre mis salidas nocturnas y mis llegadas al amanecer cada día, con un hombre o mujer diferente, seguido de los políticamente incorrectos gemidos y jadeos.

Tocaron el timbre con insistencia logrando que me despertara de peor humor del que me levantaba a diario. Me dirigí hasta la puerta principal, abrí y allí estaba la pobre y temblorosa Clea, mirándome bajo sus enormes gafas y cubriéndose el resto de la cara con un monumental dossier lleno de papeles que, de seguro, pretendía que me leyese.

Me di la vuelta, la dejé de pie en la entrada y corrí por el pasillo para introducirme de nuevo en mi deshecha y alborotada cama.

—Kate, la jefa está como loca buscándote. Te ha llamado al móvil cientos de veces. Se quedó gritando que o aparecías de inmediato o te quedarías sin empleo y sueldo hasta el día del juicio final —me advirtió a la vez que levantaba las persianas. Me destruyó las retinas con ello.

—¡Dile que no me encuentro bien! —grité lanzándole un cojín a la cabeza, con la esperanza de impedir que siguiese abriendo más ventanas.

—Tenemos un caso, Kate —me informó haciendo que le prestase atención por primera vez desde que llegó—. Ha muerto una mujer de mucho dinero y hay que investigarlo antes de que se filtre a la prensa.

Eso ya me gustaba un poco más. Últimamente, la zorra de la jefa de policía lo único que me había asignado era un puñado de casos de ladrones de tres al cuarto.

—Y ¿cómo es que tu vanagloriada superiora quiere contar conmigo para este asunto tan importante? —pregunté irónica.

—Te han asignado un compañero nuevo —me respondió, temerosa por mi reacción.

—¡He dicho mil millones de veces que no quiero a nadie! ¡Yo trabajo sola! —concluí enfurruñada y me fui al baño a darme una ducha de agua fría para intentar despejarme un poco, antes de soportar la cara de mujer diez de la señorita Pato.

Desde la ducha pude escuchar como Clea recogía la casa y fregaba los platos. Si no la quisiera tanto me casaría con ella, el problema era que mis relaciones, ya fuesen con personas de mi mismo sexo o del contrario, nunca terminaban bien.

Entré de nuevo en el dormitorio tal y como mi madre me trajo al mundo, haciendo que Clea se ruborizase y tuviese que mirar hacia otro lado, a la vez que mi amiga me acercaba una humeante taza de café recién hecho. Me embuté unos vaqueros y me coloqué la camiseta que menos arrugas tenía de todo mi desastroso armario. Me miré en el espejo para intentar peinarme; había empapado la camisa con las puntas de mis todavía mojados rizos. Hice el amago de cogerme una coleta, pero en el reparto de miembros, algún gracioso me dotó de unas orejas bastante considerables y al final siempre terminaba por dejármelo suelto para así poder ocultarlas. Unas enormes ojeras dibujaban el contorno de mis marrones y grandes ojos. Me encogí de hombros resignada, abrí el bolso, saqué un paquete de tabaco y encendí el que sería mi primer cigarrillo del día.

El maldito timbre del teléfono sonó de nuevo desde donde quisiera que hubiese caído. Clea lo rescató debajo de una montaña de ropa sucia que había apilada a los pies de la cama y me lo entregó, suplicándome con la mirada.

—Señora Pato —leí en alto justo antes de descolgar y tras encender el altavoz, para poder ponerme los zapatos mientras hablaba—. Buenos días, jefa.

—¡Buenas tardes, detective Warne! —saludó irónica—. Me preguntaba si tenía pensado aparecer hoy por el trabajo.

—Se me ha pinchado la rueda del coche. Estoy de camino —mentí.

—No tarde demasiado, la estamos esperando —se despidió. Había creído lo del coche—. Por cierto, Warne.

—¿Sí, jefa Dick?

—Cuando venga acérquese también por la zona de vehículos. Anoche se llevó la grúa el suyo. —Un pi, pi, pi, pi, pi... fue lo último que escuché.

—¡Mierda!

—¿Qué? —quiso saber Clea.

—Odio a la Pato —aseguré mientras salíamos de mi apartamento.

Cuando bajamos las escaleras nos cruzamos con la metiche y puritana vecina del tercero, quien regresaba de sacar a pasear a su malcriado Cotón de Tuléar¹, y nos miraba de reojo, escandalizada. Paré a Clea justo frente a la puerta de la chismosa vecina, la abracé y le di un beso en los labios introduciéndole la lengua hasta la campanilla, lo que provocó que a la vieja se le cayesen las llaves de las manos al intentar entrar rápido en su casa, para así dejar de contemplar la escena infernal que tenía ante sus narices.

—Tienes que dejar de hacer eso —se quejó Clea, limpiándose mis babas.

—¿Besarte? —pregunté, divertida, al mismo tiempo que tapaba la mirilla de la puerta de la buena señora con el pulgar y la escuchaba resoplar detrás.

—Aparte, tienes que dejar de llamarla así. Cualquier día se te escapará delante de ella —advirtió.

—¿La has visto andar? Y además se apellida Dick —recordé.

—¡Pato es duck, Kate! —corrigió.

—Es lo mismo —respondí saliendo del bloque y pidiéndole las llaves de su coche.

—Todavía hueles a alcohol, no creo que debas conducir —negó, pero yo sabía de sobra cómo conseguir cualquier cosa de Clea.

Le puse cara de perrito abandonado y me dirigí hasta ella con gesto de niña juguetona. Coloqué mis heladas manos bajo su delicada blusa de seda, a lo que ella respondió con un respingo. La rodeé con mis brazos y le robé el mando del coche del bolso en menos de un segundo sin que se diese cuenta. Se lo enseñé, le guiñé un ojo y me senté en el asiento del conductor. Bajé la ventanilla y le sonreí.

—¿Te llevo, rubia?

—¡Eres horrible! —me amonestó resignada.

A veces me sentía como una completa zorra por jugar con sus sentimientos, sabía que ella estaba coladita por mí, lo malo era que al minuto se me olvidaba. Es lo que tiene poseer memoria fotográfica, recuerdo cosas insignificantes y deshecho las que seguramente sí valen la pena.

Clea era la típica pueblerina asustadiza y empollona que había venido a la gran ciudad tras sacar las mejores notas en la universidad y poner kilómetros de por medio para ocultar un gran y terrible secreto a su muy entrañable familia. Era la mujer más femenina, dulce y atractiva que había visto en mi vida. Todos los hombres de la comisaría suspiraban por sus huesos, cosa que teniendo en cuenta que era la forense tenía bastante gracia. Era rubia, de piel blanca como la nieve, con una larga melena lacia, unos preciosos ojillos azules, unos estupendos labios carnosos y unas larguísimas piernas de vértigo. Por mucho que intentase mimetizarse con el armario, una servidora sabía de sobra que lo que le atraían a Clea no eran los hombres sudorosos, precisamente.

Al llegar a la comisaría ni la Pato ni el equipo que trabajaba de modo habitual con Clea estaban en el edificio.

—Te han dejado una dirección por si se te ocurría aparecer —dijo el policía que estaba de guardia en la garita de la entrada, dándome un papelito doblado.

—Avenida de los Descubrimientos, casa ciento treinta y seis —léí en alto.

Esperé a que Clea cogiese sus bártulos y nos fuimos donde nos habían indicado. Conocía esa zona; era un grupo de mansiones con las que tan solo podría soñar, gracias a mi supersueldo. No me costó demasiado trabajo encontrar el sitio. La entrada estaba llena de fotógrafos, furgonetas de televisión con antenas instaladas en el techo y los típicos curiosos que abarrotan siempre las escenas del crimen, los que misteriosamente aparecen incluso antes que la ambulancia. Pasamos entre la multitud tocando el claxon y recibiendo algún que otro improperio por parte de la prensa.

—Ya era hora de que llegaras. La jefa está que trina —informó el policía que vigilaba que nadie se colase.

—¡Tampoco he tardado tanto! —protesté.

—Me refería a Clea. No eres tan importante, Warne —respondió, despectivo, dejándonos pasar.

El gordo inútil me tenía el mismo aprecio que yo a él. Lo sobrepasé dándole un golpe con el hombro y gruñendo al franquearlo.

—Kate, relájate —me aconsejó Clea.

Anduvimos por un camino bordeado por una hilera de rosas de colores a cada lado. La casa constaba de tres plantas, cuatro si se contaba el sótano. Casi pegadas al suelo había unas ventanitas que de seguro eran los tragaluces de ese piso. Todo el césped estaba en perfecto estado y cortado al milímetro. Cuatro escalones de piedra caliza

blanca daban acceso a un magnífico porche, en el que me podría pasar horas tumbada en la hamaca metálica que abarcaba todo el lado derecho. Una majestuosa puerta principal con un gracioso picaporte, introducido en la boca de un león dorado, recibía a los visitantes de la señorial casona.

Más policías y personal médico inundaban el hall, que se comunicaba con un colosal salón. Al vernos, se detuvieron y cuchichearon. Odiaba que la gente no fuese capaz de hablarme a la cara, aunque en el fondo, después de lo que pasó con Lydia no podía culparles, pero sí enfadarme. Aquello quedó aclarado y ningún indicio físico me señaló como culpable de su muerte; sin embargo, eso no quería decir que no me atormentase cada noche, cada hora, cada segundo de mi miserable vida y que no hubiera estado dispuesta a dar hasta mi última gota de sangre a cambio de que ella siguiese viva.

Atravesamos un impresionante pasillo repleto de estanterías, con premios de carreras de coches y fotos en las que salía un señor mayor con bigote inglés y, a su lado, en todas ellas abrazándolo, una sonriente morena con los pelos a lo Whoopi Goldberg y los ojos más saltones que había visto en mi vida.

—En el jardín trasero la esperan, señorita Koff —avisó el chico de prácticas forenses a Clea. El muchacho idolatraba a mi amiga y estoy totalmente segura de que incluso tenía algún que otro sueño húmedo pensando en ella.

La Pato estaba hablando con un hombre de no más de treinta y cinco años, moreno de ojos verdes, unos quince centímetros más alto que ella, con un cuerpo espectacular y un corte de pelo a lo militar. Llevaba un bloc de notas y estaba dibujando un plano de todo lo que veía.

—Koff, los únicos que han entrado en el escenario del crimen han sido los sanitarios para comprobar el fallecimiento. Estábamos esperándola para comenzar —le dijo a Clea dándole a entender que se había demorado más de lo debido—. Señor Bell, esta es su compañera. Cualquier incidente que tenga o queja sobre ella dígamelo a mí directamente. Estoy deseando que vuelva a meter la pata.

Al nuevo se le subieron los colores después de la agradable presentación que Dick me acababa de hacer y se quedó sin saber qué responder.

—No quiero compañeros y menos aún si son niñatos recién salidos de la academia que necesitan llevar un boli y un papel a todas partes —reclamé sin que la bruja me hiciese ni caso y se marchase antes de que me hubiera dado tiempo a terminar la frase.

—Empecemos de nuevo. Me llamo Joseph y tú no creo que te llames como te han nombrado por aquí hace un rato —me dijo, ofreciéndome la mano y descolocándose.

—No vigilaré tu espalda, ni necesito que tú salves la mía. Trabajaremos juntos tan solo en este caso. No somos amigos, no somos compañeros, eres una garrapata temporal que me ha salido en el trasero. Cuando terminemos nuestro horario laboral no tengo por qué saludarte ni tan siquiera mirarte. Si sigues estas reglas nos llevaremos bien, ¿entendido? Me llamo Kate —me presenté agarrándole con fuerza la mano. Después me fui tras Clea, dejándolo con la boca abierta y unos enormes goterones de sudor cayéndole por la frente.

No pensaba ponérselo fácil, estaba convencida de que era un ardid de la jefa para espiarme y así poder echarme.

—¿Quién la ha descubierto? —pregunté.

—La señora de la limpieza viene por la mañana temprano a prepararle el desayuno y cuando salió a buscarla se la encontró ahí tirada —leyó en su dichoso cuaderno.

Clea estaba en cucullas al lado del cadáver, con su impresionante maletín fuera del cuadrante de la zona donde se encontraba el cuerpo. En dos minutos ya había amonestado a tres policías que podían estar alterando el estado original del lugar o alguna evidencia. Cuando se trataba de trabajo, la dulce Clea se transformaba en la niña del exorcista, incluso a mí me daba miedo. El joven becario estaba a su lado medio atolondrado pasándole todas las cosas que ella le pedía. Anduve con mucho cuidado, sin entrar en la zona roja que había delimitado la señora forense, e hice lo que mejor se me daba, observar.

Sin lugar a dudas, se trataba de la mujer morena que salía en los retratos del pasillo. Estaba boca abajo, con la cara ladeada hacia la izquierda y desde donde me encontraba podía distinguir unas enormes pupilas dilatadas. Las manos tenían una perfecta manicura francesa; las uñas ni muy largas ni muy cortas, en ninguna de ellas había ni una sola grieta. Las punteras de los tacones que llevaba estaban un poco desgastadas y manchadas de verde, y eso me dio que pensar. La mujer yacía sobre el impoluto césped. Clea le retiró el cabello que le cubría la cara para examinarla mejor y creo que todos los que estábamos observando nos quedamos de piedra; a la pobre señora le faltaba la oreja entera. Había visto ese tipo de herida antes; no sangraba y estaba cauterizada, era como si se la hubiesen quitado con algo ardiendo para detener la hemorragia. Lo que no sabía aún era si había sido antes o después de morir, porque si el agresor se tomó tantas molestias para que no se desangrase, lamentablemente sería porque la quería con vida, al menos hasta que lograra su objetivo.

Vi que algo brillaba no muy lejos de donde estaba tendido el cuerpo. Al dar un paso para inspeccionarlo mejor, unas gotas de agua me llenaron la cara, e instintivamente miré al soleado cielo en busca de algún nubarrón, sin encontrarlo.

—¡Proteged el perímetro, cubrid el cadáver! —vociferaba Clea como loca, mientras su estúpido becario corría de un lado para otro como un pato mareado y se golpeaba contra Joseph, cayéndose de culo sobre el cuerpo y haciendo que Clea casi estallase.

Los aspersores debían de tener un temporizador y al menos treinta habían salido de la nada a la superficie, cargándose todo el escenario del crimen y contaminando las pruebas que hubiésemos podido encontrar.

Entré en el mojado barrizal que se había formado, ya sin miedo a perder yo también un miembro, y cogí la cosa que me había llamado la atención segundos antes. Era una pequeña cadenita de la que pendía una llave.

—¡Clea, detente! —grité a mi histérica amiga, que no hacía más que extender sacos sudarios por todas partes para intentar proteger lo poco que continuase intacto.

—¡Pero tenemos que...! —chilló.

—El cuerpo está cubierto y el resto ya se ha perdido. Además, no la mataron aquí —informé, completamente empapada.

Gracias al cielo la señora Pato ya se había marchado a la jefatura, no sin antes, claro, dejar al mando a su nuevo recluta. Joseph estaba agachado junto a un cuadro eléctrico que había en una casetilla cercana, donde seguramente el jardinero guardaba sus

herramientas de trabajo, y logró apagar el sistema de riego. Se incorporó y se acercó a nosotras satisfecho.

—Y ¿dónde ha sucedido según tú? —preguntó una vez que estuvo a nuestro lado.

—Soy lista, no vidente —respondí ignorándolo.

Dejé a la angustiada Clea liada con el marrón que tenía por delante y a Joseph con la palabra en la boca y me fui a ver qué escondía la señora de los rizos.

En el interior de la casa no noté nada extraño ni fuera de lugar. Fui dejando restos de charquitos de agua por todas partes, los mismos que recé porque se secasen antes de que Clea los viese o me iba a cortar la cabeza por contaminar la escena del crimen. Recorrí las tres plantas de arriba abajo en busca de algún indicio. Tenía demasiados dormitorios vacíos y más cuartos de baños de los que a mí me gustaría limpiar, sin embargo, no encontré por ninguna parte cómo bajar a la planta inferior. De nuevo en la cocina, y un poco hastiada, me detuve frente a mi obligado compañero.

—¿Dónde está la testigo? —pregunté a Joseph que no hacía más que seguirme en silencio, mirarme y continuar escribiendo.

—Se la ha llevado la ambulancia. La señora es mayor y tenía síntomas de un ataque de nervios —respondió desalentándose.

—Llámalas —ordené.

—Ya la he interrogado. Si hubieses llegado a tiempo lo habrías hecho tú misma —me recriminó.

—Y ¿qué le ha preguntado el señor detective? —continué con el mismo tono mordaz con el que le había hablado hasta entonces.

Joseph empezó a relatarme un montón de estúpidas e inútiles preguntas de manual que no nos servían para nada. Lo dejé hablando solo en la cocina y salí otra vez al exterior. Encontré las ventanitas que había visto cuando entré, me agaché e intenté mirar a través de ellas, por desgracia, estaban pintadas de negro y era imposible. Tenían un tamaño demasiado pequeño como para que nadie cupiese por ellas. Justo encima estaba el salón y regresé por si se me había pasado algo por alto. La pared del final no medía lo que debería y allí no había ninguna puerta o abertura que lo justificase. Subí las escaleras, y en el dormitorio principal sucedía exactamente lo mismo, con la diferencia de que este era todavía más pequeño debido a un gigantesco armario situado en esa zona. Al abrir la puerta, me topé con el sueño de toda persona aficionada a la cosmética. Allí dentro había baldas repletas de cepillos, brochas de maquillaje, cremas, botes con líquidos y potingues como para estar dos años embadurnándose varias veces al día. Una discreta cortinita beige cubría el fondo. Cuando la retiré encontré una puerta oculta tras ella. Giré el pomo, pero estaba cerrada con llave, entonces introduje la que había descubierto tirada en el suelo. Encajaba a la perfección. Se escuchó un clic y la puerta se abrió dando paso a una especie de montacargas con restos visibles de sangre en las paredes.

Hice el amago de entrar hasta que Joseph me lo impidió.

—No irás ahí tú sola. No sé qué bicho te ha picado, ni quiero saberlo. Somos compañeros te guste o no y vamos a hacer las cosas juntos, por las buenas o por las malas —me dijo mientras me apartaba y entraba él primero. Ocupaba casi todo el espacio de la destartada cabina.

Suspiré, me coloqué a su lado y le di al único botón que tenía aquel artefacto. Inmediatamente, unas poleas que pendían sobre nuestras cabezas empezaron a girar y nosotros a descender hasta que el cacharro se detuvo con bastante aparatosidad. Retiramos otra tela. Todo estaba demasiado oscuro allí abajo. Encendimos nuestras linternas y palpamos las paredes hasta encontrar el interruptor. Cuando mis retinas se acostumbraron al flogonazo de luz blanca, pude ver un perfecto estudio de grabación delante de nosotros. Había una cámara de vídeo sobre un trípode, colocada delante de una cabeza de plástico negra, de tamaño real, con cables saliéndole por debajo, enchufados a un ordenador. La cabeza reposaba en una mesa blanca, en la que también había algunos cepillos, un libro con pequeños relieves en la cubierta, un gotero y unas brochas. Dos focos apuntaban directamente hacia una silla.

Aquello era un poco espeluznante y, desde luego, yo no tenía ni idea de qué se trataba. Una copa que contenía un líquido rojo estaba casi en el extremo de la mesa, y otra, rodeada por una considerable mancha carmesí, se hallaba volcada sobre la mullida alfombra blanca que estábamos pisando.

—Necesitamos al equipo forense en la habitación principal —pidió Joseph por la radio—. Subo a indicarles dónde estamos.

En cuanto el espía se hubo marchado me senté en la silla y no pude resistir la tentación de tocarle las orejas a aquella cosa; estaban blanditas y recubiertas de vellosidad.

Debajo de la mesa había un botón rojo y dos pequeños auriculares debidamente guardados en una bolsita transparente. Los botones no deberían de estar colocados donde alguien como yo pudiese tocarlos. En cuanto lo presioné, el ordenador se encendió y vi en la pantalla la parte inferior de mi nariz y mi boca. Escuché ruidos detrás de mí, lo apagué de inmediato y me puse a mirar con disimulo las paredes y los cables antes de que me pillasen.

—¿Qué has hecho? —me increpó Clea al entrar, seguida de su fiel perrito faldero, el cual le portaba el material de extracción y detección de indicios.

—¡Nada! ¿Por qué crees que he hecho algo? —me defendí indignada.

—Por eso mismo —concluyó agachándose y tomando una muestra del líquido rojo que había derramado en el suelo con un hisopo³ de algodón.

—¡La gente mataría por tener este equipo de grabación binaural⁴! —exclamó el friki del ayudante nada más ver a nuestro mudo acompañante sobre la mesa.

—¿De verdad sabes qué es esto? —pregunté asombrada.

—Claro, ¿usted no? —respondió sorprendido.

—Sí, por supuesto. Solo quiero comprobar cuánto estás preparado para realizar este trabajo —mentí como una bellaca.

—Es un busto de ASMR —informó Clea adelantándose a su pupilo.

—¿Un qué?! —exclamó Joseph que tenía la misma idea que yo sobre lo que estaban hablando los dos cerebritos.

—Respuesta Sensorial Meridiana Autónoma —dijeron al unísono, dejándonos igual que antes.

—Es un acrónimo que hace referencia a un fenómeno biológico caracterizado por una placentera sensación que provoca calidez y relajación, y que, en ocasiones, puede

estar acompañado de cierto hormigueo que se siente usualmente en la cabeza, cuero cabelludo o regiones periféricas del cuerpo como respuesta a varios estímulos visuales y auditivos. Este fenómeno se fue haciendo conocido a través de la cibercultura, es decir, por blogs y vídeo blogs —concluyó Clea dejándome con más preguntas que respuestas.

—¿Y para qué sirve? —seguí indagando.

—Por lo general, la gente lo usa para conseguir dormir o relajarse —me explicó orgulloso Henry, que era como se llamaba el chico que la acompañaba.

—Ya sabes algo más sobre la víctima. Era una persona que hacía vídeos de ASMR —me alentó Clea, instándome a que la dejase trabajar tranquila.

—Señor Lee, llame a los técnicos para que se lleven todo este equipo —pidió la forense a Henry.

Joseph y yo regresamos a comisaría en el mismo vehículo, muy a mi pesar. Si me resultaba incómodo estar con él dentro de una mansión de unos cuatrocientos metros, en el interior de un vehículo ya era horrible.

—¿Qué sabemos del marido? —pregunté para intentar rellenar el incómodo silencio.

—La mujer era viuda. Estuvo casada con un magnate de las finanzas italiano aficionado a las carreras, de quien heredó toda su fortuna tras sufrir este un trágico accidente —respondió, sin apartar la vista de la carretera—. ¿Por dónde quieres que empecemos?

—Sin que sirva de precedente, le haremos caso a tu querido manual —respondí en un intento de parecer agradable, por primera vez—. ¿Qué sugieres que hagamos?

—Los resultados del forense no estarán hasta dentro de unas horas. Creo que deberíamos investigar a los amigos y conocidos de la víctima —dijo Joseph un poco más animado después de lograr intercambiar algo más de tres palabras conmigo.

Volvimos a la comisaría y fuimos a hablar con los informáticos a ver si con el registro de llamadas podíamos conseguir algún sospechoso.

A los cerebritos los tenían marginados en el sótano, junto a la inmensa habitación en la que se guardaban todas las pruebas de los casos aún abiertos.

—Rich, ¿te han llegado ya los trastos de mi caso? —pregunté al chico, tras introducir mi cabeza por la pequeña abertura que lo unía con el mundo real.

El muchacho había sido contratado más bien a la fuerza. Era un fenómeno con los ordenadores. Fue capaz de piratear todos los programas de los bancos de la ciudad por mera diversión y volver loca a la comisaría hasta que dieron con él. No le plantearon muchas opciones, o trabajaba para nosotros o se quedaba a la sombra unos cuantos años. Aunque sí soy sincera, pienso que Rich estaba encantadísimo de poder hacer lo que le diese la real gana sin meterse en problemas.

—Nuestro caso —corrigió rápidamente Joseph.

Entonces escuchamos un golpe metálico y a Rich gritar:

—¡Maldita sea!

Mi compañero se lanzó a derribar la puerta de un empujón, justo cuando yo metía la mano por la ventanita y presionaba el botón para que esta se abriese. Joseph se dio un

porrazo bastante divertido. Pasé sobre él, tumbado en el suelo, intentando no pisarlo y me dirigí al fondo. Sabía que estaría el piratilla luchando con algún artefacto.

No pude evitar sonreír al escuchar a Joseph quitarse el polvo de la ropa a mis espaldas al levantarse. Efectivamente, Rich estaba peleándose con la protagonista de mi caso y en el suelo, junto a él, se encontraban el resto de elementos que había en la habitación secreta.

Le toqué el hombro y el chico se asustó. Dio un respingo y lanzó la cabeza por los aires. Joseph la agarró antes de que colisionase contra una de las atestadas estanterías que llenaban el pequeño habitáculo.

—¿No sabes llamar o qué? —refunfuñó Rich. Arrebató su tesoro de los brazos de mi desconcertado compañero y volvió a sus quehaceres, ignorándonos por completo.

—Por casualidad ¿no tendrás la lista de llamadas de mi cadáver? —le insistí a la vez que curioseaba lo que estaba haciendo, por encima de su hombro.

—¡Así no se puede trabajar! —se quejó el muchacho levantándose con brusquedad. Fue hacia la impresora, sacó unos folios y me los apretujó contra el pecho a la vez que nos invitaba «amablemente» a abandonar su cueva—. Cuando descubra algo más, te llamaré.

Una vez en la planta principal, vi que Joseph tenía la intención de dirigirse a las oficinas y lo detuve rápido.

—¿Dónde se supone que vas? —le pregunté abanicándome con el tocho de papeles en la mano para que los viese bien.

—A nuestras mesas, para revisar toda esa documentación —respondió mirándome extrañado.

—Negativo. Eres el nuevo y, por consiguiente, te tienes que acostumbrar a mí y no al contrario. Sígueme —dije mientras salía del recinto, sin darle opción a rebatirme.

Caminamos durante unas cuantas manzanas hasta que, por fin, me detuve frente a mi cuchitril favorito para esta hora del día; el bar del Lobo Feroz, regentado por un gordo bigotudo, de no más de metro setenta, con malas pulgas, horarios extraños, mucha mugre por donde quiera que mirases y pocos clientes, lo cual, en definitiva, era lo que iba buscando para estar tranquila sin que nadie me viese bebiendo en horas de trabajo. Joseph me siguió, escéptico, hasta el interior.

Me senté en mi sitio habitual, al fondo de aquella taberna de mala muerte con mesas de mármol debidamente instaladas para facilitar las conocidas juergas nocturnas a puerta cerrada, organizadas por el dueño del antro junto a señoritas de dudosa moralidad.

Joseph puso cara de asco cuando intentó retirar la silla para sentarse y tuvo que recurrir a la fuerza durante algunos segundos hasta lograr despegar las patas del «impoluto» suelo.

Miré al atareado camarero que fumaba con parsimonia detrás de la barra y leía el diario concentrado, ignorándonos por completo. Éramos los únicos clientes del local, aun así el hombre se lo tomó con calma. Saqué mi paquete de tabaco, encendí un pitillo, limpié la tapa de la mesa con la manga de mi chaqueta vaquera varias veces y coloqué los papeles en dirección a mi compañero para que los leyese. Sin alcohol en las venas no era

persona y la cabeza me iba a explotar, así que decidí aprovecharme de mi superioridad y dejarlo hacer.

Joseph los cogió y se concentró frunciendo el ceño a medida que leía. Al menos, mientras lo hacía, quitaba la cara de estreñimiento que tenía puesta la mayor parte del tiempo.

Por fin el mesero se apiadó de mí y me trajo un botellín de cerveza sin pedírselo y miró a mi acompañante, extrañado. Siempre venía sola a este sitio y comprendí que le resultase raro verme con semejante estirado.

—¿Qué? —dijo el hombre a modo de pregunta.

—¿Disculpe? —preguntó, atontado, Joseph al Pardo, que era como lo conocían por estos lares.

—¿Qué quieres tomar? —traduje.

—Un capuchino con sacarina, por favor —pidió con amabilidad, provocándonos un considerable ataque de risa tanto a mí como al dueño del Lobo Feroz, quien se dirigió hasta la barra, abrió una cerveza y la puso ruidosamente delante de un anonadado Joseph, para a continuación regresar a su ardua tarea de sostener la pared con la espalda.

—Ya me la tomo yo por ti. ¿Qué pone en el listín? —quise saber, esquivando su mirada de reproche.

—Pues hay bastantes llamadas al mismo número, y cientos de otras tantas recibidas como realizadas. Esta mujer se llevaba bastante tiempo colgada al móvil. ¿Sabes que no se puede fumar en los bares? —preguntó, de repente, cambiando la conversación.

—No se debe —puntalicé—. ¿Alguna de anoche? —retomé el tema.

—Sí, la última duró tan solo quince segundos, hasta que no sepamos la hora de la muerte no estaremos seguros de nada. No deberías beber estando de servicio —aconsejó—. La comisaria te tiene en entredicho por cosas como esta.

—Eres mi garrapata personal, no mi amigo. No te confundas. Volvamos a hablar con Clea a ver si tiene algo para nosotros —respondí. Me terminé su bebida de un sorbo y arrojé dos euros sobre la mesa. ¡Esperaba haber dejado bastante claro quién mandaba de los dos!

Dos

El área forense se encontraba en el sótano de la comisaría, en el ala contraria a la zona de informática. Para acceder hasta ella había que atravesar el pasillo que daba a las oficinas de Dick y ese era exactamente el motivo por el cual las visitas a mi querida amiga eran bastante reducidas. Si me paraba a pensarlo no recordaba cuándo fue la última vez que estuve allí abajo.

Crucé el corredor de la muerte lo más rápido que pude, dejando a Joseph detrás de mí con la lengua fuera. Llegué hasta los ascensores sintiéndome victoriosa por haber burlado la continua y ardua vigilancia de mi adorada jefa en sus intermediaciones. Juro que más de una vez he dejado de ponerme colonia por si era eso lo que me delataba y, a veces, me planteaba cambiarle el apodo de Pato a Caniche por el tema de su gran olfato canino, pero no tendría la misma gracia.

Justo cuando estuve frente al ascensor y pulsé el botón, triunfante, miré hacia atrás para buscar al lento... ¡y allí estaba mi peor pesadilla! En pie, hablando plácidamente con Joseph y observándome a mí de reojo. Resoplé y me vino a la nariz un tufillo a alcohol que de seguro ella descubriría. Cogí el teléfono e hice como que estaba hablando para disimular, entré despacio en el ascensor sin perder contacto visual con ellos y le di a la planta baja. Cuando faltaban tan solo unos milímetros para que la jodida puerta se cerrase, una carpeta roja entró por la rendija y paralizó el sensor de suspensión, haciéndolas abrirse de nuevo, y me topé de frente con su asquerosa cara casi esquelética, con esos pómulos marcados, los labios llenos de Botox pintados con un lápiz labial rojo sangre, ese pelo estropajoso casi blanco de las veces que se lo había decolorado, la nariz aguileña con los cornetes más estrechos de lo normal, y esa mirada de repulsión que se le dibujaba cada vez que me veía.

—Warne, no querrá dejar atrás a su compañero, ¿verdad? —dijo como si tuviese la boca llena de limones intentando aparentar una sonrisa delante de Joseph.

—En absoluto, jefa. Me ha llamado Clea que tiene algo para nosotros y no quise interrumpirla —improvisé.

—¿Qué hay nuevo? —preguntó el estúpido de mi garrapata, animado ante la noticia.

—No me ha especificado, se ha cortado al entrar en el ascensor —mentí de nuevo agitando el teléfono que aún tenía en la mano.

—¿Es alcohol a lo que huelo, Warne? —¡Mierda!

—Sí, lo es —respondió el lameculos por mí, dejándome vendidísima—. En la escena del crimen le derramé un tarro de antiséptico sin querer. He estado torpe. —Le cogió la mano a la Pato y le puso ojitos de cordero degollado, lo que hizo que esta mojase las bragas al mirarlo.

—Manténgame informada, señor Bell. Mi despacho está abierto para cualquier consulta que tenga —le ofreció.

«¡Estaba convencida de que eso no era lo único que tenía abierto para él!».

Por fin nos dejó marchar y me encontré en una de las tesituras más difíciles en las que me había visto últimamente.

—Joseph, yo... —titubeé.

—¿Me debes una? —respondió por mí.

—Digamos que te trataré un poco menos mal —repliqué, siendo esa la mejor disculpa que se me podía ocurrir. Me negaba a encariñarme otra vez de ningún compañero. Lydia fue, es y será mi último error.

En cuanto salimos del ascensor, nos topamos con la entrada de la morgue. Dentro se encontraban Clea y el friki tan sumidos en su trabajo que si no llega a ser porque las puertas se cerraron de golpe detrás, nosotros ni siquiera nos hubieran visto. La sala era lo bastante grande como para que cupieran dos mesas de autopsia, una pequeña cámara de congelación en la que entraban seis cuerpos, una mesa de disección, dos armarios, uno con instrumental y otro con material y otra mesa con dos ordenadores. Todo de acero inoxidable. Olía a desinfectante y te podías reflejar en cada una de las superficies que nos rodeaban. Creo que el espejo de mi baño nunca estuvo tan limpio. Clea era una maniática del orden y de la limpieza. No podía evitar ser siempre igual de profesional y rigurosa en cada cosa que hacía, por eso mismo no comprendía cómo nos llevábamos tan bien.

—Cuéntame —animé a mi amiga sentándome de un salto sobre la mesa que estaba libre, encendiéndome un cigarrillo.

—Ya casi he acabado con la autopsia, dame un segundo —respondió sin mirarme.

La víctima estaba tumbada sobre una mesa en la que había una ducha portátil en un extremo, un aspirador de fluidos en el otro, una tabla de disección, y mi amiga estaba a punto de rebanarle la cabeza con una sierra circular a la pobre muerta. Clea llevaba unas gafas protectoras gigantes, unos guantes y su típica bata verde manchada de sangre. Lee se dedicaba a pesar cosas y a anotar otras que casi prefiero no saber de qué partes del cuerpo provenían.

Miré a Joseph y vi que se estaba empezando a poner un poco verde y que aguantaba la respiración.

—¿Estás bien? Como potes5 aquí, esta te mata —le advertí, llamando la atención de Clea, que se giró y me miró enfadada.

—¡Te he dicho mil millones de veces que no fumes aquí! ¡Puedes estropear alguna prueba con el tabaco de las narices! —me gritó cuando Joseph salía corriendo de la sala como alma que lleva el diablo. Al girarse, Clea había dejado a la vista la imagen del pecho abierto en «Y» con lo que le quedaban de órganos al descubierto al cadáver.

—Vaya compañero me han buscado —suspiré cayendo la ceniza del cigarro en el suelo y provocando que Clea me chillase de nuevo irritada.

—¡¡Fueraaaaa!!

A esta parte de la comisaría se podía acceder por la zona principal por la que habíamos entrado nosotros o por el patio trasero, que era por donde entraban los coches con los cadáveres. A Joseph no le había dado tiempo de llegar al ascensor, así que supuse que lo encontraría allí.

—¡Pequeño saltamontes! —llamé.

Detrás de los cubos de basura pude escuchar con claridad el sonido de alguien vomitando y decidí esperarlo en los escalones mientras me fumaba otro cigarro y le daba un sorbito a mi querida petaca.

A los cinco minutos apareció el morenazo tambaleándose, con la cara amarilla y limpiándose la boca con un pañuelito de tela de los que ya no se llevaban. Se acercó a mí y se sentó a mi lado. Me arrebató la botellita de emergencias para tomársela de un trago, lo que me dejó tanto con la boca abierta como sin existencias étlicas.

—¡Sírvete tú mismo, no te cortes! —ironicé cuando me devolvió la botella vacía.

—Disculpa —logró balbucear—. No suelo actuar así, es que no soporto las salas de autopsias.

—¡Pues has escogido el trabajo ideal! —me burlé, mientras miraba con tristeza el boquete de la agotada petaca.

—Ya me encuentro mucho mejor, entremos —dijo.

La verdad es que me estaba dando más pena de la que nadie en el Cuerpo me había dado jamás. Si era sincera, el chico resultaba bastante atractivo y contemplarlo así de abatido por un poquito de sangre, en otras circunstancias, me resultaría divertido, pero después de salvarme el culo con la Pato algo en mi interior se ablandó. Lo ayudé a incorporarse y me prometí aflojar la cuerda, aunque solo fuese un poco. Después, decidí volver a entrar, no fuera que apareciera Dick por sorpresa.

—¿Estás bien? —le preguntó Clea ofreciéndole un vaso de agua a Joseph, mientras le acercaba la silla de ruedas de su escritorio, para que se sentase.

Se notó que a Lee no le estaba haciendo ninguna gracia que su amor platónico fuese tan agradable con el cachas de mi compañero.

—Sí, lo siento —se disculpó, de nuevo, ruborizado.

—Bueno, ya que todos estamos bien, ¿puedes decirnos algo sobre la víctima? —la apresuré. No tenía pensado hacer horas extras gratis.

—Ahora mismo —respondió. Cogió su tableta y nos leyó los resultados—. Según la temperatura del cuerpo y el rigor mortis, murió sobre las ocho y treinta de la tarde. Es curioso porque fue justo cuando anocheció. La víctima se llamaba Elvira Monroe y tenía cuarenta y cinco años. En un principio, veo algunas pruebas que me dicen que fue envenenada, pero hasta que no obtenga los resultados no tendré nada concluyente.

—Y ¿lo de la oreja? —pregunté, mirando a la mujer amputada.

—Sobre eso no tengo buenas noticias. Fue un homicidio y la persona a la que buscas es un demente —explicó Clea.

—¿Por qué dices eso? —quiso saber Joseph, quien estaba ya un poco más recuperado.

—¿Veis esto? —Clea retiró el pelo de la cara y nos mostró el lugar en que debería de haber estado la oreja y donde ahora solo quedaba parte del conducto auditivo al descubierto—. Hay coagulación y un hematoma alrededor de la herida. Según estas laceraciones puedo decir con total seguridad que se lo hicieron estando aún con vida.

—¡Ni se te ocurra volver a marearte! —amenacé a Joseph en cuanto escuché la explicación de mi amiga.

—Dentro de algunas horas podré contaros más cosas —concluyó Clea volviendo a encender la sierra eléctrica para concluir con la autopsia y abrirle la cabeza a la mujer.

Mi mesa era un completo desastre y para mi gran sorpresa la Pato le había dado a Joseph la que estaba justo a mi lado.

—Busca tú la mitad del listado y yo la otra y comencemos a hablar con gente. Quiero terminar con esto cuanto antes —le ordené, siendo esta la vez que más empeño había tenido en cerrar un caso desde hacía ya bastante tiempo.

Peluquería, esteticista, chófer, asistente personal de compras y otra larga lista de personas para estar monísima de la muerte era lo único que encontré en la parte que me correspondía del listín telefónico. Estaba anotando todos sus nombres y direcciones cuando una mujer temblorosa entró en las oficinas. Joseph, como buen caballero y pedante que era, se incorporó rápidamente y se ofreció para ayudarla. Los ignoré y continué a lo mío hasta que un desagradable carraspeo hizo que levantase la vista de mis papeles y los viese a los dos con cara de estúpidos delante de mí.

—¿Pasa algo? —les pregunté.

—Creo que deberías escuchar a esta señora —me aconsejó Joseph.

La mujer se sentó y empezó a decir cosas sin sentido.

—Sé que le ha pasado algo. Anoche no subió ningún vídeo y ella todos los martes me manda mi terapia de la semana. ¿Y si está desmayada o, peor, muerta? Y ahora ¿qué haré? ¿No lo entiende? ¡No puedo vivir sin ella! —me gritó esto último levantándose y dando un golpe en la mesa.

No tenía ni idea de lo que estaba hablando semejante loca.

—Señora, a lo mejor el unicornio que la espera en la entrada sabe lo que le ocurre. O es un poquito más explícita o se va con viento fresco al País de Nunca Jamás —la amenacé.

Entonces, la desconocida se derrumbó en el asiento llorando desconsolada. Joseph me lanzó una mirada de reproche; yo abrí los ojos y encogí los hombros.

—¡Sé que algo malo le ha pasado! —repitió, histérica, llamando la atención del resto de nuestros compañeros—. ¡Tienen que creerme, por favor!

—Señora, ¿a quién le ha pasado algo? —le pregunté intentando suavizar un poco el tono de voz antes de que siguiese chillándome.

—A El Susurros —me respondió compungida. Joseph le cedió un vaso de agua, tomó un sorbo y se tiró el resto encima—. Cada martes desde hace más de un año ella me manda un video especial, realizado específicamente para mí. Nunca ha fallado.

—Dígame dónde vive y mandaremos una patrulla a su casa —le propuse.

—No sé dónde es —contestó.

—Vale, deme su nombre completo y lo buscaré en la base de datos —insistí.

—Tampoco lo sé —se lamentó.

—¿En serio? ¡Señora, tenemos cosas importantes que hacer!

Me estaba empezando a poner de los nervios e iba a mandarla a paseo cuando Joseph intervino, se disculpó con la tarada y me llevó aparte para que no nos escuchase.

—Warne, la desaparecida era una asmrstistó —me especificó—. De las mismas características que la víctima de nuestro caso.

—¿Me podría dar alguno de esos vídeos? —pregunté, más interesada, a la histérica. La mujer sacó una memoria USB y me lo entregó.

—¡Descubran qué ha pasado, por favor! —me rogó antes de irse.

Introduje el dispositivo en el ordenador y comencé a investigar su contenido. Estaba repleto de vídeos de un mínimo de veinte minutos cada uno. Abrí el primero y de inmediato reconocí el tétrico sótano de la casa de Elvira. Había una mujer sentada detrás de la cabeza negra de plástico, a la que solo se le veía de la boca hacia abajo. Tenía una mascarilla médica en la cara; del cuello, le colgaba un fonendoscopio y llevaba puesta una bata blanca de enfermera. Comenzó a hablarle a la cámara como si alguien tangible estuviese delante de ella y le fuese a realizar un reconocimiento médico.

—¿Habías visto esto alguna vez? —le pregunté a Joseph, alucinada.

—¡En mi vida! —negó—. De lo que estoy seguro es de que se trata de Elvira Monroe.

El teléfono me vibró con un mensaje.

—Baja cuando puedas. Rich —leí en voz alta.

El despacho de la Pato tenía unos cristales con cortinas metálicas que daban al resto de la comisaría. Noté que alguien me observaba e instintivamente dirigí la mirada hacia una abertura de dichas cristalerías en donde descubrí a la susodicha vigilándome.

—Vamos a ver si por fin descubrimos algo —le dije a Joseph, deseando quitarme a la arpía de encima. Esa mujer me ponía la carne de gallina.

Rich nos esperaba impaciente tras la ventanita. En esta ocasión abrió la puerta él mismo y empezó a divagar incluso antes de que estuviésemos cerca.

—Cuando hayáis cerrado el caso, ¿me puedo quedar con la cabeza? —nos preguntó, emocionado como un niño el día de Navidad, sosteniendo el busto.

—Según cómo te portes —bromeé.

—He estado revisando el ordenador de la víctima. Tenía un canal en internet con más de cien mil seguidores de todas las partes del mundo. La tía era bastante buena, pero eso no quería decir que le cayese bien a todos —expuso Rich.

—Expíciate como para que los humanos normales y corrientes lo entendamos, por favor —insté, mientras Joseph se mantenía en silencio.

—Mirad —dijo sentándose en su mesa de escritorio, encendiendo el ordenador y mostrándonos una web—. Leed los comentarios de los últimos vídeos.

—No vales ni para hacer cosquillas a un gato. Mejor te dedicas a hacer vídeos de cuando vas de compras. Eres patética —leyó Joseph en alto. A esto le seguían otros tantos insultos similares hasta que llegó a uno que llamó especialmente la atención—. Vigila tus espaldas. No siempre podrás esconderte en ese sótano.

—Son muchas personas diferentes las que estaban en su contra —observé.

—Eso podrías pensar si no fueses yo —alardeó Rich. Abrió un montón de ventanitas del ordenador, dejándonos a la vista un solo número—. Estáis viendo distintos perfiles de una misma dirección IP fija.

—Lo que significa... —agregué.

—Que estoy seguro de que todos los comentarios provienen de la misma persona —explicó Rich.

—Entonces alguien se ha tomado demasiadas molestias para poner en entredicho la profesionalidad de la víctima —conjeturé en alto.

—¿Sabes de quién se trata? —le preguntó Joseph.

—No, puedo daros algo mejor —concluyó mostrándonos un papel con una dirección, y una sonrisa puesta de oreja a oreja como el que enseña su diploma de graduación—. ¿Me quedo con la cabeza?

—Se la tienes que pedir a la Pato, Rich —lo desilusioné.

—¡Mierda! —se quejó.

—¿A quién? —quiso saber Joseph.

—Tenemos que ir al número tres de la calle Antonio Grilo, ya es tarde. No hemos comido y quiero terminar con esto —le apuré para cambiar de tema con agilidad.

La calle no era demasiado grande; no tenía más de cuarenta metros, una librería en un extremo y un pequeño mercado en el otro, un par de establecimientos chinos, dos cafeterías y algún que otro pequeño negocio. El edificio en concreto al que nos dirigiáramos se encontraba justo en medio de Antonio Grilo.

—¿Sabes cuál es la puerta? —me preguntó Joseph mirando, impresionado, la antigüedad del bloque.

—Tercero derecha —leí en la nota que nos había facilitado Rich.

Nada más atravesar la puerta principal de madera, que tenía toda la pinta de ser la original, nos topamos con el vestíbulo del edificio y, al fondo, una hilera de escalera de fría piedra que daba a esqueléticos pasillos con puertas a cada lado. Subí casi sin aliento hasta la dichosa tercera planta y llamamos a un timbre que también databa de los orígenes, de cuando se construyó, y, por consiguiente, no funcionaba.

«¡Viva la tecnología!».

Alguien carraspeó detrás de la mirilla y tras insistir y presentarnos como policía terminó por abrir y dejarnos pasar. Noté como el hombre entradito en carnes, con gafas oscuras, barba bien recortada, moreno y de piel blanquecina, se puso nervioso en cuanto vio las placas de identificación. Se abrochó la chaqueta de cuero que llevaba puesta e intentó darnos largas.

—¿En qué puedo ayudarles? —preguntó, en un alarde de parecer tranquilo.

—¿Conoce usted a la señora Monroe? —Joseph no se anduvo por las ramas, lo que quería decir que me tocaba a mí ser el poli bueno, cosa que se me daba como el culo y que si este estúpido me conociese un poco mejor se habría figurado.

—No. Siento no poder ayudaros, estaba justo en medio de una grabación. Si no tienen alguna otra pregunta tengo que aprovechar la luz antes de que se vaya —intentó zafarse el gordito.

—¡Me encantan las cámaras! ¿Qué estaba grabando? —pregunté, haciéndome la tonta.

—Nada importante; tutoriales sobre cómo hacer programas con el ordenador —explicó rápido, a la vez que nos empujaba con cierto disimulo hasta la entrada.

Joseph lo fintó y entró aún más en el domicilio del aterrado hombre, con la cara dura de incluso acomodarse en el sofá. Me comenzaba a caer un poco mejor, pero solo un poco.

—Tengo alguna otra cosa que preguntarle, si no le importa, claro —agregó Joseph sacando su libreta.

—Como ya les he dicho tendrá que ser en otra ocasión. Estoy ocupado —se disculpó, invitándonos a marcharnos de nuevo.

—Una lástima, hubiera preferido hacerlo aquí. Warne, ¿le importaría ponerle las esposas para interrogarlo en la comisaría? —lo amenazó sin titubear sorprendiéndome gratamente.

Saqué con diligencia las esposas y me dispuse a ponérselas cuando este dio un salto hacia atrás y se sentó en un butacón frente a Joseph.

—Pero terminemos pronto, por favor —cedió, viniéndose abajo.

Permanecí en pie aprovechando que el sujeto estaba más centrado en Joseph que en mí y me escabullí por el angosto pasillo a investigar. Lo primero que encontré fue una habitación con la puerta entreabierta y la empujé con cuidado de que no crujiere. En su interior, las paredes estaban llenas de fotografías de Elvira y de dibujos de cerebros con anotaciones. Un ordenador y una cámara enfocaban a una silla colocada en medio de la estancia, delante de un balcón con vistas a la calle y, antes de esta, una mesita con un micrófono. Salí rápido del dormitorio y regresé al salón para hacerle señas a mi garrapata personal, que continuaba hostigando al hombre.

—¿Me podría decir su nombre? —Oí que le preguntaba Joseph al sospechoso.

—Ramón —se limitó a responderle a la vez que se incorporaba y se llevaba la mano a un bolsillo de la chamarreta, alertándome, después de haber contemplado la decoración de la habitación contigua.

Salté sobre él derribándolo. Ramón forcejeó y le propiné un puñetazo en la cara que casi lo dejó inconsciente. Lo giré y le puse las ligaduras en las muñecas para a continuación levantarlo de un tirón.

—¿Me explicas qué mosca te ha picado? —inquirió Joseph sorprendido.

—Estaba a punto de sacar una... —le expliqué mientras buscaba entre su ropa. Solo extraje un pañuelo de papel arrugado.

—¿Un kleenex? —terminó por mí Ramón, enfadado por el mamporro que se acababa de llevar.

—¡No te hagas el tonto! Joseph llama a la científica para que vengan a analizar la casa —ordené.

—¿Con qué motivos exactamente? —continuó mi compañero. ¡De verdad que me estaba empezando a exasperar!

—Tiene empapelada la habitación con fotos de Elvira, ¿le parece al señor detective suficiente como prueba? —le pregunté irritada.

Bajamos con Ramón esposado hasta el coche de policía, con el consiguiente revuelo de la gente que paseaba por la calle y de los curiosos de turno.

Antes de entrar a la sala de interrogatorios, me giré y le dejé algunas cosas claras a Joseph.

—Tú actuación anterior no ha estado del todo mal, esta vez ya lo tenemos. Quiero irme a comer de una vez por todas, así que déjame hablar a mí y mantente tras los cristales aprendiendo —le aconsejé dando un portazo y dejándolo fuera de la sala.

El sospechoso estaba sentado frotándose las manos y sudando como si estuviese en el desierto. Debilidad y nerviosismo que usaría a mi favor.

—Señor Lasso, ¿sabe usted que le ha mentado a mi compañero al decirle que no conocía a la señora Monroe? —comencé preguntándole.

—Lo sé, sabía que esa zorra terminaría por denunciarme y si veían las fotos estaba seguro de que al final se saldría con la suya —se protegió.

—¿Qué tiene que decir sobre los mensajes de amenaza? —continué.

—Me estaba quitando a los seguidores y copiando mis videos, ¿qué hubiera hecho usted en mi lugar? ¡Además solo lo hice una vez! —agregó.

—Matarla desde luego que no —respondí dejándolo alarmado. Saqué las fotos del cuerpo de Elvira y las puse sobre la mesa—. Ella gustaba más que usted y por eso decidió matarla, ¿verdad?

—¿Está muerta? ¡Yo no he matado a nadie! —intentó defenderse.

—¡Claro, y tampoco le ha cortado la oreja estando aún con vida! —grité colocándole delante de la cara la imagen de la laceración del apéndice.

Ramón se empezó a poner de colores y vomitó sobre los papeles, y ya de paso encima de mí, poniéndome perdida. En ese instante entró la Pato, le dio un pañuelito al culpable, le soltó las esposas y se disculpó dejándome sin palabras.

—Lo sentimos mucho. Ha sido un gravísimo error, señor Lasso. Puede usted irse.

El hombre se levantó y salió corriendo de la sala.

—¡¿Se puede saber qué diablos te pasa?! —le grité, malhumorada.

—Pues me pasa que estoy cansada de que hagas las cosas mal. La forense ha descubierto sangre de otra persona en la víctima y no es compatible con la de tu supuesto culpable. ¿Te parece suficiente motivo para soltarlo? —bramó la Pato.

—¡Tendrá algún cómplice! Estoy segura de que es él. Tiene móvil, no tiene cuartada y tengo una corazonada.

—¿La misma que tuviste cuando murió tu anterior compañera? —¡Eso fue un golpe bajo incluso para ella! Le di la espalda sin responderle y me fui al baño a limpiarme y a intentar tragarme las lágrimas.

—Kate, ¿estás bien? —escuché la voz de Clea a través de la puerta del baño en donde me encontraba recluida, llorando, aunque me había prometido que no lo volvería a hacer—. Joseph me ha contado lo que ha pasado.

Salí en sujetador con la camiseta en la mano, los ojos hinchados y rojos, me puse frente al espejo y metí la cabeza bajo el grifo para intentar despejarme.

—No pasa nada. ¡Es una zorra! —sonreí intentando disimular mi estado.

—Toma. —Clea me ofreció una camiseta blanca doblada con pulcritud.

—¿Qué haría sin ti? —suspiré al colocármela.

—En un principio, tu sujeto puede seguir siendo sospechoso, pero no tenemos pruebas que lo incriminen. Sabes que Dick está deseando que metas la pata, no le sirvas tu cabeza en bandeja —me aconsejó Clea intranquila.

—Estoy mejor, no te preocupes. El día ha sido largo. Me voy a casa —le aseguré.

A la salida de la comisaría encontré a Joseph apoyado en un coche, esperándome. Lo último que necesitaba era aguantar un sermón por parte de este idiota y seguí de largo ignorándolo.

—Warne, lo siento; no me dio tiempo a advertirte —se disculpó corriendo tras de mí.

—No pasa nada —mentí.

—Tenemos el registro de llamadas, podemos continuar investigando con quién habló antes de morir —me indicó Joseph cambiando de tema.

—Mira, sé que estás emocionado porque es tu primer caso, pero resulta que estoy cansada y no he comido —ni bebido—, nada de nada. Un gordo acaba de tirarme hasta su primera papilla encima y necesito una ducha. Mañana será otro día.

—Te invito a cenar, ya casi es la hora. Podemos hacer una merienda-cena —se ofreció sonriente.

Teniendo en cuenta que había dilapidado mi sueldo casi por completo en la última juerga y que en mi frigorífico había dos arañas peleándose, de pronto, el precio de comer y beber gratis a cambio de tratarlo mal no me pareció tan descabellado.

—De acuerdo —acepté.

—¿Sí? —respondió sorprendido.

—Sí, déjame primero pasar por mi casa. Lo de la ducha era cierto —le avisé. Nos montamos en su coche y le indiqué cómo llegar hasta mi apartamento.

Tres

Nunca me había importado demasiado lo que opinasen sobre mí, aunque tenía que reconocer que la limpieza intensiva de mi querida Clea esta misma mañana me iba a venir ahora de maravilla. Cuando llegaba acompañada a casa ya estaba demasiado borracha como para que me diese ningún pudor el tema del desorden, y mis ligues no eran de los que pasaban el dedo por el mueble precisamente...

Preferí coger el ascensor. Primero porque estaba muerta de cansancio y segundo porque lo último que quería era un encontronazo con la vieja del visillo de abajo y su bola de pelos. Fue el minuto más incómodo de mi jodida vida.

—Espérame en el salón, no tardaré —prometí corriendo hacia mi dormitorio para pillar algo de ropa que no oliese muy mal. El tema de la colada también era una tarea que tenía pendiente desde que me fui de casa de mis padres.

No tenía ni idea de dónde me iba a llevar el señor estirado y tampoco quería que pensase que me importaba mucho, así que elegí unos vaqueros negros y una camisa de color azul marino con mangas largas y dos graciosos boquetes por los que sobresalían los hombros, junto con unos zapatos sin excesivo tacón. Hacía bastante tiempo que no tenía una cita de verdad, lo que no significaba que aquello lo fuese, ni mucho menos, era solo que, habitualmente, salía del trabajo y me iba derecha a algún antro de perversión con lo puesto, sin preocuparme de si sería lo indicado o no. ¡Menos mal que no había tirado toda la ropa que me traje de cuando no tenía más remedio que portarme como una buena chica!

Entré en la ducha y descubrí que el champú también brillaba por su ausencia, así que me tuve que lavar el pelo con gel íntimo que encontré al fondo de la cajonera de las toallas. Oí que Joseph me decía algo a través de la puerta, con el ruido del agua no supe qué hasta que a los pocos minutos escuché de fondo a Lindsey Stirling y su Roundtable Rival. En mi repertorio discográfico no había mucho donde elegir, pero ese tema en particular me encantaba. Me vine arriba un poco con la música, me arreglé el pelo como pude, cubriéndome las orejas, me vestí, me pinté intentando ocultar las ojeras y salí dispuesta a pasar, cuanto menos, una noche que me despejase.

Al entrar en el salón descubrí que Joseph había estado investigando en mi librería y lo pillé con un libro abierto en las manos, leyendo concentradísimo. Me puse frente a él, ladeé la cabeza para poder descifrar el título y sonreí.

—Perdona por haberlo cogido sin tu permiso, no imaginé que te gustase la lectura —se disculpó.

—Y ¿por qué no iba a gustarme? —le reproché.

—Bueno, no quiero decir que no parezcas una persona culta es que...

Se acababa de meter en una espiral peligrosa y como no tenía ganas de que me fastidiase la noche preferí no seguir por ahí.

—Son algunos de los libros que me traje de casa de mis padres, no tienen importancia —respondí quitándoselo y devolviéndolo a su sitio.

—¡Hombre, una primera edición de La Momia, de Anne Rice no es moco de pavo! ¿Sabes cuánto puede costar? —preguntó asombrado.

—Pequeño padawan⁷, valor de las cosas tener el que dar tu querer —repliqué, imitando a Yoda⁸ y riéndome a carcajadas después de ver la cara que estaba poniendo.

—Estás guapa cuando te ríes —dijo de pronto, ruborizándose y haciendo que me replantease si salir con él sería tan buena idea como pensé en un principio.

—Vamos a ir a un bar que hay aquí cerca —informé sorprendiéndolo.

Lo sentía mucho, después del halago, mis alarmas se habían disparado y de lo último que tenía ganas era de una noche romántica con mi nuevo compañero de trabajo, y menos aún en su primer día.

—Como prefieras —aceptó decepcionado.

La hamburguesería en la que entramos era de todo menos glamurosa. No tenía la mugre del Lobo Feroz y digamos que tampoco nos íbamos a encontrar a nadie de la élite cenando allí. Pedí una hamburguesa doble con patatas fritas, aros de cebolla y un cubo de botellines de cerveza. Mi acompañante se comió una insignificante ensalada César con tenedor, cuchillo y servilletita mientras que yo me ponía como una auténtica cerda y la grasa del bacón y de la carne de ternera me goteaba por las manos. Joseph me observaba con disimulo, anonadado por el espectáculo.

—¿No tomas nada de beber? —pregunté con la boca todavía llena de comida.

—Estoy bebiendo un vaso de agua —indicó, levantándolo para que lo viese.

—Eres rarito —lo insulté.

—Le dije la sartén al mango —respondió. Sonreí.

—Bueno, ¿qué hace un niño pijo con estudios y seguramente con cientos de contactos trabajando aquí? —pregunté limpiándome la boca y abriendo mi tercera cerveza.

—Según tengo entendido, no hay delante de mí ninguna indigente —replicó devolviéndome el golpe.

—¡Touché! No quieres hablar de tu vida —concluí.

—Podemos hacer un quid proquo como en el Silencio de los Corderos. Tú hablas sobre ti y yo te cuento acerca de mí, señorita Clarice —propuso haciendo un guiño a uno de mis libros preferidos.

Ya era casi media noche y la velada se estaba volviendo tonta e insulsa. La verdad es que tenía ganas de quitármelo de encima y de hacer lo que me diese la gana.

—Es tarde, mañana tenemos que madrugar. Lo mejor sería que nos reuniésemos ya —alegué como parte del plan de escape.

—Cierto, te acompaño a casa —se ofreció, truncándose los planes.

Cerca de mi domicilio había un tugurio al que me gustaba ir para desahogarme después de un día de mierda como aquel. Ahora tendría que andar más, aún no confiaba en él lo suficiente como para llevarlo. Al pasar por delante del antro, me saludó el portero e hizo el amago de abrirme la puerta al igual que tantas noches había hecho, lo ignoré y seguí de largo como la que no iba conmigo.

—Muchas gracias, creo que sabré subirme al ascensor solita —le despedí, impaciente porque se largase de una vez.

—Mañana intentaremos dar con el asesino. Entre los dos será mucho más fácil —me alentó.

Se agachó y me dio un dulce y cálido beso en la mejilla sin venir a cuento. Creo que el agua con gas se le había subido a la cabeza.

Esperé los diez minutos reglamentarios para darle tiempo a desaparecer. Ahora, después de esa muestra inesperada de afecto, necesitaba una copa todavía más que antes.

Al llegar al antro, el portero me miró extrañado.

—¿Piensas abrirme o nos quedamos aquí toda la noche? —le insté de malos modos.

Una vez dentro, aspiré el olor a alcohol, sudor, tabaco y lo que más me gustaba, a hormonas desenfrenadas. Una estríper bailaba sobre una barra con solo un tanga por vestimenta. Las luces lilas, negras y azules hacían que las caras de los que allí estaban no se distinguiesen a menos de diez metros de distancia, cosa que también adoraba. Me situé en mi esquina de la barra favorita y pedí un cubata doble y un chupito para recuperar el tiempo perdido con el tiquismiquis de Joseph. El camarero, un tipo de color con brazos del mismo tamaño que mi cabeza, ojos y dientes azules debido a las luces, me ofreció otra copa y otro chupito y me dijo, al oído, que un hombre de un reservado me había invitado. La verdad es que no iba a rechazarlo, pero echarme un polvo le costaría un poco más que una mísera bebida. Después de cinco minutos la curiosidad me mataba, mis últimas adquisiciones habían sido féminas, hacía tiempo que no me lo montaba con el sexo contrario. En realidad, las mujeres eran mucho más dulces, ellas sabían exactamente dónde tocarme y en otras ocasiones necesitaba sentir la virilidad masculina entre mis piernas, no sé si me explico...

Finalmente, la curiosidad mató al gato y me dirigí hasta donde se suponía que estaba mi admirador secreto. Los reservados de este bar estaban preparados para sesiones privadas de baile, así que tenían unas cortinitas opacas que proporcionaban la intimidad suficiente como para sentir el morbo de que te estaban observando sin delatar su identidad. Abrí la tela y vi la musculosa espalda de un moreno frente a mí. Llevaba una camiseta blanca de manga corta que le presionaba la circulación haciendo que se le notasen incluso las venas del antebrazo. No tenía ni idea de quién era, pero esa noche no quería estar sola. Me agaché y le mordí lentamente el lóbulo de la oreja. Él me respondió con un gemido de satisfacción, le giré la cara y le di un beso en la boca introduciéndole la lengua hasta la campanilla. Me lo devolvió más apasionado y salvaje incluso que el mío, sosteniéndome la cabeza con la mano que tenía más cerca. Ese primer contacto hizo que me estremeciese entera; si esos eran los besos que daba, empezaba a temer cuando subiésemos de nivel. Abrí los ojos para contemplarlo rezando que no tuviese la cara de los pies de otro y casi me dio un infarto al verlo.

—¿Se puede saber qué mierda estás haciendo? —grité, limpiándome la boca con la manga de la chaqueta al descubrir de quién se trataba.

—Hasta donde yo recuerdo has sido tú quien me ha besado —protestó—. Además, sabía que vendrías aquí. He visto tu cara al pasar por la puerta y quería evitar que te metieses en problemas.

—¡No necesito un guardaespaldas! —le chillé sentándome junto a él enfadadísima—. Además, ¡eso que estás tomando no es agua exactamente!

—Yo no he dicho que no bebiese alcohol, me gusta comer con agua. Todo tiene su momento —dijo en plan profe de filosofía.

Sobre la mesa tenía los papeles del caso y estaba tomando notas en su bloc.

—¿Estás trabajando aquí? —pregunté, alucinada.

—Mientras que no tengo un caso claro, mi cabeza no deja de dar vueltas —se defendió otra vez.

El camarero gigante se acercó alertado al escuchar mis gritos por si pasaba algo.

—¿Todo bien, Kate?

—No, trae dos de lo mismo y se lo cargas a mi amigo en su cuenta —le sonreí.

—¿Eso quiere decir que te vas a quedar a hacerme compañía? —insinuó en tono pícaro.

—Es mi barrio, es mi antro y son mis reglas. Tú eres el que tiene el placer de estar conmigo —comunicué, por si tenía algún tipo de duda.

—De acuerdo, con la condición de que miremos esto entre los dos. ¿Trato? —Sonaba a chantaje en toda regla, pero si lo emborrachaba lo suficiente al final lograría que dejase de darme la brasa, así que acepté.

—¿Qué miramos exactamente? —pregunté quitándole los folios garabateados de las manos y acomodándome en el sofá.

—El informe forense de la señorita Koff. Me lo ha mandado la jefa Dick hace un momento —explicó.

—Y ¿por qué a mí nunca me llegan estas cosas al correo? —me quejé.

Joseph puso su mejor sonrisa de anuncio de clínica dental y se encogió de hombros, con cara de no haber roto un plato en su vida, aunque yo ya estaba empezando a pensar que había roto alguna que otra vajilla.

—Aquí dice que murió por envenenamiento y que seguía con vida cuando le cortaron la oreja, solo espero que no estuviese consciente cuando sucedió —suspiré.

—Si se ha llevado algo como recuerdo es que la conocía, los crímenes con fetiches nunca son al azar. El veneno es más típico de mujeres, pese a eso, no creo que debamos descartar a Ramón todavía. Algo tiene que ver con todo esto, es solo que nos faltan piezas del puzle para ver la imagen completa —conjeturó Joseph.

—¿Sabes algo de esa última llamada?

—Tu amigo Rich todavía no ha localizado al dueño del número, por lo visto es de un móvil de prepago y el teléfono está sacado con una identidad falsa.

—Si alguien quiere borrar sus huellas es porque tiene un buen motivo. ¿Opinas que es el gordo acosador del bloque tétrico? —agregué.

—Pienso que mañana deberíamos ir a hacerle otra visita. Tengo cierta información que dice que no ha pagado algunas multas de aparcamiento —respondió poniendo cara de malo y, seguramente debido a la cantidad de alcohol ingerido, me pareció uno de los hombres más atractivos que había visto jamás.

El sonido estridente de alguien aporreando la puerta me despertó, haciéndome salir de la cama de un salto. No recordaba cómo había llegado a casa. Lo último que

había en mi cabeza era que estaba tomando chupitos con Joseph, el resto era borroso. Miré el móvil y eran casi las ocho de la mañana, teniendo en cuenta que no sabía cuándo me había acostado casi seguro que era demasiado temprano para despertarme de esa manera, aunque por la insistencia podía jurar que se trataba de Clea.

Prometo que si no traía café consigo, esta vez me iba a escuchar.

En cuanto abrí la puerta, vi la sonriente cara de Clea con dos vasos de humeante café, me saludó dando pequeños saltitos como si quisiese ir al lavabo urgentemente. Como ya era habitual en mí, me di media vuelta con la intención de ignorarla y regresar a la cama hasta que me sobornase recogiéndome el piso, justo al girarme mis ojos se encontraron con el torso desnudo de Joseph durmiendo en mi sofá.

Intenté detener a Clea para que no lo viese. Yo estaba en camiseta de tirantes y bragas y sé lo que aquello podía llegar a parecer, pero fue demasiado tarde; para variar, la tenía pegada al culo como siempre y lo vimos a la vez.

—¡No es lo que parece! —excusé, mirando a Joseph semidesnudo en mi salón.

—Si te molesto, nos vemos en comisaría —respondió intentando marcharse con mi dosis mañanera de cafeína.

—Buenos días, señorita Koff —la saludó Joseph, a quien habíamos despertado con la charla—. ¿Es café a lo que huelo?

—Sí —asintió con timidez. Aproveché para empujarla dentro y cerrar la puerta.

Joseph se incorporó, se destapó y se puso la camiseta blanca de la noche anterior que tan bien le quedaba. ¡Gracias al cielo llevaba puestos los pantalones!

—¿Por casualidad, no tendrás una pastilla para el dolor de cabeza? —preguntó tocándose la sien.

—Sí, claro —confirmó, sentándose en mi butaca de leer, ofreciéndole uno de los vasos que llevaba y rebuscando en su bolso.

Continuaba sin entender qué cojones había pasado para que terminase acostado en mi sofá y yo en bragas en la cama. Pasé de ellos y me metí debajo del grifo de la ducha sin ni siquiera encender el agua caliente. Necesitaba despejarme o arrancarme la cabeza, lo que sucediese primero.

Al regresar al salón, los dos invasores estaban charlando tan tranquilos. Joseph le realizaba preguntas sobre el caso y tomaba notas, para no perder costumbre. ¡Lo peor de todo fue que se habían bebido mi café!

Me monté en el coche con Clea para ir a comisaría. Mi compañero usurpasofás dijo que pasaría antes por su domicilio para asearse y cambiarse de ropa.

—¿Pasó algo entre vosotros? —preguntó Clea sin rodeos.

—¡Nooo! ¿Cómo puedes pensar que ese niño pijo estirado sea mi tipo? —me defendí.

—Lydia también lo era —replicó en voz baja, dejándome sin palabras. En realidad, no me había dado cuenta de lo que podían llegar a parecerse, incluso sin ser del mismo sexo—. Lo siento, ya sé que no te gusta hablar de ella.

—No importa, no ha pasado nada entre nosotros y punto —le respondí sin decir nada más. O al menos esperaba que no hubiese sucedido nada.

Mis enormes gafas de sol me libraban de la cegadora luz de las oficinas. Me senté en mi mesa y me puse a mirar las fotografías de la casa de Elvira por si se me había pasado algo por alto. Alguien puso una taza de café delante de mí.

—Creo que te robé el tuyo esta mañana —me ofreció Joseph, dándome una cucharilla y dos sobres de azúcar.

Acababa de subir un peldaño con ese gesto.

—Rich tiene algo, me acaba de mandar un mensaje —le informé, sosteniendo el café sin darle las gracias.

Ambos bajamos rápido a la sala del friki. Esta vez, la puerta ya estaba abierta y pasamos hasta donde ya sabía que estaría. Rich llevaba unos cascos puestos y jugueteaba con la dichosa cabeza de plástico negro.

—¡Rich! —grité apartándole los auriculares de un oído y dándole un susto de muerte.

—¡Esto tiene que considerarse acoso! —se quejó.

—No comprendo por qué te gusta tanto la cosa esa —le dije, ignorando su disgusto.

—¿Que no?! —exclamó como si hubiera cometido algún delito—. Siéntate y ponte los cascos.

—¡Venga, a ver qué tan maravilloso es! —me jacté.

Le hice caso por mera curiosidad. Él se colocó delante del artefacto y empezó a dar pequeños golpecitos a ambos lados del busto.

—Cierra los ojos y relájate, coge aire por la nariz, cuenta hasta tres y expúlsalo despacio por la boca —me indicó.

La verdad es que el sonido de su voz en distintas partes de mis oídos, junto con los ruidos que estaba haciendo con el muñeco, consiguió que se me erizasen los vellos de la nuca, produciéndome un cosquilleo similar a cuando te besan el cuello y concediéndome una sensación bastante placentera.

—¡Qué chulada! —les dije abriendo los ojos y contándoles mi experiencia—. ¡Pruébalo tú, verás! —animé a Joseph.

Rich hizo exactamente lo mismo que antes.

—¿Y bien? —pregunté.

—Yo no he notado nada —reconoció Joseph un poco decepcionado.

—¡Aguafiestas! —susurré.

—¿Para qué nos querías? —dijo mi compañero cambiando de tema, seguramente jorobado por no saber a qué me refería con lo de las sensaciones gracias al cacharro ese.

—Lo han encendido en una zona en la que solo hay naves industriales vacías. Creí que deberíais saberlo —nos contó.

El teléfono sonó con el tono tétrico que le tenía puesto a la Pato, quitándome cualquier sensación de tranquilidad que hubiese podido disfrutar.

—¿Sí, jefa? Estamos con el técnico de... Sí, ahora mismo subimos. —Y colgué—. ¡Qué bien me cae esta mujer! Vamos, que por lo visto no tiene con quién rellenar su cupo de amargar el día a la gente —le dije a Joseph.

La Pato nos esperaba en las oficinas junto con otro par de agentes.

—Han dado la alarma de que se han escuchado gritos en la casa del señor Lasso. Id a echar un vistazo —nos ordenó—. Warne, no la fastidie, recuerde que el señor Bell es el que está a cargo de la investigación y que debe hacer todo lo que él le diga.

Nos montamos en el coche y Joseph intentó hablar, pero estoy segura de que mi cara de perro rabioso lo detuvo. La tensión se cortaba con un cuchillo, tenía ganas de darle un puñetazo a alguien y juro que si el capullo del gordo ese se pasaba en lo más mínimo iba a ser mi diana perfecta.

Otra patrulla ya estaba allí para cuando llegamos, junto con un montón de mirones, de nuevo. Al parecer, en aquella zona nunca ocurría nada y la gente estaba deseosa de alimentar su sed de cotilleos. «Menos mal que yo vivía en la otra punta», pensé.

Uno de los agentes salió del antiguo edificio y al vernos acudió de inmediato.

—Señor Bell, la jefa Dick nos ha dicho que viniéramos como refuerzo por si pudiera necesitarnos —informó el novato, ignorándome por completo y echando más leña a mi ya incandescente fuego interior.

—¿Han hablado con el señor Lasso? —preguntó Joseph, sin mirarme.

—No hay nadie en el domicilio, señor.

—Que no te quiera abrir por tener esa cara de paleta no significa que no esté dentro, escondido —rebatí. Los dejé allí y subí los tres tramos de escalera que conducían al domicilio de mi principal sospechoso, aunque el mundo se empeñase en lo contrario.

—¡Warne! —escuché que Joseph me llamaba, era temprano, tenía resaca y no me apetecía perder el tiempo con este soplagaitas embustero.

Aceleré el paso intentando que mi nuevo grano en el culo no me alcanzase. Sí, mi compañero había subido de nivel de garrapata a grano. Llegué a la puerta y la aporreé vociferando.

—Ramón, han escuchado ruidos y venimos a detenerlo por alteración del orden público. ¡Abra la puerta!

—Muy bien, Warne, si antes no quería ni vernos, ahora creo que has conseguido hacer que done su fortuna a las viudas del Cuerpo —me regañó Joseph.

—¿Sabes hacerlo mejor? Adelante, soy toda oídos —le reté.

—¿Qué dice? ¿Está en peligro? ¡No se preocupe derribaremos la puerta, échese a un lado! —gritó Joseph para que se enterase todo el bloque; me miró con cara de travieso, me guiñó un ojo, cogió carrerilla y derribó la puerta casi haciéndola añicos.

—¡Mira, al menos esta sí que había que abrirla...! —le felicité, recordándole la vez anterior que intentó hacer lo mismo y terminó besando el suelo. Aunque tenía que reconocer, para mí misma, que la artimaña pensaba apuntármela.

En la casa no se escuchaba ningún sonido. A ver si al final el tonto de abajo iba a tener razón y el indeseable se estaba haciendo la manicura, porque entonces, quién iba a ser el guapo que le explicaba a la jefa lo de la puerta...

Justo antes de hablar, Joseph me tapó la boca con una mano. Sacó su pistola y me indicó que le cubriera la retaguardia. No comprendí por qué tanto misterio hasta que me señaló unas gotas de sangre en una esquina del salón. ¿Cómo se me habían pasado por alto? A veces confiaba demasiado en mi memoria fotográfica, pese a lo que sucedió la

última vez. Al recordarlo, me sentí insegura, las piernas me temblaron y se me entumeció casi todo el cuerpo, un sudor frío recorrió mi frente e incluso el vello se me erizó.

—¿Estás bien? —me susurró Joseph al oído viendo mi estado de tembleque.

Intenté recomponerme, saqué mi pistola, establecí mi pulso con ella asiéndola con ambas manos y asentí con firmeza. Joseph se adentró despacio por el pasillo, y abrió la primera puerta que se encontraba cerrada, girando el pomo con delicadeza. Yo, por mi parte, estaba procurando canalizar mis paranoias siguiéndole de cerca. Perdí de vista la figura de Joseph en cuanto entró en la estancia donde Ramón tenía las fotos de la señora Elvira colgadas en la pared. Me apresuré a seguirlo sin darme cuenta de que él ya estaba saliendo y le di un cabezazo considerable en la frente haciéndolo retroceder.

—¡Perdón, no te vi! —me disculpé escondiendo una risa. No era momento para bromas, sabía de sobra que mi cráneo resultaba lo suficientemente duro como para que aquel golpe le dejase marca durante unos días.

Joseph continuó con la siguiente puerta. Yo estaba pegada a la pared del pasillo y, sin darme cuenta, mi pie tropezó con un trapo que tapaba la parte de debajo de una de ellas. Al instante, una bofetada de olor a lejía se me metió en los pulmones. Le di unos golpecitos en el hombro a Joseph para que se detuviese y le señalé una especie de humo blanco que empezó a salir de allí dentro por la rendija que había quedado libre. Me giré y la abrí con cuidado. Enseguida, los ojos me empezaron a llorar. Una nube de gas llenaba todo el lugar y comenzó a costarme respirar; se me enturbió la vista, no sé si por estar allí dentro o porque mis ojos se estaban secando por segundos; respirar me era imposible. Noté cómo algo tiraba de mí y cerraba de nuevo la puerta colocando el trozo de tela donde estaba antes.

Joseph me ayudó a llegar al salón. Me quemaba la garganta, los ojos me lloraban y todo me daba vueltas. Lo último que escuché fue a mi «grano» pedir ayuda por la radio.

Me desperté sobresaltada y desorientada, todo estaba en penumbra. La noche anterior la debí de coger demasiado gorda como para no recordar con quién me había ido esta vez... Intenté sentarme cuando algo me pinchó en el brazo al hacerlo. Achiné los ojos y agudicé el oído, lo primero que tenía que hacer era saber dónde diantres me encontraba. Miré a mi alrededor y justo al lado vi a Joseph sentado en un butacón, dormido. ¿Otra vez me había seguido? Esto tenía que terminar, no necesitaba ninguna niñera.

La puerta se abrió y Clea entró como cada mañana con dos cafés humeantes. La cabeza me iba a explotar de un momento a otro y me dolía la garganta como si me hubiese tragado un higo chumbo9 sin pelar.

—¡¡Estás despierta!! —exclamó al verme, depositando los dos vasos en una mesita contigua a la cama.

—¿Llego tarde a trabajar? —pregunté, cansada de tener servicio de despertador a domicilio, solo que este lugar no se parecía en nada a mi casa.

—¿No recuerdas qué pasó? —preguntó, despertando a Joseph, quien se levantó de un salto y se sentó a los pies de la cama donde estaba acostada.

—No, pero este trío extraño o lo culminamos o lo dejamos pasar. Es lo único que os digo. —Me costaba hablar y mi voz sonaba ronca.

—Estuvimos en casa del señor Lasso, ¿recuerdas? —insistió Joseph—. Entraste en el cuarto de baño y una nube de humo casi te mata.

Abrí los ojos de par en par sorprendida ante la noticia.

—Exactamente se trataba de gas Cloro, producido por NaClO_2 y HCl , usado como arma en la primera guerra mundial. De alta toxicidad e, incluso, letal —me explicó Clea con su modo de científico activado.

—¿Y en castellano? —pedí, sosteniéndome la garganta.

—Lejía con sulfumán en grandes cantidades. La usaron para borrar cualquier prueba que hubiese en el escenario —añadió Joseph, que al ver mi cara de desconcierto continuó—: Después de que se disipase la nube y pudiésemos entrar descubrimos al señor Lasso muerto, dentro de la bañera.

—Quién quiera que sea el asesino va un paso por delante de nosotros, y lo peor es que va cubriendo sus huellas. Es como seguir pistas en una tormenta de arena en el desierto, cuando llegamos ya se han borrado. Lo mismo sucedió en casa de la primera víctima con los aspersores —se lamentó Clea.

Entonces el gordo desgraciado no era el culpable después de todo...

—¿Algo que lo relacione con el otro caso? —susurré como pude.

—Le faltaba la boca —dijo Joseph.

—¡¡¿Cómo?!! —exclamé.

—Alguien le había retirado con mucha habilidad la piel de la mitad posterior de la cara y también le ha arrancado la lengua —informó Clea, no sé si aterrada o admirada.

Me obligaron a permanecer tres largos días en observación en aquel triste hospital. La verdad es que los únicos que me visitaron fueron Clea con su aprendiz friki y Joseph, al que convencí para que me colase cigarrillos para poder fumar en el baño a escondidas, bajo la amenaza de que de lo contrario me tirarían por la ventana.

En cuanto me dejaron salir de ese lugar con olor a muerte me fui a mi casa, me duché, me adecené un poco y me fui a la comisaría a por las novedades que no me habían querido dar durante mis días de convalecencia, alegando que necesitaba descansar.

Clea estaba en su segundo hogar, analizando cosas, para no variar.

—¿Qué haces aquí? ¡Te han dado una semana de baja, casi te mueres! —me amonestó mi amiga.

—La voy a palmar, pero de aburrimiento sí sigo sin hacer nada —rogué.

—Doctora Koff, ¿tiene ya los resultados de...? —comenzó a decir Joseph al entrar en la sala de autopsia. Se detuvo al verme—. ¿Qué haces aquí?

Le quité el tocho de papeles que llevaba en la mano.

—Mi trabajo. Y el próximo que me diga que me vaya a mi casa recibirá un puñetazo —respondí, malhumorada, y volví a mirar las fotos del caso que le acababa de robar a mi compañero. Desde que me había dado tabaco de contrabando me prometí no insultarlo más.

—Señorita Warne, ¿usted no estaba en el hospital? —preguntó el pobre del friki al entrar justo detrás de Joseph en la sala.

Me fui hacia él y le estampé la carpeta en la cabeza.

—¿Alguien más? —pregunté mientras el ayudante de mi amiga se frotaba donde le había propinado el golpetazo—. De acuerdo, ahora que ya nos hemos saludado, ¿qué tenemos?

Clea se acercó al frigorífico, donde se conservaban los cadáveres, y sacó la bandeja que contenía lo que quedaba de Ramón Lasso.

—¿Ves esas marcas que tiene en la cara alrededor de donde debería de haber piel? —señaló, y asentí intentando hacer como si supiese de lo que estaba hablando. Para mí, aquello era como ver una película de caníbales—. Bueno, pues los hematomas alrededor nos dicen que este hombre no estaba muerto cuando se lo hicieron.

—¿En serio? Me caía mal, pero no para tanto —respondí.

—Doctora, no olvide lo del interior de la boca —agregó Henry—. Le han extraído la lengua desde su base haciendo unos cortes certeros y sin desaprovechar nada de carne.

—¡Que no era un cerdo, hombre! —protestó Joseph. Su piel empezaba a amarillear de nuevo.

—Disculpe —reconoció el becario gore.

—Excesivamente tétrica la explicación, aunque sí para tenerla en cuenta, Kate. Estamos hablando de alguien que tiene altos conocimientos de medicina o de un carnicero, tiene que estar relacionado con alguna de las dos materias —reveló Clea.

—¿Sospechosos? —pregunté a Joseph.

—Ninguno por ahora —admitió, desalentado.

—¿Cosas en común con la otra víctima? —insistí pretendiendo sacar algo en claro.

—Lo único que los une es que ambos eran asmríst y que tenían un canal en internet donde subían vídeos —concluyó.

—De acuerdo, vayamos a visitar a Rich. Supongo que le habéis mandado toda la mierda de tecnología esa que tenía en su casa, ¿no? —dije.

—Sí, pero no ha encontrado nada aún —avisó Joseph.

—Eso es porque tú le caes mal —le revelé, sacándole la lengua.

Me despedí de mi amiga prometiéndole que no haría esfuerzos y nos marchamos a visitar a mi cerebritito favorito.

—¡Toc, toc! —imité, a la vez que golpeaba con el nudillo la pared de al lado de la ventana de Rich.

—¡Kate, me alegra verte! Tengo algo para ti —comentó abriéndonos la puerta.

—Te lo dije —le susurré a Joseph, que acababa de poner cara de niño pequeño enfadado.

—He comparado las llamadas de las dos víctimas y tienen algunos números en común, entre ellos a nuestro cliente falso —reveló Rich dándome una lista que acababa de imprimir—. Este no tenía el equipazo que poseía la otra, pero tampoco era malo del todo.

Rich me enseñó un micrófono un poco más ancho de lo normal, el mismo que recordaba de la primera vez que entré en su habitación del miedo.

—¿Sabes algo más del número misterioso? —pregunté mientras un móvil con la melodía de la banda sonora de la película Los Juegos del Hambre empezó a sonar.

—¿Lo cogéis alguno? —pregunté.

—No es el mío —dijo Joseph.

—El mío tampoco, no soy tan friki —aclaró Rich. Se dio la vuelta y rebuscó en su mesa, muy apresurado, mientras la cancioncita del sinsajo12 no paraba de sonar—. Es el teléfono del señor Lasso. ¿Y a qué no sabéis qué número le está llamando?

Me lo dio y me pidió que descolgase cuando él me avisara. Encendió un artilugio en su ordenador y levantó el pulgar indicándome que era el momento de responder.

Puse el manos libres y una voz femenina salió por el altavoz.

—¿Ramón? ¿Estás bien?

Cuatro

Permanecí en silencio a la espera de que nos revelase algún que otro dato, quien quiera que fuese hizo lo mismo que yo.

—Soy la detective de policía Warne, el teléfono al que llama forma parte de una prueba de homicidio. ¿Se puede identificar? —pregunté.

Otro largo mutismo y a continuación un suspiro fue lo único que obtuvimos por respuesta, antes de escuchar el pitido de haber colgado.

—¡Mierda! —exclamé.

—¿En serio creías que ella solita se iba a poner las esposas? Kate, eres buena, pero no tanto —se burló Rich.

—¿Puede localizar desde dónde se ha realizado la llamada, señor Skrenta? —preguntó Joseph, tan estirado como siempre.

—¿Me sé la cifra número cuarenta y tres después de la coma del número pi13? —contestó. Se sentó en el ordenador y movió los dedos a una velocidad vertiginosa—. Está en la misma ubicación que os facilité la última vez, en unas naves industriales, la mayoría están en desuso o en ruinas.

—Perfecto, muchas gracias, Rich. —Sonreí a mi cerebritito particular a modo de despedida y me di la vuelta.

—¡Señor Joseph! —llamó Rich antes de que nos fuésemos—. Me llamo Rich, el apellido solo lo saben unas cuantas personas y prefiero que siga siendo así —le advirtió guiñándole un ojo de forma amenazante.

Nos montamos en el coche de mi compañero y puso en el GPS la ubicación. Cuando llevábamos un rato circulando, vi que Joseph tenía el ceño fruncido.

—A ver, desembucha —exigí.

—No me pasa nada.

—Yo no he preguntado eso, así que se ha delatado usted solito. —Reí.

—¿Por qué le caigo mal a ese chico? Casi no me conoce —admitió indignado.

—Creo que es porque tienes cara de culo —bromeé.

Joseph sonrió y seguimos en silencio hasta que llegamos a la dirección que nos había facilitado Rich.

Aquella parte de la ciudad debía haber sido, en tiempos mejores, una gran zona industrial a rebosar de personas, con bastante bullicio, pero hoy en día estaba reducida a un puñado de escombros, con algún que otro edificio solitario en pie, plantándole cara al paso de los años y al deterioro típico del abandono y el olvido.

—Según esto, quien haya usado el teléfono tiene que estar aquí dentro —indicó Joseph mirando el GPS y señalando hacia una nave con ventanas tan solo en la parte superior.

Esta vez no hizo falta que mi compañero sacase a relucir su masculinidad tirando ninguna puerta, ya estaba arrancada. Por suerte, era de día y por las ventanas sin cristales

entraba el sol sin obstáculos. Sacamos nuestras pistolas, por si acaso, y nos pusimos a buscar el puntito rojo, que estaba todavía encendido en la aplicación que tenía Joseph en el móvil.

Los vándalos se habían ensañado bien con aquel lugar. Todas sus paredes contaban con pintadas y los barriles metálicos, que alguna vez contuvieron aceite o sustancias químicas, ahora servían como recipiente para resguardar la lumbre de los indigentes que pernoctaban por allí.

La señal venía de detrás de una pared sin puertas visibles. Recorrimos todo el maldito recinto con olor a orín y a basura al menos cinco veces sin encontrar nada, hasta que Joseph se detuvo y se puso a dar pequeños golpecitos en el tabique que nos separaba de nuestra presa.

—¿No estarás pensando tirarla, no, Hulk? —pregunté, esperando que su respuesta no fuese afirmativa.

Joseph me ignoró y continuó rodeando el lugar y aporreando el muro con la oreja puesta sobre él.

—¿Se puede saber qué...? —empecé a decir cansada de seguirlo.

—Psssss —me mandó callar—. ¿Cuánto crees que medirá el hueco en el que no podemos entrar?

—Las proporciones no son cosa de mujeres por culpa del ego de los hombres —indiqué logrando desconcertarlo.

—Esto parece más bien por donde va el cableado del edificio que una sala diminuta, solo tenemos que encontrar... —Se calló a la vez que se agachaba junto a un conducto de ventilación. Se tumbó en el suelo, arrancó la rejilla oxidada de hierro y miró en su interior. Sacó del bolsillo su preciado pañuelo de tela, lo colocó a modo de guante improvisado en la mano y extrajo victorioso el teléfono que nos estaba dando tantos quebraderos de cabeza. El mismo que la mujer misteriosa había dejado atrás para despistarnos y que le diese tiempo a desaparecer.

—¿En serio? —dije, enfadada, guardando el arma.

—¿Qué? ¡Lo tenemos! —exclamó Joseph, desconcertado ante mi desagrado.

—¡No tenemos nada! —repliqué, dejándolo allí y regresando al exterior para fumarme un muy merecido cigarro.

Al momento, apareció Joseph con la ropa llena de polvo y telarañas enredadas en las puntas del pelo por haber metido la cabeza en el boquete. El pobre traía el teléfono en la mano como si hubiera encontrado un cofre lleno de oro.

—¡Toma, anda! —le ofrecí una bolsa de pruebas.

—¿Se lo llevamos a mi mayor admirador? —propuso, hablando de Rich.

—De acuerdo, a lo mejor ese piratilla nos dice algo más.

«La verdad es que es un teléfono bastante normalito e incluso anticuado, diría yo, aunque las tecnologías no sean lo mío», pensé mientras lo observaba a través del plástico.

—¡Eres el puto amo! —grité de pronto, levantándome del asiento del copiloto y dándole a Joseph un sonoro beso en la mejilla, este frenó en seco haciendo que me chocase contra la luna delantera. Mi asombrado compañero se volvió hacia mí con cara de bobo y los ojos muy abiertos—. ¡Mira!

Se apreciaba una huella dactilar casi perfecta en la parte trasera del móvil.

—¿Ves como hacemos buena pareja? —dijo con una enorme sonrisa de satisfacción.

—Yo tampoco diría tanto, pero sí, ya queda menos para perderte de vista —le recordé siendo un poco cruel y quitando todo el romanticismo del momento.

Dejamos la bolsa a los técnicos forenses, quienes nos miraron como si les acabásemos de entregar una maldita bomba. En un principio lo iba a hacer yo misma, hasta que caí en que si la cagaba alguien, sinceramente, prefería que fuese otro.

El teléfono me vibró en el bolsillo, lo saqué lo suficiente para ver en la pantalla el nombre de Dick e hice como que no me había dado cuenta. Tampoco es que estuviese mintiendo del todo, lo puse en silencio al entrar en la nave y todavía no lo había quitado. Cuando dejó de sonar una sonrisa maquiavélica cruzó por mi semblante. Mi gozo no duró demasiado; al instante vi a Joseph descolgar el suyo y apostaría un riñón a que sabía de quién se trataba...

—¿Dick quiere vernos? —dije después de que colgase.

—¿Cómo lo has sabido?

—Intuición femenina —mentí.

No podía pensar nada que me apeteciese menos que verle la cara a esa bruja pedante y prepotente, por desgracia, en estos instantes, era la que tenía el poder de mandarme a la calle, así que no tuve más remedio que obedecer. Me dirigí hasta su despacho con el mismo ánimo que cuando las vacas se dirigen al matadero. Si tenía que hacer algún símil de un animal que se le pareciese sería el cocodrilo, por eso de que lloran mientras devoran a sus presas.

La puerta de su despacho estaba abierta con las cortinas cerradas a cal y canto, cuando ella siempre se aseguraba de dejar una pequeña rendija para poder meterse en la vida de todo el que tenía la mala fortuna de estar a su cargo.

—Entren y cierren —ordenó «amablemente». Y eso fue lo que hicimos—. Dos asesinatos en menos de una semana. ¿Están relacionados? ¿La prensa puede sumar dos más dos? ¡Quiero novedades, ya!

«¡Y que no se ahogue con su veneno al tragarlo!», pensé.

—Puede que haya alguna coincidencia —le indiqué, desatando su cólera.

—Señorita Warne, o hay o no hay similitudes —ironizó.

—Me temo que estamos tratando con un asesino en serie que conocía a las dos víctimas y que se lleva partes del cuerpo como fetiches —confesó Joseph sin ni siquiera pestañear.

—¿Tiene a algún sospechoso? —le preguntó cambiando radicalmente el tono de voz del de la niña de El exorcista al de la abuelita de Heidi.

—La señorita Warne ha encontrado una huella en el teléfono de alguien que tuvo contacto con ambos, comprendo su inquietud. Las dos víctimas se dedicaban a hacer vídeos de ASMR. Si la noticia trascendiera a los medios, las personas que se mueven en ese círculo podrían entrar en pánico —confirmó mi compañero suavizándola como a un gatito.

—En el momento en el que tengan cualquier novedad, hágamelo saber —le pidió la bruja, pasando de mí.

—Por supuesto —respondió Joseph, haciendo que me entrasen ganas de vomitar.

—Pueden retirarse.

¡Necesitaba de manera urgente alcohol en la sangre y medio paquete de cigarrillos en el organismo!

Salimos de la guarida del león y regresamos a ver si la científica había sacado algo en claro de nuestro hallazgo.

—¡Allan, dime que tienes novedades! —imploré al único que me caía bien en toda la comisaría, aparte de Clea, por supuesto.

—Siento decirte que el ordenador sigue buscando en la base de datos y le llevará su tiempo. A primera vista la huella parecía perfecta, pero no era así. Tan solo hemos conseguido una traza parcial. Lo siento, Warne. Te prometo que en cuanto sepa lo más mínimo te llamo. Me he tomado la libertad de pasarle la prueba a Rich para que haga su magia —me sonrió.

Allan siempre era agradable conmigo, incluso fue de los únicos que no me culpó por la muerte de Lydia, así que de vez en cuando se lo agradecía, permitiéndole pasar una noche de lujuria conmigo; aunque si soy sincera, Allan tenía unos gustos un tanto extraños en lo que al sexo se refería.

Llamé a Rich para ahorrarme la caminata. Mi friki favorito me desilusionó cuando me dijo que estaba trabajando en ello.

—Bueno, te informo que hemos llegado a un callejón sin salida —referí a Joseph, que estaba bastante más decaído que yo.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó como si yo pudiese resolver los males del mundo con una sola palabra.

—Pues no sé tú, pero esta que está aquí piensa irse a su casa a esperar a que Allan o Rich la avisen —contesté, intentando quitármelo de encima.

El resto del camino hasta salir de la comisaría, Joseph se mantuvo triste, callado y en silencio. Mientras, una mini-Kate con alitas blancas apareció de la nada sobre mi hombro y me movió el dedo índice de un lado a otro regañándome, y, como por arte de magia, surgió otra de una pequeña nube negra con graciosos cuernecillos y una minipetaca en la mano. Por un lado, tenía ganas de salir, despejarme y estar sola; por otro, Joseph se había portado demasiado bien conmigo en el hospital y lo de haberme salvado la vida también le daba algún que otro punto positivo a tener en cuenta.

—Joseph —lo saqué de sus pensamientos—. ¿Te vienes a tomar algo?

—¡Claro! —exclamó sin pensárselo.

Entonces la diablilla sentada al lado de mi oreja se puso en pie y le lanzó la botella a la que tenía cara de buena, golpeándola y tirándola, para a continuación desaparecer las dos. «¿Me estaré volviendo majara?». El caso es que me hizo gracia y me reí descuadrando a Joseph, que me imitó.

—¿Dónde vamos? —pregunté, quitando esas últimas imágenes de mi cabeza.

—¡Kate! —gritó alguien justo antes de entrar en el coche. Clea venía corriendo hasta nosotros con un montón de carpetas—. ¡Tenemos que revisar unos documentos del caso!

—¡A tomar viento la diversión! —protesté entre dientes.

—¿Hay algo nuevo? —preguntó Joseph, emocionado.

Clea en cuanto se dio cuenta que nuestra intención era marcharnos juntos se quedó paralizada, Joseph, como buen caballero atípico que era, ya estaba a su lado cogiéndole los bultos.

—Gracias —aceptó ella, con timidez—. No quiero molestar, podemos dejarlo para mañana.

—¿Qué podría haber más importante que esto? —alegó él guiñándole un ojo a mi lesbianísima amiga. Era la primera vez que la veía ruborizarse delante de un hombre—. Podemos ir a mi casa, si queréis, para no volver a usurpar la de la señorita Warne.

—¿Tienes alcohol? —pregunté lanzándole una mirada inquisitiva.

—Tengo una pequeña bodega de... —empezó a decir.

—Me vale, tú conduces —interrumpí montándome en la parte trasera del vehículo a conciencia, para castigar a Clea por fastidiarme la noche.

Joseph vivía en una zona bastante adinerada de la ciudad o, mejor dicho, de las afueras de esta. Para llegar desde la entrada hasta la casa o lo hacías en coche o te pegabas una caminata considerable. Una piscina, columpios meciéndose por el viento y decenas de árboles conducían hasta un porche descomunal, que daba paso a una casa todavía más grande.

—¿Vives aquí? —pregunté, boquiabierta.

—Sí. Pasad, por favor —nos invitó.

—Y ¿eres poli exactamente por...? —le interrogué alucinando con los techos, la chimenea y todo lo que tenía delante de mis ojos.

—¡Kate! —me riñó Clea, tan comedida como siempre.

—Señorita Koff, no se preocupe, ya nos vamos conociendo —me disculpó—. Mis padres fallecieron hace poco en un accidente y no tengo hermanos ni familiares cercanos, así que decidí regresar a esta casa que tantos buenos recuerdos me trae. Y a lo de ser policía es más por devoción que por necesidad, si es lo que me preguntabas.

—Lo siento —me disculpé por ser una bocazas de vez en cuando. ¡Pero solo de vez en cuando!

—Joseph, llámame Clea y al torbellino que tengo por amiga llámala Kate, seguramente no te lo haya dicho aún, ya te doy permiso yo por ella —replicó tan tranquila, opinando por mí. Él respondió con una sonrisa.

—Vamos a la sala de pensar con todas las notas. Ya tengo algo organizado por mi cuenta allí —nos sugirió.

Nos encaminó a una habitación más grande que mi casa. Cuando encendió la luz nos encontramos con una mesa de escritorio hecha de roble, con un montón de papeles desperdigados sobre ella, una pizarra de metacrilato como las que usábamos en la comisaría con el doble de envergadura, un sofá verde de un tono que me recordaba a las diarreas de los bebés, un diván y una librería que llegaba hasta el techo. En una pared contigua reposaba una escalera móvil para poder acceder a los tesoros que descansaban en las baldas superiores. Al mirar hacia arriba, vi un proyector que pendía de unos cables, sujeto al techo y que apuntaba a uno de los laterales de la sala.

Joseph dejó las carpetas de Clea en una mesita auxiliar que estaba en la entrada, apartó sus cosas de la centenaria mesa y puso las de Clea. Separó el sillón orejero de cuero y le indicó que podía usarlo.

—Este lugar es precioso, Joseph —le aduló mi amiga.

—Está bien —admití con mala intención, muriéndome de la envidia insana que sentía en esos momentos.

Clea comenzó a colocar sus papeles en el estricto orden que la caracterizaba mientras nuestro anfitrión y yo la mirábamos.

—¿Nos invitas a algo de beber? —le sugerí a mi compañero, que parecía emocionado por tener visita.

Dejé a Clea liada con sus papeles y seguí a Joseph hasta una cocina por la que muchos chef asesinarían.

—Voy a preparar algo de cena —se ofreció, amable.

No iba a ser la que se negase. ¡Estaba famélica! El hospital había hecho mella en mis reservas de grasas y yo estaba gordita por devoción. Me gustaba lo mismo comer que beber.

Una cristalera separaba la cocina del jardín. Me escabullí por ella y encendí un cigarrillo. La paz y la tranquilidad que había en aquel lugar no eran comparables con nada a lo que estuviese acostumbrada. Anduve unos metros y me senté en un oxidado columpio. La hierba estaba mojada debido a la humedad del atardecer y empezaba a desprender ese aroma que tanto me gustaba. Oí croar a una rana y luego a muchas más. Salté del balancín para buscar una con la intención de tirársela a Clea. Seguí su croar hasta toparme con un pozo del que no se veía el fondo, y me di cuenta de que tan solo había una pobre rana y que las paredes de su cárcel hacían de eco, lo que hacía que pareciera que había más.

En esos momentos me sentí como ese anfibio; sola, asustada y triste. A veces, no importa cuanta gente haya a tu alrededor, tú te sigues viendo sin nadie. Llevaba bastante tiempo con ese sentimiento dentro de mí, me sobraba el mundo o yo le sobraba a él, no lo tenía claro. Lydia era mi vida y la perdí.

—Kate, ¿me ayudas? —escuché a Joseph desde la cocina.

Tiré la colilla al pozo intentando no darle a la solitaria criatura y regresé a la casa.

Me ofreció tres copas, que conseguí sostener con una mano, y una botella de vino, mientras él llevaba unos platos con chacina recién cortada.

Clea seguía colocando folios por montones sobre la gigantesca superficie de madera. Joseph dejó la comida en la mesa auxiliar, agarró la botella de vino y la descorchó. Llenó las copas y nos ofreció una a cada una.

—Gracias —le sonrió Clea sin prestar mucha atención al dulce néctar que le acababa de entregar—. Empecemos de cero. Coloca la foto de la primera víctima.

Joseph obedeció y puso el retrato de Elvira en el centro del tablero, en la parte superior. Me tumbé en el cómodo diván, copa en mano, y observé atenta lo que pretendían hacer con todo aquello.

—Listo —dijo Joseph.

—¿Qué más sabemos a partir de ahí? —preguntó Clea.

Estaba segura que ella conocía perfectamente la respuesta. Clea tan solo quería que participase en el juego, así que me dejé atrapar por aquel divertido Cluedo y le seguí la corriente.

—Las notas de amenaza de Ramón Lasso fueron las que nos llevaron hasta él —le recordé.

—Exacto. Toma, Joseph —le entregó una copia de los emails y él los ubicó debajo de la primera víctima a la derecha—. Ahora viene la foto del primer sospechoso. Ponla encima de las notas.

—Pero el gordo duró un asalto, lo mataron rápido —les indiqué.

—Efectivamente, cosas en común —dijo Joseph. Cogió el bolígrafo especial borrable y escribió debajo de Elvira—. ASMR. Este es el único nexo de unión que tienen ambas víctimas. Una era rica, el otro vivía a lo justo. Mujer, varón, edades distintas. No hay nada más que los relacione.

—Vale, ahora pon este signo de interrogación junto a la foto de Ramón Lasso —le pidió Clea a Joseph, quien seguía haciendo de alumno aventajado disfrutando de lo lindo por estar dibujando en su pizarrita nueva.

Yo, por mi parte, ya me había bebido dos copas más que ellos, significaba que el vino había muerto y la pena comenzó a llenarme de nuevo.

—No trabajo bien sin alcohol —avisé de pronto levantando mi vaso vacío.

Joseph salió un momento para traer la segunda botella cuando Clea me miró con ese gesto de desaprobación que solía ponerme cuando no estaba de acuerdo con mi actitud y que, por cierto, me traía sin cuidado. Le saqué la lengua justo cuando mi compañero regresó con el vino ya abierto y lo dejó en el suelo al lado de donde yo estaba cómodamente recostada.

«La verdad es que podría llegar a acostumbrarme a esto».

—¿Podemos proseguir? —preguntó Clea, sin perderme de vista.— ¿Qué sabemos de la mujer del teléfono? —continuó.

—Ha tenido contacto con las dos víctimas —respondí para que mi amiga no se enfadase demasiado.

—¿Y? —preguntó de nuevo.

—Nada, ahí es donde nos quedamos. Hasta que la científica no nos dé el resultado de la huella o Rich nos proporcione algo más, no tenemos ni idea de por dónde continuar —lamentó Joseph.

—¿Esa cosa tiene conexión a internet? —pregunté, señalando el proyector del techo.

—Sí, claro —respondió sin comprender mi duda.

—Kate, por favor, necesitamos avanzar —rogó Clea.

—¿Pueden usarse cascos individuales para oírlo? —insistí.

—Sí, y verlo en 3D, si quieres —concluyó en tono cansado Joseph.

—Pues vamos a ver una película —informé, tumbándome más.

—¿Cómo? —se sorprendió Clea.

—Vamos a ver los vídeos de ASMR de ambas víctimas y a leer todos los comentarios de cada uno de ellos, para así poder descubrir quién es la mujer que vino a decirnos que Elvira había desaparecido —zanjé y me acabé la copa de un sorbo.

Cinco

—¡¡Kate, Kate, despierta!! —Me incorporé sobresaltada por las voces que Joseph me estaba dando en la oreja.

—¡No te recomiendo que lo hagas! —amenacé cogiéndolo por la pechera de la camisa y mirándolo a los ojos con cara de ogro cuando intentó volver a chillarme.

—¿Estás bien? —preguntó, preocupado.

—¡No! Odio que me despierten y más si es de esa forma —advertí.

Cuando fui a incorporarme la habitación empezó a darme vueltas y si no hubiese sido porque me sostuvo, el suelo también me hubiera dado los buenos días

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde está Clea?

—No lo sé, lo tengo todo borroso. Lo último que recuerdo es que pusimos los videos de los asmrstist y luego nada más. Estaba en el suelo cuando he abierto los ojos — me explicó, tocándose la sien derecha.

—¿Qué coño nos diste de beber anoche? —lo acusé.

—Vino, además yo también tomé una copa.

—¡¡Vamos a buscar a Clea!! —le ordené, todavía mareada.

Antes de salir del cuarto miré sobre la mesa y vi que todos los papeles habían desaparecido. Mi miedo aumentó y mi cabeza conjeturó mil ideas distintas en un momento.

Mis peores pesadillas se hicieron realidad cuando hallamos el cuerpo de Clea tumbado de espaldas al lado del pozo. Corrí hasta ella e intenté reanimarla; tenía un fuerte golpe en la cabeza y su respiración sonaba débil. Las lágrimas empezaron a rodar por mis mejillas.

«¡No podía perderla, a ella también, no!».

—¡Kate, la ambulancia no tardará en llegar! —intentó tranquilizarme Joseph, poniéndose a mi lado con el teléfono en la oreja y hablando no sé con quién.

Lo cierto es que, en esos instantes, el mundo pareció silenciarse o pararse, o yo que sé qué es lo que me sucedió, ese estado de terror en el que me encontraba ya lo había vivido antes. Cuando mi corazón se aceleraba, mi cerebro también lo hacía. Me puse a mirar fijamente todas y cada una de las cosas que había a nuestro alrededor para intentar calmarme, y descubrí que la puerta principal tenía una pequeña abertura. Nosotros salimos por la cocina y sé que anoche Joseph la cerró porque lo vi hacerlo, lo cual me alertó. A mi derecha, un rastro de sangre llevaba hasta el camino donde estaba aparcado el vehículo. ¡Eran pisadas de zapatos ensangrentados! Levanté la vista y proseguí analizando cada cosa que no estaba en su lugar, y después de estudiarlos en mi mente durante unos segundos, que me parecieron siglos, escuché la ambulancia a lo lejos, por fin.

—Nos siguieron desde comisaría —aseguré convencida.

—¿Cómo? —Joseph, que tenía asida la muñeca de Clea y le controlaba el pulso hasta que llegasen los sanitarios, me estudió con sorpresa.

—Alguien sabía que teníamos esos papeles y ha venido a buscarlos. Tú bebiste una copa de vino, yo botella y media, pero Clea, estoy segura que solo se mojó los labios por educación, ella no bebe alcohol. Quien quiera que fuese nos conoce bien. Sabía que yo iba a pedirte que pusieras unas copas de algo y esa misma persona conocía de tu pequeña bodega. Estoy segura que nos metieron un narcótico. Tú y yo caímos rápido, por desgracia, Clea no tuvo tanta suerte —expliqué como si fuese un robot. Necesitaba soltar información antes de que mi mente me fallase de nuevo.

Los médicos de la ambulancia pusieron a Clea en una camilla, la inmovilizaron y no me dejaron acompañarla alegando que no sabían si la cosa se iba a poner fea y que si yo estaba les resultaría más un estorbo que una ayuda. No tenía muchas fuerzas para luchar con nadie, así que acepté y me monté en el coche con Joseph que casi los adelantó en dos ocasiones.

Al meter la llave en el contacto, automáticamente, la radio se encendió. Él hizo el amago de quitarla, pero se lo impedí. Necesitaba distraer mi cabeza, al menos, mientras llegábamos. Era la hora de las noticias matinales y la que vino a continuación nos heló la sangre a los dos.

«Fuentes anónimas nos han informado que hay un asesino en serie. Dicho homicida se ensaña con individuos del mundo del ASMR. ¿Se tratan de dos casos aislados o realmente corren peligro todas estas personas? ¿Por qué la policía no ha dado la voz de alarma?».

—¡Mierda! —fue lo único que logré decir mientras escuchaba el sonido del tono de la Pato sonando una y otra vez en el altavoz de mi teléfono.

Al minuto, empezó la musiquita del de Joseph. Él lo tenía conectado a la radio del coche y fui yo la que le di al botón de descolgar para escuchar la conversación. Ahora mismo, no me fiaba de nadie y el único que sabía que estábamos allí, que teníamos los documentos y que se quedó a solas con las botellas fue él.

—¡Señor Bell! —gritó la estridente voz de la jefa de policía retumbando en el compartimento—. ¿Me explica cómo es que la prensa sabe de su caso?

—Anoche nos robaron y han agredido a la doctora Koff. Vamos detrás de la ambulancia al hospital. Supongo que el que lo hizo tenía bastante interés en que cundiese el pánico entre los asmríst —respondió Joseph con voz queda y serena. Desde luego, si había sido él, pensaba cortarles los dedos de las manos uno a uno y hacérselos tragar.

—En el momento que sepa el estado de la doctora Koff hágamelo saber y dígame a Warne que se prepare, que en cuanto regresen tiene una cita con las cámaras. ¡Y no es discutible! —Fue lo último que se escuchó.

Clea tenía un fuerte traumatismo en la cabeza, según nos dijeron los médicos después de hacerle un TAC. Di gracias al cielo porque no hubiese sufrido daños mayores. Me quise quedar hasta que se despertase, pero las insistentes llamadas de la jefa a mi compañero empezaban a sacarme de mis casillas. Dejé a dos agentes custodiando a mi pequeña y delicada amiga y tuve que volver.

La cosa se había complicado todavía más de lo que en un principio imaginé.

La zona del edificio destinada a dar las ruedas de prensa estaba llena de reporteros con ansias de noticia. En el instante en el que nos vieron aparecer se giraron y empezaron a hacernos fotografías. Los flashes me estaban poniendo de un humor de perros. Mi primera intención fue ir a hablar sobre lo que íbamos a explicar con la queridísima jefa, pero, por lo visto, ella no pensaba igual y ya estaba con cara de hiena al fondo de la sala, esperándonos. Suspiré y me detuve casi temblando.

Joseph me miró, me dio la mano y me la apretó para, a continuación, susurrarme casi al oído:

—Puedes hacerlo, confío en ti.

¡No sé si eso me tranquilizó o me alteró más! Me coloqué delante de los micrófonos sin tener ni la más remota idea de lo que iba a salir por mi boca.

—Gracias a todos por venir. —Eso fue lo único que me dio tiempo a decir, los lobos se dieron cuenta de mi nerviosismo y se lanzaron al ataque.

«¿Por qué no se ha informado de que hay un asesino en serie? ¿Espera que se encuentren más cadáveres relacionados con el mundo del ASMR? ¿Qué es el ASMR? ¿Tienen alguna pista? ¿Hay sospechosos?».

Estas y otras tantas preguntas taladraron mis oídos. No fue hasta que escuché las palabras mágicas que reaccioné, provenientes de los labios de mi ya antigua conocida y compañera de copas, Carmen Burgos.

—¿Realmente piensa que está preparada para llevar este caso o le sucederá como en el anterior y pondrá de nuevo en peligro la vida de sus compañeros?

¡Quería asesinar a esa periodista, sacar la pistola y darle un tiro en la frente delante de todos los presentes, para luego escupir en su cadáver! Desde que pasó lo de Lydia tan solo nos vimos en el entierro, y ya allí no fue capaz de dirigirme la palabra. Clea, Lydia, Carmen y yo nos conocíamos desde niñas, crecimos juntas, nos enamorábamos a la vez, nos emborrachábamos y llorábamos, pero desde el fatídico día de la muerte de Lydia, Carmen alzó una barrera que nos incluía tanto a Clea como a mí y, como venganza, me hizo diana de todos sus blancos periodísticos. No se me ocurrió que estaría aquí, debí de haber supuesto que no desperdiciaría la oportunidad de ponerme en entredicho o a poder ser entre rejas.

Justo antes de que la liase, Dick me apartó del atril, situándose ella en mi lugar.

—Soy la jefa de policía Cressida Dick. Uno de nuestros activos fue agredido anoche a causa de este caso. No vi oportuno informar a los ciudadanos hasta que no estuviésemos tan cerca como ahora. Lamentablemente, la información se ha filtrado antes de que me diese tiempo esta mañana a convocaros. El asesino se encuentra entre la espada y la pared en estos instantes y en breve será detenido. Muchas gracias por venir.

La Pato se acababa de tirar el mayor y más peligroso farol que había visto en mi vida. Ella sabía de sobra que el homicida vería estas imágenes y que se pondría nervioso ante la idea de que estuviéramos cerca de atraparlo, y eso solo podía hacerlo descuidado o agresivo. Esperaba que supiese lo que hacía. Aunque a mí, acababa de salvarme de cargarme a Carmen y eso se lo tendría que agradecer, por desgracia, el resto de mi vida. A partir de ahora, estaba en deuda con ella y me pregunté si esta pantomima que acababa de hacer no se trataba de eso precisamente, de amansarme.

—¿Y no piensa que después de sus palabras cundirá el pánico? —preguntó, mordaz, Carmen.

—Pues pienso que solo deberían preocuparse los que realizan el famoso ASMR. Buenas tardes.

Me empujó para que anduviese delante de ella por el pasillo que nos habían dejado los asistentes, hasta que por fin salimos de esa habitación de locos. Fueron solo diez metros que para mí se convirtieron en cien. Justo antes de salir, Carmen se me acercó, me sonrió y me dio la mano a modo de despedida, algo que me dejó sorprendida.

—No tendrás siempre la misma suerte. Intenta no volver a matar a nadie más —dijo, entre dientes, mientras me sonreía.

Aquello fue la gota que colmó mi, ya de por sí pequeño, vaso de paciencia. Le solté la mano y le di un puñetazo en la nariz tumbándola, haciendo que la sangre le saliese a borbotones. De nuevo, cientos de flashes nos iluminaron, mientras que Joseph me sacaba de allí arrastras antes de que la multitud me lapidase, dejando a Carmen en el suelo, satisfecha al haber logrado lo que tanto ansiaba, dejarme en evidencia.

—¡Juro que quiero pegarle un jodido disparo entre ceja y ceja a esa zorra! —grité descontrolada dentro de la sala de interrogatorios a la que me había llevado Joseph para esconderme.

—No sé quién era esa, lo que sí que tengo claro es que te ha ganado la partida. Relájate y deja que hable yo cuando llegue la Pato —propuso, haciéndome sonreír pese a mi monumental enfado.

Y como el que llama al diablo, nada más nombrarla, nuestra jefa apareció en la sala dando un sonoro portazo tras de sí, taladrándome con la mirada.

—¡Su placa y su arma! —me ordenó.

—Jefa Dick, ella no quiso... —empezó a pronunciar Joseph cuando esta lo interrumpió.

—¡Me parece perfecto que se hayan hecho tan buenos amigos, pero aquí la que manda soy yo! Le acabo de decir que me dé su placa y su pistola. Esa arpía de Carmen quiere que le demuestre que he hecho rodar su cabeza o denunciará a la jefatura al completo y empapalará con denuncias mi oficina —continuó—. ¡Queda suspendida de empleo y sueldo hasta mañana a las ocho de la mañana! ¿Lo ha entendido? —gritó dejándome de piedra.

—¿Hasta mañana? —pregunté confusa.

—¡No me reproche! Y si no quiere que la suspenda de por vida la próxima vez dele más fuerte a la mosca cojonera¹⁴. ¿Me ha entendido?

Tras dejarnos sin palabras a Joseph y a mí, salió dando otro señor portazo e hizo temblar las cortinas metálicas de las ventanas.

Miré por una de las rendijas y vi a Carmen con un pañuelo ensangrentado sobre su roja y amoratada nariz, rodeada de su séquito de reporteros que pedían mi cabeza. La jefa les enseñó mi placa y mi querida amiga se marchó con cara de satisfacción agradeciendo a la Pato haber hecho lo correcto.

—¿Se puede saber qué acaba de suceder? —preguntó Joseph, tan desconcertado como yo.

—Es una larga historia —respondí.

—Creo que tienes demasiadas largas historias —protestó en el mismo instante en que mi teléfono comenzó a sonar.

—Señorita Warne, la paciente ha despertado y quiere verla —me dijo la enfermera a la que amenacé en el hospital repetidas veces si no tenía noticias de Clea cada media hora.

—Voy contigo —se ofreció Joseph.

—No, coge a un equipo y analizad tu casa palmo a palmo. Vamos a atrapar a ese hijo de puta —aseguré.

El tono de mi voz no era como para que me discutiese mucho, así que Joseph obedeció. Cogí mi abandonado coche del aparcamiento donde se lo había llevado la grúa, y cuando tras varios intentos el motor revivió, corrí a ver si Clea podía echar algo de luz sobre toda esta locura.

Los policías no estaban donde se suponía que debían estar; en la puerta, montando guardia, y aquello empezó a preocuparme. Hice el conato de coger mi arma por lo que pudiese pasar, pero de inmediato recordé que gracias a Carmen ahora no tenía cómo proteger a Clea. Entré veloz en la habitación y casi me desplomo al verla vacía. Al salir al pasillo, me topé con la asustadiza enfermera que me había llamado apenas minutos antes.

—¿Dónde está? —le grité aterrorizada.

—En la habitación —respondió, temblando de miedo ante una policía chillona con pinta de desquiciada.

—¿Crees que si estuviese allí perdería mi tiempo contigo? —le grité de nuevo casi haciéndola llorar.

El vigilante de seguridad de la planta acudió al escuchar los gritos y me agarró por el hombro.

—¡Señorita, relájese! —me advirtió.

Fui a sacar mi placa para metérsela por el culo, pero esta estaba junto a mi arma, descansando en el cajón de la Pato.

—Soy la agente de policía Warner. Esta mañana dejé a dos de mis hombres custodiando esa habitación con órdenes de no separarse de ella y a una paciente en su interior —le expliqué lo más calmada que pude. No debía meterme en otra pelea o esta vez sí que me jugaría el puesto de trabajo.

—He visto a sus compañeros bajar en el ascensor junto a una mujer en una silla de ruedas. Creo que iban a hacerle unas pruebas —me tranquilizó el gorila que custodiaba aquel lugar.

—¿A dónde han ido? —interrogué a la enfermera, que seguía paralizada.

—Nadie me ha dicho nada —lloriqueó.

¡Detestaba las mujeres que se hacían las desvalidas delante de los hombres!

Salté el mostrador que separaba la zona de información del pasillo, introduje el nombre de Clea, y leí:

«Alta voluntaria».

—¡Agente, eso es confidencial! ¡No puede estar ahí! —me amonestó el seguridad de pacotilla que se estaba haciendo el héroe para echar un polvo con la tonta.

Lo ignoré, me dirigí a las escaleras y llamé al teléfono de Clea. La vocecita de la grabación me decía que estaba apagado o fuera de cobertura. El corazón me iba a mil

por hora. Estaba empezando a tener un ataque de nervios cuando mi móvil sonó con la maldita melodía de la Pato. No me quedó más remedio que cogérselo. Después de lo de Carmen, se lo debía.

—Dígame, jefa —respondí, hiperventilando—. ¿Sabe algo de los guardias que custodiaban a la doctora Koff? No están en el hospital y Clea no contesta a mis llamadas.

—Está en un piso franco —respondió con total tranquilidad.

—¿Cómo? ¿Por qué? ¿Cuándo? —Las palabras salieron torpemente de mi boca.

—Le recuerdo que está suspendida hasta mañana, pero como sabía que volvería a meter la pata, le informo que hasta que no sepamos más sobre el homicida o hasta que no me traiga alguna pista no tendrá noticias de la doctora Koff. Aunque puede ser que, sin querer, se entere de que el señor Bell está ahora mismo con un equipo en su domicilio investigando la escena de la agresión. A lo mejor le vendrían bien sus dotes —me dijo, y colgó sin dejarme objetar nada.

—Putá —musité en voz alta, al salir del hospital y me crucé con un grupo de ancianitas que me miraron como si yo fuese el mismísimo Satanás.

Cuando llegué a casa de Joseph me puse en los pies las reglamentarias bolsas de plástico para no contaminar el escenario, ignoré a los técnicos que analizaban el exterior y entré en la cocina. Vi a mi compañero metiendo todas sus preciadas botellas de vino en bolsas individuales para llevarlas a analizar.

—Kate, si la jefa se entera que estás aquí... —me advirtió.

—No te preocupes, ha sido ella la que me ha «no dicho» que viniese —lo tranquilicé dejándolo con cara de idiota—. Es... —comencé a decir.

—¿Una larga historia? ¿Cómo está Clea? —preguntó cambiando de tema.

—No estaba —me lamenté, dejando que mis sentimientos aflorasen y derramando una tímida lágrima que limpié de inmediato—. Ahora es testigo del caso y después del farol de Dick ante la prensa tiene que presionarme de alguna forma para que concluya esto lo antes posible, así que digamos que la ha cogido de rehén con la excusa de que podría estar en peligro.

—Mañana nos enteraremos de dónde está e iremos a interrogarla, no te preocupes —me alentó Joseph.

—¿Han tomado muestras de las pisadas ensangrentadas de fuera? —le pregunté.

—Por ahora no han visto nada sospechoso —respondió sin saber de qué le hablaba.

—¡Inútiles! —exclamé mientras salía de nuevo para buscar los indicios yo misma.

Al llegar al patio donde se suponían que tenían que estar, me quedé de piedra. Allí no había ni rastro.

—¿Habéis seguido el protocolo? —pregunté a uno de los técnicos, enojada.

—Por supuesto —respondió, indignado.

—¡Pues allí había un rastro de sangre, y un poco más para allá unas pisadas y...! —Me detuve un momento y miré todo de nuevo dando una vuelta de trescientos sesenta grados sobre mí misma—. Aquí falla algo.

—Kate, ¿qué quieres decir? —preguntó Joseph, preocupado.

—¡¡Callaos todos!! —ordené dando un berrido que me sirvió como desahogo.

Todo estaba en silencio. Corrí hasta el pozo, tiré el cubo al fondo y cuando estuvo lleno de agua lo subí rápidamente. Los técnicos a los que acababa de interrumpir me miraban estupefactos. Coloqué el recipiente en el borde de piedra, metí la mano y bebí un poco, escupiéndosela en los zapatos al que se encontraba más cerca de mí.

—Kate, ¿estás bien? —me preguntó Joseph, preocupado, temiendo que me hubiese terminado de volver loca del todo.

No le hice caso y anduve hasta donde deberían estar las pisadas, me agaché y olí el suelo. Les robé un tarro de luminisol15 y una linterna ultravioleta del maletín que tenían en el coche forense para luego echar el líquido en el suelo, pero la luz era demasiado intensa como para que se distinguiese bien.

—Joseph coge un saco de los de los cadáveres y cúbreme —pedí.

Joseph, sin cuestionarme, hizo exactamente lo que le dije. En el momento en el que quedamos a oscuras y encendí la luz azul el líquido reaccionó ante el hierro de la sangre y mostró una perfecta pisada. Mi compañero corrió a por una regla medidora, la colocó junto a la huella y le sacó una foto.

—¡Analizad toda la zona igual que lo acaba de hacer la señorita Warne! —gritó Joseph a los incompetentes.

—¿Cómo sabías que estaría ahí? —me interrogó asombrado.

—Lo vi esta mañana. Además, han matado a tu rana.

—¿A quién?

¡Ahora sí que su cara no tenía precio!

—A tu rana. Tenías una viviendo en el pozo del jardín, deben haber usado productos de limpieza para borrar las pruebas, como las veces anteriores, y han contaminado el agua, envenenando al animalito. ¡Una pena, me caía bien! —confesé encendiéndome un cigarro.

—Eso quiere decir que después de que nos fuésemos, ha regresado a limpiarlo todo. —Joseph, enfadado, cayó en la cuenta.

—Tiene que ser alguien de nuestro entorno. No confíes en nadie a partir de ahora —le aconsejé—. Hasta mañana no puedo regresar al trabajo y no me apetece estar sola, ¿te importaría venirme conmigo a ver películas? Nada de alcohol, lo prometo. —Era la primera vez en mucho tiempo que me sentía vulnerable y necesitaba estar con alguien para sentirme a salvo.

—Claro, no creas que a mí me hace mucha gracia estar en el culo del mundo a solas, sabiendo que quien quiera que sea el psicópata entra en mi domicilio como Pedro por su casa. Me encontraré mejor si sé que estás para protegerme —dijo guiñándome un ojo como solía hacer cuando gastaba una broma, ese comentario me hizo parecer menos estúpida.

Cuando los técnicos se marcharon a procesar las pruebas, Joseph recogió algo de ropa, se montó en mi destartado medio de transporte y nos fuimos a mi casa. Ninguno de los dos dijo nada por el camino. La verdad es que la situación resultaba un poco incómoda; mi círculo de amigos se reducía a Clea, y no estaba lo que se dice a mano para poder recurrir a ella, así que Joseph era lo más parecido que tenía a alguien cercano en este instante. Él estuvo conmigo en comisaría todo el tiempo y llegó aquí con los demás.

Era imposible que le hubiese dado tiempo a limpiar. O bien estaba trabajando con otra persona o era inocente.

¡Y yo necesitaba empezar a confiar en la raza humana de una vez por todas!

Seis

Al llegar a casa dejé que se duchase él primero. Lo de la hospitalidad no era algo que me caracterizase, pero ya que había sido idea mía secuestrarlo no me quedó más remedio que ser agradable. Joseph traía un neceser con todo lo necesario para vivir en una isla desierta durante al menos un mes y seguir oliendo bien.

Me acomodé en el sofá para leer un rato mientras él terminaba, mucho me temía que, de los dos, yo era el hombre. Me aburrí y fui a recoger la cocina para preparar algo de cena. Tras abrir y cerrar el congelador no sé cuántas veces, decidí que lo de pedir comida a domicilio no resultaba tan descabellado.

Joseph apareció de pronto en la puerta, con un pantalón de chándal azul, una camiseta blanca de tirantes y el pelo aún mojado.

—¿Pedimos algo para cenar? —sugirió, como si me estuviese leyendo el pensamiento.

—Buena idea. Encarga lo que quieras, me voy a duchar. —Nunca había sido delicada para nada y la comida no era una excepción.

—La última vez que vine me fijé que no tenías muchas cosas en el baño y mientras estabas en el hospital, Clea y yo nos tomamos la libertad de comprar algunas cosas por si tú no podías —me contó, disculpándose por regalarme productos íntimos.

—No hay problema, gracias —le aseguré, entrando en el servicio con curiosidad.

Lo primero que me llamó la atención fue una alfombrilla azul oscuro que reposaba en el suelo, y cuando miré dentro del mueble donde guardo las cosas de higiene personal, mi cara se iluminó por completo; había geles de distintos olores, champús para pelos difíciles como el mío, sales de baño, bombas relajantes de las que tiras al agua y parecen una pastilla efervescente con cositas dentro, y así podría seguir un buen rato. Por primera vez en años, llené la bañera, eché algunos de mis nuevos potingues, me encendí un cigarro y me quedé allí metida hasta que dejé de sentir las yemas de los dedos.

¡Si hubiese tenido una copa de algo y música de fondo hubiera podido morirme en paz!

Me vestí con un pijama de raso negro de pantalón largo y camiseta rosa chicle, de mangas cortas, me dejé el pelo suelto para que se secase, me puse los calcetines y al dejar el baño escuché el timbre de la puerta.

Joseph le pagaba a un motorista que llevaba un casco integral puesto con la visera bajada y recogía dos bolsas de plástico que olían de maravilla.

—¿Comemos? —sugirió, sonriendo.

Pusimos la mesa y Joseph empezó a sacar envases de comida mejicana, china y japonesa.

—¿No te decidías? ¿Cómo ha traído el mismo restaurante tantas cosas? —bromeé al ver la variedad.

—Tengo mis contactos, es una larga historia —respondió intentando pagarme con mi misma moneda—. He pensado que podemos ver el vídeo del caso. Le hice una copia antes de reproducirlo y esa no la hemos perdido.

—Perfecto. —Por lo menos tendríamos algo de qué hablar, si no la noche hubiese sido bastante larga.

En los vídeos se veía a una Elvira mucho más joven que ahora. ¡De no haber estado comiendo me hubiera dormido antes de terminar el primero! No advertimos nada fuera de lo común en ellos, aparte de a una mujer acariciando el objetivo de la cámara y haciéndole chequeos médicos a pacientes imaginarios. Os prometo que el cosquilleo que sentí, desde la base de mi nuca hasta casi llegar al culo, fue alucinante. Sin embargo, Joseph no notaba absolutamente nada.

—¿Buscamos los vídeos de la otra víctima en el portátil? —sugirió sacando de una de las bolsas que había traído un ordenador pequeño.

—No me hace mucha gracia ver otra vez a ese, pero si no hay más remedio... —suspiré aceptando.

—¿Cómo era el nombre? —preguntó Joseph.

—Ramón Lasso —respondí, sin creer que no lo recordase.

—No, el nombre del canal de internet —me corrigió.

—RTM ASMR. Escríbelo, a ver —le sugerí.

En el momento en que introdujo el nombre salieron una veintena de videos con Ramón como protagonista. Me sentía un poco culpable por haberlo juzgado mal, todavía no me cuadraba su obsesión por Elvira. Había algo que no terminaba de encajarme.

—Busca el más reciente —le pedí.

—Es del día de su muerte —informó Joseph, dándole a reproducir en el ordenador.

Todo empezó como solía hacerlo en estos vídeos; un saludo a ambos lados del micrófono y unos ejercicios de ruidos con distintos objetos y palabras susurradas que provocaban que se te erizase el vello de todo el cuerpo. Hasta que, de pronto, oímos unos sonidos dentro de la habitación y Ramón dejó de mirar a la cámara, como si alguien hubiese entrado de sorpresa. De inmediato, escuchamos a la víctima interpelar a alguien.

—¿Qué haces tú aquí? ¿Tú eres...? Pero ¿cómo...?

A continuación se escuchó un golpe, se vio caer el cuerpo de Ramón hacia detrás y la grabación se detuvo.

—¡Vaya, muerte en directo! —exclamé.

—Tiene miles de reproducciones y siguen subiendo por segundos. Ramón ha tenido más visitas después de muerto que en vida —se compadeció Joseph—. ¡Un momento, voy a comprobar una cosa!

Se puso en el buscador y escribió las palabras: vídeos de ASMR.

—¿Compartes tus locuras? —me burlé.

—¡Lo que suponía! —continuó igual de enigmático—. Gracias al comunicado de Dick, la mayoría de la gente ha eliminado sus publicaciones relacionadas con el tema, excepto estos dos: Sur Susurros y Susurros para relajar.

En ese momento, salió una notificación como que el primero acababa de subir un archivo. Joseph y yo nos miramos, nos encogimos de hombros y lo abrimos.

«Hoy no voy a hacer un cosplay¹⁶ ni os voy a poner un video de relajación para dormir. Debido a la alarma mediática que se está formando en torno a los recientes asesinatos de los asmríst muchos compañeros habéis anulado vuestras cuentas. Me gustaría hacer un llamamiento a todos y pedir os que no tengáis miedo, las malas personas se alimentan de eso precisamente, y si unimos fuerzas no nos vencerá».

Se trataba de una chica de unos treinta y pocos años, mulata, con una preciosa melena de rizos negra, lindos y llamativos ojos verdes y una sonrisa de cine, que desprendía un no sé qué al hablar que hacía que no pudieses dejar de mirarla.

—Estoy segura de que Rich podrá darnos su ubicación. Podemos empezar por ella —propuse.

—Me parece bien, aunque considero que por esta noche poco más vamos a hacer. ¿Una peli de miedo? —preguntó divertido.

—¡Venga! —acepté.

Mi arcaico televisor no disponía de entrada de USB, así que tuvimos que poner su miniordenador en la mesa que teníamos enfrente y pegarnos mucho para ver mejor la pantalla.

—Prometo no morderte —rio levantando la mano a modo de juramento al captar que no sabía exactamente cómo colocarme.

Apyé la cabeza en su pecho y estiré las piernas sobre el sofá. Él tenía el brazo puesto sobre la parte trasera de los cojines superiores. Le quedaba demasiado lejos y podía notar el temblor de sus bíceps debido al esfuerzo por aguantarlo ahí.

—Prometo no morderte —le imité. Le cogí la mano y se la coloqué sobre mi regazo.

Nos pasamos el resto de la película en silencio. Joseph no se movió ni un milímetro y yo tampoco, parecíamos los típicos adolescentes llenos de granos que no habían echado un polvo en su vida, nerviosos por su primera cita.

El sonido de alguien aporreando la puerta me despertó. No sé bien en qué momento de la noche me fui resbalando hasta terminar usando los muslos de Joseph como almohada. Su brazo seguía casi exactamente en el mismo lugar que la última vez que lo miré, con la particularidad de que ahora yo estaba de lado y su mano abarcaba mi pecho derecho al completo.

El ruido nos despertó a ambos. Joseph procuró disimular sosteniéndose el cuello; bueno, no tengo claro si disimulaba o no, porque dormir sentado con la cabeza hacia atrás no es que debiera ser demasiado cómodo...

Pegué un salto y abrí de un humor un poco menos agrio del habitual. Por alguna extraña razón me sentía... —¡no tengo claro cómo explicarlo!— simplemente estaba bien, y al comprobar quién estaba tras los golpes, mi euforia aumentó.

—¿Qué haces aquí? —grité a Clea, metiéndola dentro de casa y cerrando la puerta.

—¡Yo también me alegro de verte! —Al advertir a Joseph de nuevo en el sofá rectificó—. Bueno, de veros. ¿Te ha gustado dormir ahí o hay algo que debería saber sobre vosotros?

—¿Eh? No, estábamos trabajando —le explicó él, ruborizándose.

—¡Rubia, yo nunca te sería infiel! —le guiñé un ojo.

Clea puso sus famosos vasos de café sobre la mesa, se sentó y nos miró.

—¿Trabajando? —preguntó incrédula.

—Sí, tenemos dos pistas nuevas; la primera es que mataron a Ramón en directo y la segunda es que todos, a excepción de dos, han borrado los vídeos de ASMR. —Joseph la puso al día.

—¡Que le den a los vídeos! ¿Cómo estás? ¿Qué pasó? ¡Me tenías preocupada, la Pato te secuestró!

—Pues tengo un buen chichón¹⁷ en la cabeza y no logro recordar lo que sucedió, solo sé que gracias a eso, Dick me ha dejado libre, muy a su pesar —nos contó.

—Entonces ¿no te han puesto protección? —pregunté aterrada.

—Ya te he dicho que no sé nada de lo que pasó —insistió Clea.

—Por una vez, y sin que sirva de precedente, estoy de acuerdo con Kate, eso no lo sabe el asesino y después de las palabras de Dick no creo que debas estar sin vigilancia —me apoyó Joseph.

—¡Hombre, gracias! ¡Lo de por una vez ya lo discutiremos! Repasemos las tareas pendientes para el ratito de la mañana: hablar con Rich, con Allan y poner a un poli buenorro a cuidar a Clea. Sé que preferirías a una mujer buenorra, siento comunicarte que la mejor soy yo y estoy ocupada. —Sonreí, sin dejarla hablar.

Nos fuimos los tres a comisaría, y aunque suene extraño, continuar con el mismo humor que las que hacen los anuncios de compresas me estaba empezando a estresar bastante.

Lo primordial era conseguir que la Pato le pusiera escolta a Clea, aunque ella no quisiese.

—¿Se puede? —pregunté abriendo un poco la puerta del despacho de Dick.

—Adelante —escuché decir—. Supongo que habrá venido a por sus cosas... —agregó sacando mi placa y mi pistola del cajón; las mismas que yo había olvidado completamente.

—Sí, muchas gracias, jefa —respondí haciendo el amago de irme. Aquella mujer daba mucho miedo, pero más me aterraba que Clea estuviese indefensa así que me obligué a solicitarlo—. Quería pedirle un favor.

—¿Crees que estás en situación de pedir nada, Warne? —«Algún día le pagaré un chico de compañía».

—Sé que no, señora. Solo estoy preocupada por Clea. El homicida no está al corriente de que ella no puede identificarlo y me temo que vuelva a intentar agredirla o algo peor —contesté siendo lo más sincera que pude. Mis padres me habían enseñado que con la verdad se va a todas partes, aunque a mí me haya resultado efectivo en contadas ocasiones.

—Cierto. Encárguese de asignarle a alguien de su confianza —concluyó, dando por zanjada la conversación.

Salí sin decir nada más para no meter la pata, y entonces me crucé con un agente el doble de grande que yo, con cara de pocos amigos y brazos del tamaño de mi cabeza.

—Di un número —le pedí.

—¿El siete? —respondió sorprendido.

—¡Te tocó! Felicidades, agente... —me detuve un momento a leer su placa— Petrosino. Le ha tocado una misión especial.

—¿Cuál? —preguntó el pobre hombre que no sabía dónde se estaba metiendo.

—Tiene que custodiar a la testigo del caso del asesino en serie —le expliqué agarrando a Clea del brazo y acercándola hasta el confuso policía—. Le presento a la doctora Koff. A partir de ahora será su sombra. Son órdenes de la jefa. Joseph, ¿nos vamos? —Intenté esquivar la mirada de Clea antes de que me matase.

Estaba más cerca del laboratorio de Allan y acudí con la esperanza de que nos diera alguna respuesta. Mi técnico favorito estaba mirando la pantalla del ordenador tan concentrado como siempre.

—¡Buenos días! —saludé sobresaltándolo.

—¿Quién eres tú y que has hecho con mi Kate? —preguntó, irónico, al verme.

—¡Simpático...! ¿Tienes algo? —interrogué, molesta porque todo el mundo se estuviese dando cuenta de mi euforia repentina.

—Si te digo que llevo aquí toda la noche, ¿me creerás?

Allan era un hombre de más de uno noventa, con la piel color chocolate, unos ojos avellana que quitaban el hipo, y unos graciosísimos ricitos negros como el ébano por pelo. Tenía unas manos enormes y suaves que habían recorrido mi cuerpo en más de una ocasión.

—Hola, me llamo Joseph Bell —se presentó al ver que lo ignorábamos.

—¿Tú eres el nuevo compañero de la fierecilla? ¿Sabes que hay apuestas en la comisaría sobre ti? ¡Yo he pagado veinte euros a que duras un mes con ella! —respondió Allan a modo de saludo.

—¿Nos centramos? —pedí con mi tono de cascarrabias habitual. Nunca me había gustado estar en boca de nadie y menos aún que hiciesen pujas sobre mí.

—¡Sí, sargento! Toma —me dio un papel—. La huella es de una tal María de los Ángeles Molina Fernández, tengo que informarte que la dirección que tiene en la base de datos es antigua.

—No te preocupes, Rich nos podrá ayudar en eso. Gracias, te debo una —le aseguré dándole una palmadita en el pecho.

Cuando fui a retirar la mano, Allan me la sostuvo y me acercó a él.

—¿Esta noche en tu casa? —me susurró al oído, poniéndome de punta hasta las pestañas.

En ese momento, escuché unos pasos alejarse, miré y vi a Joseph salir apresuradamente de la sala.

—Tengo trabajo, Allan. Otro día, lo prometo —lo persuadí y corrí por el pasillo tras mi compañero que ya estaba a la altura de las escaleras que conducían a lo de Rich.

—¿Se puede saber qué te ocurre? —le pregunté una vez que estuve a su lado medio asfixiada por la carrerita mañanera.

—Nada —respondió tosco y seco. Aceleré de nuevo el paso.

«A los hombres no hay quién los entienda», pensé.

—¡Rich, necesitamos información! —atacó Joseph, sin ni siquiera saludarlo. Si esta era su forma de ganar puntos con el cerebritito lo estaba haciendo de pena.

—¡Buenos días, Rich, bonita mañana, Rich. Yo también me alegro de verte, Rich! —replicó el otro con sarcasmo, tal y como supuse que haría.

—¡Hola, Rich, buenos días! No sé qué haríamos sin ti, ¿tienes algo? —adulé con ironía.

—Para ti, sí, Kate —respondió mirando a Joseph con cara de perro rabioso y medio gruñéndole—. He descubierto que en el último vídeo que subió la segunda víctima se ve un fragmento del asesino.

—¡Imposible, lo vimos anoche unas tres veces! —exclamó Joseph tirándose más tierra encima aún.

—Bueno, Kate, como «te iba diciendo...» —esta frase la pronunció con retintín para darle a entender a Joseph que pasaba de su culo—, he ampliado la imagen reflejada en la ventana que tenía justo detrás el agredido y, en ella, haciendo efecto espejo, se ve parte de una cara, por desgracia, no lo suficiente como para meterla en la base de datos y dejar que Allan haga su magia —se lamentó.

—Algo es algo, mil gracias —le reconoció—. Hablando de Allan, te manda trabajo —le entregué la nota con el nombre de la sospechosa, a la que pertenecía la huella del teléfono de la nave abandonada.

—Dile que la próxima vez me lo ponga un poquito más difícil —se jactó introduciendo los datos en su megaordenador y dándole a imprimir medio minuto después—. Aquí tienes su dirección.

—Perfecto, nos vamos corriendo —me despedí dando la vuelta y golpeándome contra Joseph—. ¿Nos marchamos?

—¡No hemos acabado! —replicó, sin que yo supiese a qué se refería—. Señor Skrenta, busque las direcciones y nombres reales de estas dos personas —agregó dándole una nota a Rich y llamándolo por su apellido para tocarle las narices.

Rich se dio la vuelta sin hacerle caso y continuó a lo suyo

—¿Me está oyendo? —insistió Joseph, elevando el tono de voz.

Rich se giró en su silla de ruedecitas, se puso de pie, no era ni mucho menos tan alto como Joseph, estiró el brazo hasta casi llegar a tocarlo y abrió la palma de su mano para a continuación decirle:

—¡Háblale a la mano!

Joseph, en un rápido movimiento, le cogió la muñeca, se la retorció hacia atrás llevándolo hasta él, y le gritó en el oído.

—¡Mira, niñato de mierda, estas dos mujeres pueden estar en peligro y no pienso dejar que mueran por culpa de un crío consentido que lo único que ha hecho en su vida ha sido jugar a videojuegos y matarse a pajas delante de un ordenador, ¿entendido?! — Lo soltó sobre la silla, como el que está tirando la basura al contenedor, y masculló, golpeando el papel que intentó darle al principio contra el tablero de la mesa—. Dime las direcciones de estas dos personas, por favor.

Rich se puso a teclear más rápido de lo que lo había visto jamás.

—Dame quince minutos —pidió, sin apartar la cara del monitor.

¡Me acababa de quedar helada! No es que lo conociese mucho, pero en las semanas que llevábamos trabajando juntos casi vivía con él y nunca hubiese imaginado que fuese capaz de algo así; lo cual me creó sentimientos encontrados. Por un lado, me dio una pena increíble Rich, porque sé que casi se meó en los pantalones. Y por otro, me sorprendió gratamente.

Cuando regresé al mundo real y dejé a un lado mis divagaciones, Joseph ya estaba saliendo de la habitación. Lo seguí sin correr y lo vi desaparecer por la puerta que daba al exterior.

Lo encontré apoyado contra una pared y se acababa de encender un cigarro, observando, hipnotizado, el humo que salía de su boca.

—¿Me explicas qué acaba de suceder ahí dentro? —le pregunté—. Y ¿desde cuándo fumas?

—Mira, Kate, te has encargado de hacérmelo saber bastantes veces en estos días, no somos amigos, no me conoces y ya estoy un poquito cansado de ser tu marioneta y de que los demás me tomen por el pito del sereno¹⁸. Tan solo concluyamos este caso y no tendremos por qué volver a vernos, ¿de acuerdo? —contestó, dejándome de piedra. Arrojó la colilla lejos y entró de nuevo.

Se me vino a la cabeza esa expresión que tanto había oído decir: «hoy, el día está precioso, seguro que viene algún capullo y te lo fastidia». Pues igual, solo que el único problema es que me temía que mi día comenzó siendo bonito, y que había amanecido al lado del mismo que me lo estropeó.

—Aquí las tienes. —Oí que le decía Rich a Joseph desde el pasillo—. Hay algo extraño.

—¿Qué ves? —preguntó Joseph muchísimo más cordial que hacía unos minutos.

—Se vuelve a repetir el nombre de María de los Ángeles Molina Fernández —explicó Rich, manteniendo las distancias.

—No puede ser una coincidencia —concluí, haciendo acto de presencia, intentando disimular cuánto me había afectado el breve monólogo de Joseph.

—Gracias, Rich —se despidió Joseph y ambos nos dirigimos al coche sin decir nada.

Tampoco hacía falta. Íbamos en busca de María para interrogarla. Era obvio que no requería ningún tipo de diálogo. Me entristeció pensar que así sería nuestra relación a partir de entonces porque lo cierto es que desde lo de Lydia esta era la primera vez que trabajaba bien con otro compañero, y mucho me temía que, para variar, la había fastidiado.

Siete

Cuando ya estábamos cerca del domicilio de María de los Ángeles, nos entró una llamada por radio. Esta vez no usamos el vehículo particular de Joseph ni el mío, sino uno de la comisaría. Por lo visto, se había creado de nuevo la invisible línea que separaba el trabajo de lo personal y Joseph no tenía pensado mostrar ningún otro signo de familiaridad conmigo. El primer problema era que no lograba saber cuál había sido el detonante para la construcción de esa barrera entre nosotros, y el segundo, que, de pronto, notaba clavada una espina en el pecho que me provocaba extrañas punzadas de dolor.

—«¡Regresen todos los efectivos a la comisaría, hay una urgencia! Repito: absolutamente todos los agentes deben volver de inmediato».

—¡Clea! —Fue lo único que atiné a decir antes de que Joseph diese un volantazo, pusiera la sirena y condujese a más de cien por hora en una zona de cuarenta.

Dejamos el coche aparcado de mala manera y corrimos junto a otros compañeros por los pasillos de la comisaría, siguiendo la corriente de personas hasta llegar a la sala de reuniones donde la jefa aguardaba dando vueltas, alterada, de un lado a otro de la habitación. Llevaba apretado contra el pecho un dossier marrón con el sello «Confidencial» y nos mantuvo en ascuas hasta que llegaron todos.

No vi a Clea por ninguna parte. ¡Si esa mujer no hablaba ya iba a comenzar a gritar!

—Hace un momento ha llegado un paquete a la sala de autopsias para la doctora Koff —informó Dick. Abrió la carpeta y puso unas fotos en el tablón que tenía delante para que pudiéramos verlas—. El regalito es una amenaza y sospecho que se trata del asesino del caso que llevan los agentes Bell y Warne. No quiero que esto salga de esta sala y, a partir de hoy, cazar a este homicida será la prioridad de todos. No pienso consentir que ningún maniaco ponga en duda mi reputación ni que juegue con nosotros.

Las fotos eran de tres ratas negras dentro de una caja de plástico comiéndose lo que parecía un pie humano.

—¿Y la doctora Koff? —pregunté levantándome de la silla.

—Les espera con los resultados de la autopsia del miembro. ¡Ya están tardando! —nos gritó a Joseph y a mí, que salimos volando de allí y la dejamos dando instrucciones al resto de los agentes.

Creo que fue la vez que menos tardé en bajar las escaleras que conducían hasta la morgue. Mi paciencia no estaba para esperar a que el ascensor bajase y tampoco me apetecía permanecer en un sitio cerrado con el renovado grano en el culo que tenía por compañero. En cuando entré y vi que Clea estaba ensimismada en su loco y sangriento mundo di un gran suspiro de alivio.

—Me parece que has cabreado a alguien —le dije, dándole un pequeño empujoncito con mi hombro en el suyo y colocándome a su lado para ver qué hacía.

Pegué un pequeño gritito, atípico en mí, y di un respingo cuando comprobé que estaba tranquilamente acariciando a una de las ratas de la caja—. Clea, ¿en serio?

—Ellas no tienen la culpa. Las han tenido sin comer durante días y al ver carne se han vuelto locas —las defendió mi angelical amiga, que cogió al bicho y lo acunó como a un gatito, dándome un asco increíble.

—¿Puedes dejar de jugar con las pruebas y decirme qué ha pasado exactamente? —le pregunté con repugnancia.

Clea introdujo la rata de nuevo en la cajita y se la dio a Henry que tenía todavía más cara de fatiga que yo. Joseph prosiguió con su voto de silencio y se dedicó a observar.

—El pie corresponde a una mujer de color de unos treinta y pocos años, ha sido amputado post mortem y por ahora no puedo decirte más hasta que las pruebas de ADN no revelen a quien corresponde —anunció Clea mientras sostenía en alto un pequeño pie con las uñas pintadas en rojo.

—Sé quién es —dijo Joseph, dejándonos al resto estupefactos.

—¿Sabes quién es? —preguntó Henry, incrédulo.

—El pie pertenece a una de las dos mujeres que no han quitado sus vídeos de la red, estoy seguro —continuó Joseph.

—¿Y estamos al corriente del nombre de la nueva víctima? —le sonsaqué.

—Beth Short —contestó, sacando el papel que le había dado Rich.

—¡Pues ya tardamos en ir a su casa! —exclamé, girándome y golpeándome contra el careto de la Pato.

—¡Aquí no va nadie a ninguna parte! Hay un psicópata que ha conseguido meter un paquete dentro de comisaría sin que nadie lo advierta y tenemos dos muertos relacionados, o casi seguro que tres... —dijo mirando el pie sobre la mesa de acero—. Dadme los datos de la supuesta víctima y mandaré a dos patrullas a investigar. El resto, id a casa a descansar. Mañana os quiero aquí a las siete en punto. ¿Entendido, Warne?

—Pero... —intenté rebatirle.

—¡Pero nada! ¡Es una orden! —gritó, dejándome con la palabra en la boca mientras se largaba.

—¡Tú, hoy te quedas conmigo! —amenacé a Clea.

—Kate, mi madre está preocupada y me ha pedido que me quede con ella esta noche. Vendrá el agente Petrosino con nosotras. No te preocupes —se disculpó Clea.

—¡De acuerdo, entonces me largo! —exclamé saliendo sin mirar ni despedirme de Joseph.

Aparqué frente a mi edificio. En cuanto me bajé del coche y miré las ventanas, mis pies se movieron solos y se dirigieron al garito del portero con el que fui borde la vez anterior.

Hoy era uno de esos días en los que necesitaba tener más alcohol que glóbulos rojos en mis venas. Me senté en la barra, saludé a mi camarero preferido y me pedí dos chupitos para entrar en calor lo antes posible. Uno de los habituales me invitó dos o tres veces a cubatas, lo cierto es que no me apetecía aguantar a ningún baboso. Tenía ganas de beber, emborracharme, irme a casa y caer en coma en donde me pillase.

Fui al servicio y me crucé con un hombre que me resultó familiar, lo cierto es que ni yo disponía de mucho tiempo para verlo bien ni mi capacidad de concentración era demasiado buena a esas horas. De todos modos, me picó el gusanillo de la curiosidad, me eché agua en la cara para despejarme y al salir miré a todos los que estaban allí, que un día de diario no eran muchos, ninguno concordaba con las características que recordaba. Pensé que me estaba empezando a obsesionar con el caso y veía fantasmas donde no los había.

Cuando regresé a la barra, el camarero me dio un vaso y me dijo que me invitaba un amigo, que se había tenido que ir. Me lo describió como alto, paliducho, con gafas y nariz puntiaguda. La verdad es que no caía en nadie, pero una copa gratis y sin tener que soportar de quien provenía no podía desperdiciarse.

A los cinco minutos, empecé a sentir náuseas y tuve que apoyar la cabeza en la pegajosa barra de madera para no caerme o vomitarme encima. Sí, había bebido, mi organismo estaba más que acostumbrado a llegar al borde del coma etílico; algo no andaba bien.

El pesado del principio debió notar mi estado e intentó aprovechar el momento para concluir su cacería. Como pude balbuceé que me dejase tranquila, pero insistente era un rato...

La cabeza me empezó a dar vueltas. Por un instante, me desubiqué y no supe dónde estaba. ¡De todas mis jodidas borracheras esta era la primera vez que estaba a punto de perder el conocimiento antes de llegar a casa! Lo peor era que prometo no recordar haber tomado tantas copas.

El cansino del acosador volvió a la carga y me agarró por detrás e intentó girarme la cara para que lo besase. Mi cuerpo no me respondía y lo veía todo turbio. Llevaba todavía la pistola encima y juro que si alguien no le hubiese dado un puñetazo la habría usado. Justo antes de que me cayese al suelo, me cogieron en peso como a un saco de patatas y me sacaron de allí.

Sabía que estaba en la calle porque, desde mi perspectiva, podía ver el suelo y la espalda de quién me cargaba. Hice el intento de patear para que me soltase, pero lo que fuese que me habían echado en la bebida ganó la batalla y me desvanecí.

Un chorro de agua fría cayéndome sobre la cabeza me despertó en medio de un susto de muerte. Cuando fui a huir de aquel calvario unos fuertes brazos me sostuvieron y me obligaron a permanecer bajo el agua hasta que llegó un momento que mi enfado y mi impotencia superaron los efectos de lo que me había tomado; cogí a mi agresor y tiré fuerte de él para meterlo dentro de donde quiera que estuviese. Las gotas se me metían en los ojos y no podía verle la cara.

A tientas, encontré el grifo y lo cerré rápido para ponerme a la defensiva y tantear cómo de grande era el lío en el que me encontraba.

—¡¿Estás loco?! —Fue lo único que logré chillar cuando vi la cara de Joseph, frente a mí, dentro de la bañera. Estaba igual de empapado que yo, con la diferencia de que él había tomado la precaución de quitarse la camiseta para no mojársela, mientras que yo estaba vestida y tiritando.

—¿Preferías que te dejase con el del bar? —me gritó, enfadado.

—¡No es problema tuyo! —me defendí.

—¡Pues a lo mejor sí quiero que lo sea, pero eres tan sumamente egoísta que no te das cuenta! —respondió, dejándome sin palabras.

Abrí el grifo de nuevo, esta vez de agua caliente, me deshice de la congelada blusa y lo besé. Por un instante, él se quedó paralizado, me miró y al segundo siguiente me abrazó, devolviéndome el beso. No tenía ni idea de por qué lo estaba haciendo, solo tenía claro que realmente quería estar con él. Me tocó como nadie, a excepción de Lydia, lo había hecho; con cuidado, con delicadeza. Besó cada milímetro de mis hombros y de mi cuello. Arrojé los pesados pantalones a la otra esquina del cuarto de baño, llenándolo todo de agua y él hizo lo mismo con los suyos, acertando justo encima de los míos. Me miró y sonrió.

Volvió a levantarme en peso, en esta ocasión para llevarme a mi destartada cama. La cabeza me iba a explotar y aunque mi corazón deseaba hacer el amor con él hasta el amanecer, mi cuerpo no opinaba lo mismo. Finalmente, se durmió apoyado sobre mi pecho mientras le acariciaba la cabeza y lo miraba ensimismada.

—¿Sabes que no tienes nada comestible en esa cocina? —El sonido de su dulce y aterciopelada voz junto con el aroma del café me despertaron de mejor humor incluso que la vez anterior. Me besó y me puso encima una bandeja, que no tengo muy claro de dónde había sacado, con una taza de café y un par de tostadas sobre ella.

—Clea fue la última que hizo la compra y de eso hace un par de semanas. — Admito que ahora mismo me daba cierta vergüenza ser tan desastrosa.

—Desayuna, el día es largo y lo necesitarás —me recomendó, sentándose a mi lado y pasando su dedo índice por mi desnudo brazo.

Cuando me incorporé, la habitación empezó a dar vueltas y corrí tirándolo todo para entrar en el baño a vomitar hasta la primera papilla. El estómago me dolía como si me hubiese tragado un puñado de púas y estuviesen taladrándomelo. Joseph me siguió, preocupado, se puso junto a mí y me sostuvo el pelo para que no lo metiese dentro del inodoro. ¡Otro momento romántico para recordar!

—No puedes beber tanto —me amonestó.

—¡No bebí tanto! —mascullé como pude—. El pálido que me invitó debió de echarme algo en el último vaso.

—Kate, creo que te conozco un poco como para saber que cuando empiezas no tienes fin —me recordó. Estábamos los dos sentados en el suelo mirando la taza del retrete, pese a ser una situación incómoda y embarazosa, me dio por reírme. Otra punzada de dolor hizo que pegase un alarido y que me sostuviese el estómago—. Me estás empezando a preocupar.

—Te prometo que no me dio tiempo a emborracharme tanto —le dije esperando que me creyese.

Me besó la frente, salió del baño y lo oí hablar con alguien por teléfono. Cuando regresó, me ayudó a levantarme y me llevó de nuevo a la cama.

—¿Seguro que no es por una de sus salidas nocturnas? —escuché que Clea le preguntaba a Joseph en el pasillo.

—Tengo un presentimiento —le respondió.

—Kate, ¿cómo te encuentras? —me preguntó Clea sentándose a mi lado y agarrándome la mano.

—He estado mejor —mostré un conato de sonrisa.

—¿Qué bebiste?

—Nada como para estar así de mal; es como si el abdomen me fuese a estallar —le expliqué.

Clea sacó de su maletín una aguja y tomó una muestra de mi sangre, me miró los ojos con una molesta linternita y me hurgó dentro de la boca.

—Tienes que ir al hospital. Voy a ir a analizarla, tardaré menos que ellos, y entonces saldremos de dudas.

—¿De dudas? —pregunté perpleja.

—Tengo la sensación de que han intentado envenenarte —respondió Joseph apoyado en el marco de la puerta.

—¡No pienso marcharme a ningún hospital! ¡Donde tenemos que ir es a comisaría y atraparlo de una vez por todas! —me indigné, levantándome y teniéndome que recostar de nuevo.

—Joseph, peléate tú con ella, que yo tengo trabajo. ¡Suerte! —lo animó Clea dándome un beso en la mejilla antes de irse y dejarme a solas con él.

—He hablado con Dick y le he contado mi suposición —me confesó, temeroso a mi reacción por chivarse de mi salida nocturna, pero me encontraba tan mal que no tenía ganas ni de discutir—. ¿Viste algo fuera de lo normal anoche?

—No, los mismos de siempre. —Me detuve un momento a pensar—. ¡Un segundo! Algo sí que noté. Me pareció reconocer a un tipo, pero no le vi bien la cara. ¡Estoy segura de que lo que sea que me pusieron fue en la última copa!

—¿El camarero? —preguntó Joseph, visiblemente enfadado.

—El caso es que no era mía, me la invitó un hombre que se largó antes de que yo apareciese —recordé.

—Voy a hablar con él. Lo llevaremos para que informe al dibujante cómo era el que le pagó.

—¡Es más importante ir a casa de Beth! Clea dijo que la dueña del pie estaba muerta —rebatí.

—Dick me ha contado que la patrulla que mandaron no encontró a nadie en la casa y la dirección de la otra asmríst es antigua, y que sus nuevos inquilinos no saben dónde se mudó —me comunicó decepcionado.

—¡Estamos otra vez como al principio!

—Tienes el día libre y tu amiga, la Pato, —sonrió— me ha dado órdenes de que me mantenga aquí, vigilando que no te metas en más problemas. No es tan mala, ¿qué os sucedió? —preguntó mientras jugueteaba con mi pelo—. No pienso aceptar otra vez eso de que es una larga historia.

—Mi antigua compañera y pareja se llamaba Lydia. Murió en medio de una misión y era su sobrina. Muchos de la comisaría me culpan de su muerte, incluida ella. Desde entonces, no es que me tenga demasiado aprecio. —Ellos no eran los únicos que pensaban de ese modo. Lo de Lydia sería algo que me torturaría el resto de mi vida—. Carmen, la reportera capulla del otro día, Clea, Lydia y yo estuvimos juntas en el colegio

y desde que sucedió lo de Lydia, juró hacerme la vida imposible, y la verdad es que lo está haciendo a las mil maravillas.

—Lo siento, no tenía ni idea —me dijo, abrazándome.

Un pinchazo me despertó y lo primero que vi al abrir los ojos fue la cara de preocupación de Clea. Luego escuché a Joseph gritarle a alguien.

—Me he dormido —me disculpé.

—Lo que no entiendo es cómo estás viva —me advirtió Clea, sorprendiéndome—. Tenías cicuta en la sangre. Si te hubieses tomado el vaso entero no estaríamos hablando ahora mismo.

—Entonces, Joseph tenía razón, ¿han intentado matarme? —Me estaba empezando a asustar.

—Sí, menos mal que tenías una dosis muy baja. Si hubieran pasado más horas, tu organismo lo habría eliminado y no lo habría podido detectar. ¡Menos mal que Joseph me convenció para hacerte las pruebas! Siento no haberte creído —se disculpó con los ojos anegados en lágrimas.

—Tampoco es que yo sea una monja de clausura... —me burlé haciéndole sonreír—. ¿A quién grita?

—Está buscando al dueño del bar donde estuviste anoche. Quiere una orden para entrar en el negocio. El problema es que sin motivo aparente se consideraría allanamiento y ahí está discutiendo con Dick —me explicó Clea cuando escuchamos un golpe como de un puñetazo que provenía del salón.

—¡Ahora vuelvo! —gritó Joseph, en la distancia, antes de dar un portazo.

—No parece malo y le importas. Intenta no hacerle daño —me rogó mi amiga en un susurro.

—Clea, yo...

—No hace falta que digas nada; solo descansa. Siempre he sabido que lo nuestro era imposible. Me quedaré de guardia —me indicó, haciéndome sentir la peor persona del mundo.

Cuando desperté, el sol entraba tímido por la ventana, no sabía si se trataba del amanecer o estaba anocheciendo. Miré a mi alrededor y no vi ni a Clea ni a Joseph y el miedo llenó cada centímetro de mí.

—¿Clea? —llamé, sin obtener respuesta.

Me levanté y fui al salón donde estaba el guardaespaldas de mi amiga sentado en mi sofá, roncando. Corrí a mi dormitorio, cogí el móvil y cuando comprendí que eran las seis de la mañana del día siguiente me quedé de piedra. Todavía me molestaba un poco la tripa y me rugía pidiendo algo de comer; eso quería decir que me encontraba mejor, ya que, por lo general, siempre tengo hambre.

Le di un grito en la oreja al pobre Petrosino, que saltó como si acabase de explotar una bomba.

—Nos vamos —avisé, cogiendo el bolso y saliendo de casa haciendo que el fortachón corriese detrás de mí.

—Warne, me han dicho que no nos movamos de aquí —insistió, todavía medio dormido.

—Bueno, no es que yo haga mucho caso nunca a lo que me dicen, así que llévame a comisaría y podrás perderme de vista —repliqué.

Por lo visto, el hombre no tenía demasiadas ganas de seguir haciendo de niñera y no se resistió más.

Al llegar, bajé a ver a Clea y me topé con Joseph en el pasillo. Petrosino se había quedado arriba y seguro que estaría contándole a la Pato que no le había obedecido.

—¿Qué haces aquí? Se supone que tienes que estar en cama cinco días —me riñó preocupado.

—Si me quedo en ese piso un solo segundo más, escuchando los ronquidos del gorila, me tiro por la ventana —aseguré al entrar, para quedarme después en shock.

Sobre la mesa de autopsias, con una abertura en forma de «Y» se encontraba el camarero del bar.

—Kate, ¿qué haces aquí? —me preguntó también Clea.

—¡Estoy teniendo un déjà vu! Me dais algo para golpear a Henry y ya es exactamente como la última vez —pedí, irritada.

En ese instante, el becario se escondió tras Clea, por si se llevaba otro carpetazo.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté, con la mirada puesta en el cadáver del pobre hombre.

—Joseph consiguió convencer a Dick de entrar en el local y se lo encontraron en el suelo —concretó Clea.

—Y ¿la puerta estaba cerrada?

—Sí, hemos encontrado las llaves tiradas en un contenedor cercano. Allan está buscando huellas —contó, esta vez, Joseph.

—Pero ¿habéis visto los músculos de este hombre? —Henry estaba asombrado —. Tuvo que ser alguien muy fuerte para lograr derribarlo.

—Pues sí, buscamos a un hombre de gran envergadura —concluí.

—No tiene por qué —negó Clea. Giró la cabeza de la víctima y le miró el oído—. Le introdujeron un objeto puntiagudo y afilado, diría que quirúrgico, por el tímpano llegándole hasta el cerebro. Se lo extrajeron con bastante profesionalidad, esa es la causa de la muerte. Estoy segura de que el análisis de sangre dará positivo en algún narcótico que lo aturdió y le concedió al asesino el tiempo necesario para matarle.

—¿Entonces? ¿Seguimos sin nada? —preguntó Joseph, desesperado.

—No. Ahora sabemos que tiene conocimientos de medicina y está asustado. Primero, robó los documentos de tu casa, sin embargo, no nos mató, algo ha cambiado. Creo que nos estamos acercando y se está poniendo nervioso porque ha intentado acabar con Kate y ha tenido que eliminar al testigo. Se ha vuelto descuidado o desesperado, y realmente no sé qué será peor —explicó mi forense favorita.

—¡Joseph, regresemos a casa de Beth a ver si advertimos algo! —casi le supliqué.

—De acuerdo —aceptó, sabiendo de que lo haría de todas formas.

Ocho

Beth Short vivía en una bonita unifamiliar, con una valla alta que separaba la vivienda de una transitada carretera. Tras ella, unos prominentes árboles cubrían cualquier intento de mirar hacia su interior. La puerta estaba cerrada. Llamamos varias veces y nadie respondió.

—¿Han estado aquí los agentes? —pregunté a Joseph, confundida.

—Dick dijo que sí.

—Vale. Y ¿han entrado o se han quedado en la maldita puerta? —protesté.

—No lo sé, Kate, estaba ocupado intentando que no te matasen, ¿recuerdas? —se defendió.

Sabía que no debía pagar mis frustraciones con él, pero era el que estaba más cerca y le había tocado.

La zona donde estaba la puerta era un poco más baja que el resto.

—Ayúdame a subir —le pedí.

Joseph suspiró, colocó ambas manos a la altura de mis rodillas y las usé como peldaño para acceder a la vivienda. Mientras trepaba, le escuché decir que se terminaría arrepintiéndose de haberme conocido. Me hizo gracia y perdí el equilibrio. Al caer de culo por el otro lado, se me engancharon los pantalones en la ornamentación metálica de la parte superior, lo que provocó una considerable raja en la prenda.

—¿Estás bien? —preguntó, preocupado, a la vez que le abría.

—Sí, pero me debes unos vaqueros nuevos —protesté, tapándome el trasero al andar mientras lo escuchaba reírse.

La primera señal preocupante fue encontrar la puerta principal entreabierta. Nos miramos, sacamos las armas y nos dirigimos despacio hasta la entrada del pequeño chalet. Le hice señales para avisarle que pensaba ir primero y tras hinchar mucho los boquetes de la nariz, asintió con la cabeza.

El domicilio se encontraba en penumbra, con todas las cortinas y las persianas bajadas a cal y canto. A primera vista, no se advertían signos de lucha. Todo estaba en su sitio, incluso diría que la distribución de las cosas era como las de las revistas de decoración de las salas de espera de los médicos. Un agradable olor a romero y sándalo llenaba el lugar. Lo cierto es que apetecía estar allí dentro, resultaba un sitio bastante acogedor. Un collage con cuatro fotos distintas de Beth sobre el sofá era la única decoración en las paredes.

Continuamos invadiendo aquella especie de santuario místico sin encontrar a nadie ni nada sospechoso.

Una de las habitaciones estaba preparada para los ya famosos vídeos de grabación de ASMR. Dentro había una bonita mesa de cristal con bordes metálicos blancos, un ordenador portátil, un foco colgado en la pared apuntando a la silla colocada justo

enfrente y un micrófono con dos orejas a los lados. Una estantería llena de objetos para hacer sonidos completaba el contenido.

En la cocina, vimos una puertecita que supuse daría al garaje, pero estaba cerrada con llave y no pudimos acceder. Salimos de nuevo buscando cómo entrar, bordeamos la casa y en la parte trasera, nos topamos con la puerta de hierro de la cochera, bajada hasta el suelo, con medio cuerpo seccionado incrustado en ella.

No pude evitar llevarme las manos a la boca para no gritar. En todos mis años como policía era la primera vez que veía algo similar. El pesado portón había cortado en dos el cuerpo de Beth, y dejaba a la vista exterior las piernas, a falta del pie que mandaron a Clea como regalo, y un trozo del tronco de la pobre chica. Se trataba de un corte limpio. El asesino usó la puerta como improvisada guillotina. La sangre que rodeaba el cadáver parecía indicar que aún estaba viva cuando la seccionaron. Nunca fui demasiado creyente, sin embargo, esta vez recé para que me equivocase y que estuviese ya muerta cuando sucedió.

—Llamaré a un equipo —Joseph me agarró del brazo y me sacó de allí.

—Es horrible —musité, encendiendo un cigarro mientras esperábamos a Clea en la puerta exterior.

—Lo sé. ¿Habías visto algo así antes? —preguntó. Al parecer, él estaba igual de impactado que yo.

—Nunca. ¡Tenemos que atraparlo antes de que muera alguien más! —exclamé indignada y aterrorizada ante la idea de que eso le pudiese suceder a Clea o... a mí.

Los técnicos no tardaron más de diez minutos en llegar. Advertí a mi amiga para que la atrocidad no la cogiese de improviso, y la acompañé para que analizase la escena del crimen. La jefa apareció de pronto enturbiando todavía más mi mañana con su sola presencia.

—¡Warne, Bell! —nos llamó en cuanto vio a la chica, o lo que quedaba de ella. Dick tenía los ojos abiertos como platos y una mirada que solo le había visto tras enterarse de la muerte de su sobrina—. Disponen de todos los medios y de los efectivos que necesiten para atrapar a ese malnacido, ¡pero quiero resultados ya! O serán vuestras cabezas las que entregaré en bandeja de plata a su querida amiga Burgos.

—Nadie tiene más ganas que yo de atraparlo, señora. —Fue lo único que dije antes de dar media vuelta y agacharme junto a Clea.

No tenía ganas de discutir, no sabía bien por qué; sin conocerla de nada, había empatizado con Beth y ya me sentía lo suficientemente impotente sin necesidad de que Dick me recordase que no teníamos nada de nada.

—¿Cómo lo llevas? —pregunté a Clea.

—Intento no pensar mucho y me limito a procesar las pruebas. Procuero no humanizar a las víctimas o me volvería loca —respondió decaída—. En un principio, esto es la parte que le falta al pie que tengo en la sala de autopsias.

—¿Podemos abrir la puerta ya? —preguntó Joseph.

—Henry, toma muestras de la puerta y haz las fotos pertinentes para poder embolsar esta parte del cuerpo —pidió Clea al muchacho que no había abierto la boca desde que contempló el espectáculo. No sé si yo podría acostumbrarme alguna vez a hacer lo que hacen ellos.

—Todo catalogado y guardado —informó Henry a Clea a los pocos minutos.

Sin tener el mando para abrir la puerta, tuvimos que buscar vías alternativas, así que unos agentes derribaron el acceso que había en la cocina. Una vez dentro encontramos signos de violencia y de forcejeo. Beth era la primera de los tres cadáveres hallados que intentó defenderse.

Cuando comprobamos que no había peligro, Clea y Henry entraron para concluir con su trabajo en la otra mitad del cuerpo. En esta zona, además del mismo charco de sangre rodeando el cadáver, descubrimos que también faltaban más miembros. Por algún motivo, el asesino se ensañó a conciencia con ella. Faltaba la mano derecha y en la cabeza mostraba una herida abierta. Junto al cuerpo, hallamos un trozo de madera roto y ensangrentado, perteneciente a una mesa hecha añicos en una esquina del garaje. Beth lo usaba a modo de trastero y el asesino debió sorprenderla allí.

—¡Bien! —exclamó Clea contenta.

—¡Dime que has encontrado el DNI del homicida! —le rogué.

—Mejor que eso. Esta mujer luchó todo lo que pudo y arañó en alguna parte a su agresor; tiene epiteliales bajo las uñas —nos informó victoriosa—. ¡Un momento, creo que tiene algo dentro de la boca!

Clea le ladeó la cabeza e introdujo los dedos para extraer una especie de bolsita de plástico medio derretida. En el instante en el que la presionó, de su interior, salió humo blanco que inundó el lugar. Tiré de Clea y la arrastré fuera con Joseph pisándome los talones. ¡El olor a lejía y a productos de limpieza resultaba insoportable y familiar! Aun estando fuera de la zona afectada y al aire libre tuvimos que mantener una distancia considerable para que no nos llorasen los ojos.

—¿Y Henry? —quiso saber Clea, tosiendo—. ¿Alguien ha visto al doctor Lee?

Joseph cogió su querido pañuelo de tela, se cubrió la boca y sin pensárselo entró de nuevo. ¡Hasta que distinguí su silueta saliendo de la nube transcurrieron los minutos más largos de mi vida! Trajo en brazos al becario inconsciente, lo puso en el suelo tambaleándose y se sentó, asfixiado. Pedí que llamasen a una ambulancia mientras Clea intentaba reanimar al pobre Henry, que estaba blanco como la leche y casi no respiraba.

—¡Maldita sea! —gritó Clea.

—Tranquila, saldrá de esta; es feo y flacucho, pero si te soporta a diario, seguro que es fuerte —bromeé para tranquilizarla.

—¡Kate, ese psicópata ha puesto una bomba de gas tóxico dentro de un cadáver! —me chilló mi amiga furiosa.

—Ya sabemos que es inteligente —le recordé, intentando apaciguarla.

—¡No es eso! Ha calculado el tiempo de descomposición del cuerpo y ha usado un plástico con la medida exacta para que se deteriorase lo suficiente. Si no la hubiese visto, y, en vez de aquí, esto hubiera sucedido en la comisaría, seguramente estaría muerta —sollozó Clea, más asustada de lo que la había visto jamás.

Quien quiera que fuese iba un paso por delante y estaba intentando terminar con nosotros también.

La ambulancia se llevó a Henry y a Joseph. A este último casi lo tuve que maniatar para que fuese a hacerse unas pruebas tras haber estado expuesto al veneno, pero

finalmente conseguí convencerlo. Clea y yo nos quedamos junto con otros agentes, terminando el trabajo.

Cuando nos aseguramos de que el aire volvía a ser respirable, mi amiga se dirigió a la cajita donde Henry había estado guardando las pruebas y se quedó sin habla.

—¿Qué sucede?

La conocía lo suficiente para que no le hiciese falta decir nada, ya sabía que algo andaba mal, si es que ir a peor era posible...

—Ha estado aquí —murmuró, cayendo de rodillas en el suelo, abatida.

Saqué mi pistola y la cubrí.

—¿Cómo que ha estado aquí? —pregunté entre sorprendida y angustiada.

—Faltan los restos que encontramos bajo las uñas, se los ha llevado —informó Clea, echándose las manos a la cabeza.

—¡Que nadie entre ni salga del domicilio! ¡Precintad la zona y, si es necesario, la jodida manzana! —ordené a los agentes que se dieron patadas en el culo para obedecerme, después de que Dick los amenazase con echarlos si no lo hacían.

—Kate, llevemos a la víctima a comisaría. Ya no tenemos nada más que hacer aquí —dijo Clea saliendo del garaje.

—Pero todavía podemos...

—¡¡No, Kate, no podemos nada! ¡Ese tío ha tenido la sangre fría de no limpiar las pruebas que podían incriminarle y sí de prepararnos una trampa! Te estoy diciendo que salgamos de aquí —me rogó Clea con los ojos llenos de lágrimas.

Nos montamos en mi coche; preferí tenerla cerca, no me gustaba el ataque de pánico que acababa de tener, y seguimos al vehículo oficial que transportaba los restos. Fui a coger un cigarro y me di cuenta de que mientras esperaba a que ella y Henry llegasen había fumado más de la cuenta y se me había terminado el paquete. Mi estado de ansiedad no era como para no disponer de nicotina en cantidades industriales, así que en cuanto vi una tienda abierta me detuve.

En ese momento, a pocos metros de nosotras, el coche, con todas las pruebas dentro, explotó y saltó por los aires.

—¡Ese hijo de puta ha puesto una bomba lapa mientras nos estábamos ahogando! ¡No te muevas de aquí! —le grité a Clea saliendo del coche para intentar ayudar al conductor.

Las llamas rodeaban todo el chasis. Me quité la chaqueta vaquera que llevaba atada al trasero, para que no se me viera el boquete del pantalón, me la anudé en la mano y abrí la puerta para sacarlo de aquel infierno. Tiré del cuerpo del hombre como pude y lo arrastré los metros suficientes hasta alejarlo todo lo posible.

Clea apareció a mi lado y comenzó a hacerle la reanimación cardiopulmonar sin que el agente mostrase síntomas de mejoría.

—¡Clea, para!

—¡Nooooo! —gritó llorando—. ¡Venga, Petrosino, me dijiste que tenías que comprar un regalo para tu mujer! ¿Recuerdas?

Cuando Clea dijo su nombre me di cuenta de quién era. Estaba sucio, tenía sangre y hollín por toda la cara y costaba distinguirlo. Al mirarle la placa, leí su nombre, y el mundo se me vino encima. Le busqué el pulso sin encontrarlo en el mismo momento en

que el coche volvió a explosionar. Me tumbé sobre Clea cubriéndola con mi cuerpo y sentí un dolor terrible en la pierna. Hasta que no dejé de escuchar estallidos no me retiré.

—¿Estás bien? —pregunté levantándola.

—Sí, Kate. ¡Tu pierna! —gritó, señalándome el gemelo derecho.

Un trozo de metal del vehículo, de unos diez centímetros de largo por cinco de ancho, había salido disparado y estaba clavado en mi pierna. Clea me quitó la chaqueta del brazo medio chamuscado y me la puso a modo de torniquete.

Los bomberos y ambulancias no tardaron en aparecer. Una de ellas nos llevó al mismo hospital en el que nos esperaba Joseph medio histérico.

—¿Estáis bien? —gritó desde la otra punta del pasillo.

Vino corriendo, se agachó a la altura de la silla de ruedas en la que me habían sentado, me agarró la cara y me dio un desesperado beso en los labios delante de todos.

—El tabaco acaba de salvarnos la vida —le sonreí, abatida, mientras un enfermero me empujaba con celeridad para conducirme a la sala de operaciones.

Me extrajeron el metal y me cosieron. ¡Como siguiese así iba a tener más heridas de guerra que los gladiadores! A las pocas horas, me dieron el alta. Clea me esperaba impaciente con la idea de llevarme a casa, pero la cara chamuscada y sin vida de Petrosino no se me quitaba de la mente. Me negaba a descansar mientras su asesino siguiese impune. Si ese pobre grandullón no se hubiese cruzado en mi camino, seguramente seguiría con vida.

—Clea, tienes que conseguir alguna prueba del cadáver de Beth —le rogué en cuanto nuestras miradas se cruzaron.

Mi amiga tenía los ojos hinchados y rojos de llorar, este caso le estaba afectando más que ningún otro, y a mí también.

—¿Puedes andar? —preguntó al verme en la silla de ruedas.

—Por supuesto —respondí, con un amago de sonrisa. ¡En cuanto se me pasase el efecto de la anestesia iba a ver las estrellitas!

A la salida del hospital había una decena de cámaras con sus respectivos reporteros aguardando. Las preguntas, los gritos y los empujones se sucedieron durante los metros que nos separaban del coche que nos aguardaba en la entrada. Entre todas las caras resaltaba la de Carmen, con una sonrisa de satisfacción. Comprendía que me odiase, pero empezaba a resultarme inconcebible que estuviese disfrutando con tantas muertes innecesarias con tal de verme caer.

—¿Dónde está Joseph? —pregunté a Clea, una vez que estuvimos dentro del vehículo y a salvo de las víboras comunicadoras.

—Me dijo que tenía que ir a comprobar una cosa, pero no me reveló nada más.

—Bueno, ya vendrá. No me hace gracia que estemos solos ninguno de los tres involucrados en esto. Sigo diciendo que se nos escapa algo. Sé que lo tengo justo delante de los ojos, pero soy incapaz de verlo —me desmoralicé.

El conductor tomó la precaución de introducirnos en el edificio por la parte de la morgue, para esquivar a los paparazzis.

Henry estaría un par de días en observación tras inhalar el gas tóxico y a Clea le haría falta toda la ayuda posible, así que me ofrecí a quedarme con ella.

—Kate, te quiero muchísimo, y por eso mismo tengo que decirte que la paciencia no es lo tuyo, amiga. Este trabajo requiere de delicadeza y concentración. Sintiéndolo en el alma, contigo pululando a mi alrededor y preguntándome, tardaría el doble —aseguró.

Era la primera vez que me largaban de un sitio con tanto tacto. Decidí ir con mi muleta cojeando a ver a Rich. Le habían llegado las cosas de Beth y a lo mejor tenía algo para mí.

—¡Warnel! —escuché que me llamaba la Pato—. Felicidades, has conseguido espantar al señor Bell.

—¿Cómo? —pregunté sin tener ni idea de qué hablaba.

Ella se me acercó con la nariz apuntando al cielo y cara de estar oliendo a putrefacción, me miró y continuó:

—Su compañero ha pedido el resto del día libre por temas personales. Se lo he concedido porque considero que permanecer tanto tiempo seguido a su lado debe ser agotador —me dijo, en un insulto muy sutil.

Me di la vuelta sin contestarle y me encaminé a ver a Rich justo cuando mi querida jefa volvió a embestirme.

—Quiero al homicida en dos días entre rejas o terminará los suyos en la puerta de un colegio, encargándose del tráfico.

¡Esa maldita zorra tenía que decir siempre la última palabra! Juro que no la comprendía. A veces me parecía una persona normal, e incluso había momentos en los que se podía decir que me trataba de forma cordial, pero en otras le salía la vena bruja del cuento y me entraban ganas de estrangularla. Lo de Joseph también me cogió por sorpresa; primero, no esperó a que saliese del médico, y luego había pedido el día libre con la que teníamos encima. ¡Ese hombre conseguía descuadrarme día sí y día también!

Iba demasiado concentrada en no caerme, con mi nueva tercera pierna, que no vi a Allan salir de sus oficinas y dirigirse en mi dirección hasta que lo tuve encima.

—Pequeña, ¿estás bien?

—Sí, no te preocupes, sobreviviré —respondí intentando huir de su abrazo lo antes posible.

—Te estaba buscando. Tengo algo que creo que podrá interesarte —me dijo captando mi atención—. Ven a la zona de análisis y te lo muestro.

La pierna empezaba a latirme como si de un corazón con vida propia se tratase, me tragué el dolor y lo seguí. En la pantalla del ordenador se veía una huella dactilar y el CoDIS20 se estaba encargando de buscar algún resultado.

—Siéntate —me acercó su silla—. Eso que ves es una huella parcial que había en las llaves del bar que hallaron en el contenedor de basura, pero no encuentra ninguna coincidencia; lleva así desde ayer. Lo primero que hice fue compararla con la del teléfono de María de los Ángeles y el resultado fue negativo; son distintas.

—¡En fin, eso no sé si será bueno o malo! Puede significar que el asesino tenga un cómplice —concluí, consternada.

Me levanté para buscar a mi friki favorito, a ver si él aportaba algo de luz a esta locura.

—Tengo más, pero después de que ya me debes una cena, no sé si decírtelo o informar a Dick directamente y ganarme los puntos con ella —vaciló Allan, mirándome de reojo mientras yo me giraba ansiosa porque hablase.

—Allan, no creo que tu autoestima esté tan baja como para acostarte con la Pato —me burlé.

—¡Touché! —exclamó, fingiendo que le clavaba una flecha en el corazón—. ¿Recuerdas la pisada ensangrentada que localizaste en casa de tu compañero? Por cierto, ¿dónde está?

—Se ha tomado el día libre. ¿Qué pasa con la pisada? —apremié.

—Es de un hombre, del número cuarenta y dos, y en este papelito tienes el modelo y el año de fabricación del calzado —concluyó, orgulloso de su hallazgo.

—Vale, ahora sí que te debo una cena —acepté, guardándome la nota y dándole un beso en la mejilla, pero cuando mis labios iban a rozar su cálida piel, Allanladeó la cara y nuestras bocas se unieron. Me separé rápidamente sintiéndome un poco culpable, mientras él me sonreía y me ayudaba a abrir la puerta para que saliese.

Allan era un hombre espectacular, inteligente, atractivo y un fuera de serie en la cama, tenía algo que antes me enamoraba y que ahora mismo me aterraba: cada noche dormía con una distinta. Solo pensar que Joseph estuviese en los brazos de otra me quemaba por dentro.

Pillé a Rich alucinando con su nueva adquisición: el extraño micrófono orejero binaural de Beth.

—¿Se puede? —pregunté abriendo la puerta con la muleta.

—¡Kate! —se apresuró a ayudarme a sentarme. Esto de estar herida estaba bien, si quitaba las puñaladas que me estaba dando el gemelo por dentro, todo el mundo se mostraba solícito.

—Necesito que me des algo para poder continuar o la Pato se comerá mis vísceras como la puta zombi que es —le pedí.

—Lo primero que hice fue revisar el correo de la tercera víctima, y, como las veces anteriores, tenía mensajes insultantes y amenazas de distintas personas. Indagué un poco más y ahí me di cuenta de mi error. Era exactamente la misma IP con la que le enviaban los correos a Elvira. Entonces supuse que nuestro querido Ramón Lasso no se llevaba bien con el resto de sus compañeros, hasta que me dio por fijarme en la fecha del último que mandó y resultó que era posterior a la muerte de Ramón, así que o ha vuelto de la tumba o hay alguien muy listo que se la ha copiado y se está haciendo pasar por él —me explicó, diría que incluso admirando a su nuevo contrincante—. Solo tengo que encontrarlo y tendrás a tu hombre.

—¿Cuánto tardarás? —pregunté impaciente.

—¡Kate, soy bueno, pero este tío también! Necesito tiempo. Vete a casa, descansa y en cuanto lo tenga te llamaré. No me pienso mover de aquí hasta que no lo consiga —prometió.

Avisé a Clea que me iba y regresé a casa, cabizbaja.

En la puerta del edificio me crucé con la vecina cotilla y su desagradable algodón de azúcar, los ignoré y me subí al ascensor. El dolor era tan fuerte que ni meterme con ella haría que me sintiese mejor. Abrí la puerta y entré cojeando en mi vacío

apartamento. No pude evitar quedarme mirando el sofá donde había estado el pobre agente caído durmiendo hacía tan solo unas horas. No había cruzado con él más de dos frases y ahora estaba muerto. De pronto, alguien me agarró por la espalda y me tapó la boca. Sostuve con fuerza la muleta y empecé a dar golpes a ciegas hacia atrás, intentando acertar en la cabeza de mi agresor. El único problema es que al perder mi apoyo, lo que me mantenía en pie era precisamente contra lo que estaba luchando.

Nueve

Logré darme la vuelta y estamparle un rodillazo en sus partes nobles, dejándolo tirado en el suelo. Pero sin sujeción y con una pierna menos, terminé de bruces contra el piso y quedé sentada a pocos metros de mi agresor. Saqué mi arma y le apunté a la cabeza, decidida a volarle la tapa de los sesos. Antes de apretar el gatillo, vi la cara de desesperación de Joseph, quien se puso un dedo sobre los labios para indicarme que no hablase. Bajé la pistola sin soltarla y esperé a ver qué hacía. Me enseñó un cacharrito de los que usamos para detectar si hay micrófonos o cámaras escondidas, que tenía guardado dentro del bolsillo, se arrastró junto a mí y me lo pasó por el cuerpo. Estaba pensando que se le había ido la cabeza cuando aquello empezó a emitir una lucecita en la pantalla y me quedé helada. Joseph metió la mano en mi bolsillo, sacó mi móvil, abrió la batería y en el apartado del auricular había una escucha igual que las que usamos en comisaría. Me ayudó a levantarme, la tiró y la pisó, rompiéndola hasta que la señal del detector se apagó.

—¿Cómo sabías que nos estaban escuchando? —pregunté, saltando a la pata coja hasta el sofá para descansar. Con el forcejeo, algún punto de sutura se me había ido a por pan y podía sentir la sangre corriendo por mi tobillo.

Joseph volvió a indicarme que callara y, como el que busca seres sobrenaturales, recorrió la casa entera escrutando si quedaba algún que otro micrófono.

—Creo que ya no hay más —dijo sentándose a mi lado—. En el hospital me di cuenta de que la tapa de mi teléfono no cerraba bien, y al abrirla encontré uno de esos.

—¿Se lo has dicho a alguien? —No pude evitar una mueca de dolor.

—¿Estás bien? Deja que te vea la herida —se ofreció, pero tenía que quitarme los pantalones para poder examinar los puntos y no me apetecía ponerme en bragas delante de él.

—No es nada —decliné.

Joseph no me hizo caso, mordió el dobladillo de la pierna del pantalón vaquero y le hizo una pequeña rajita. ¡Los ojos se me iban a salir de las cuencas! Cogió cada extremo de la tela con una mano y lo rompió hasta que la abertura me llegó a la ingle.

—Ya te debía ese pantalón, ¿recuerdas? No te puedes enfadar dos veces por lo mismo —replicó, tan tranquilo—. ¿Tienes algo para curarte?

—En el baño —indiqué, todavía sorprendida.

Había hecho muchas locuras sexuales en mi vida, pero eso de destruirme la ropa, nunca, y me acababa de provocar una sensación que era una mezcla de morbo con excitación, de buenas a primeras, indescriptible.

Joseph regresó con un paquete de gasas, vendas, desinfectante y unos guantes.

—Prometo no hacerte daño —aseguró mientras se afanaba en limpiarme la herida—. ¿Qué piensas?

—Pues que tenemos un topo o que la Pato está más paranoica de lo habitual. Tenemos que avisar a Clea —recordé—. Quedamos en que cuando terminase vendría directa.

—¿Han descubierto algo más? —terminó de cubrirme el gemelo como si me fuese a momificar.

—La pisada de tu casa es de un hombre, y las huellas de las llaves del bar no coinciden con las del teléfono. A no ser que encontremos a la asmrstist que nos falta con vida, creo que estamos jodidos... —confesé—. Por lo visto, el que mandaba las amenazas no era Ramón. Estamos tratando con alguien que, aparte de poseer conocimientos de medicina, sabe de informática, y a Rich le está costando la misma vida dar con él.

—Tengo que pedirle disculpas —reconoció Joseph.

—¡Sí, yo diría que debes! —aconsejé cuando mi móvil vibró con su nombre en la pantalla—. ¡Dime que lo tienes! —imploré en respuesta.

—Acaba de mandar un correo. Lo único que he descubierto es su ubicación. Lo siento —se excusó como si hubiese matado a alguien.

—¿Dónde es? —pregunté.

—En la misma nave que encontrasteis el teléfono.

—¡Muchas gracias, Rich, eres el mejor! Joseph dice que te va a comprar una cabeza de esas raras que te gustan como recompensa —improvisé, dejando a Joseph con la boca abierta y seguramente que acordándose de mi familia.

—¿En serio? —me reprendió en cuanto hube colgado.

—¿No le ibas a pedir perdón? —sonreí.

—Te acabas de quedar sin pantalones nuevos, que lo sepas... —me informó, haciéndome reír.

—¡Tenemos que ir al polígono abandonado antes de que se escape de nuevo! —repliqué, levantándome y cogiendo la muleta.

—¡Kate! —me llamó, seguramente para convencerme de que me quedase.

—No pienso escucharte ni una sola palabra, voy a ir y punto. No podemos confiar en nadie —le rebatí dando torpes cojeadas hasta la puerta.

—¡Kate! —insistió, enfadándose.

—¡Joseph, que hayamos dormido juntos no quiere decir que seas mi guardaespaldas! —terminé por gritarle irritada.

Joseph se resignó, cogió su bolsa y me siguió hasta el ascensor que se detuvo en la planta de la chismosa. En cuanto se abrieron las puertas y la señora me vio, gritó:

—¡Desvergonzada! —Y se metió de nuevo en su casa.

Miré mis pantalones y al ver la tela que me faltaba, descubrí que mis bragas negras de encaje asomaban. Le di al botón para subir sin decir palabra, con Joseph llorando de la risa tras de mí.

—¡Podías habérmelo dicho! —le amonesté.

—¡No soy tu guardaespaldas! —concluyó, soltando una carcajada.

Después de intentar ponerme la ropa sola y de algunos quejidos, apareció el pobre Joseph en la puerta, mirándome divertido.

—¿Me ayudas? —le pedí, frustrada, sentada en el borde de la cama.

—¡Ya era hora...! —se agachó frente a mí e introdujo con delicadeza las mallas por mis pies.

Me resultó bochornoso, pero si no quería salir en ropa interior no me quedaba más remedio que aguantarme.

La nave continuaba como la última vez, a excepción de un bulto en una esquina, oculto por una gran bolsa de basura negra. Joseph se adelantó y me quedé en la puerta, cubriéndole la retaguardia. Detestaba no poder moverme con facilidad, y aunque, durante algunos días la pierna me estaría molestando, no pensaba quedarme al margen.

—¡Kate, llama a Clea! ¡Hay otro cuerpo! —gritó Joseph retirando el plástico.

Desde donde me encontraba no se veía bien pero me pareció que se trataba de una joven caucásica, rubia, de menos de treinta años.

Tras acatar su orden me acerqué a verla. La chica estaba tendida sobre un charco de sangre, tenía la cara ladeada y le faltaba una oreja, algo no casaba... ¡la herida continuaba sangrando! Cogí su muñeca y le detecté pulso.

—¡Está viva! ¡Avisa a emergencias! —exclamé, esperanzada.

Le cubrí la herida con las manos; respiraba con dificultad y estaba inconsciente, pero al menos no estaba muerta.

Los sanitarios no tardaron en llegar, la subieron en la ambulancia y me fui con ella. No iba a perderla de vista ni un solo segundo. Si el homicida descubría que no la había matado, estaba segura de que haría lo imposible por hacerlo, y esta era la única pista que teníamos.

Se trataba de María, la otra asmríst que no quitó sus videos de la red. No tenía familia ni pareja ni nadie que fuese a verla o a cuidarla al hospital, así que Joseph y yo hicimos turnos para vigilarla. Los médicos nos informaron de que le habían suministrado veneno, como a las otras víctimas, pero en una dosis menor y que por eso continuaba con vida. La llevamos a una parte del hospital que supuestamente estaba cerrada, pero, en realidad, se usaba para los jefazos del gobierno, y que la prensa desconocía; así que no tendría que preocuparme por encontrar a Carmen husmeando por allí.

Clea recogió la ropa de María y buscó restos bajo las uñas o cualquier signo de forcejeo, sin hallar nada de nada.

Habían pasado tres días y mi pierna estaba mucho mejor. María, sin embargo, seguía sin despertar. Los médicos dijeron que no presentaba ningún tipo de traumatismo craneal y que se levantaría cuando estuviese preparada, ya que a veces los golpes psicológicos pueden llegar a ser peores que los físicos.

Por Beth y por Lydia no pude hacer nada, pero por esta pobre muchacha sí. Me pasé las tardes leyéndole en alto o contándole historias de mi vida, ¡se le daba bien escuchar! Hasta que un día a media lectura de *La Momia*, de Anne Rice, abrió los ojos y me miró desconcertada. Aunque para mí ella fuese a esas alturas como de la familia, yo era una completa extraña.

Se sentó aterrada sosteniendo las sábanas y se cubrió con ellas.

—¿Quién eres? ¿Dónde estoy? —preguntó.

—Soy la agente de policía Kate Warne. Te rescatamos. ¿Recuerdas algo? —respondí, para intentar calmarla y le enseñé mi placa.

María abrió mucho los ojos, se quedó más pálida de lo que ya estaba y se llevó la mano a la oreja que le faltaba, encontrándose que, en su lugar, había una aparatosa y abultada gasa. Entonces comenzó a gritar histérica. Un enfermero tuvo que sedarla para que no se la arrancase y finalmente se volvió a dormir.

—¡Ufff! —suspiré, saliendo de la habitación.

—¿Ha dicho algo? —preguntó Joseph, que aguardaba en el pasillo.

—Nada, está en estado de shock. No sé si podrá contarnos algo, la verdad. —Expresar mis temores en alto hacía que fuesen más reales y me arrepentí al instante—. Necesito un cigarro.

—Vamos, te acompaño —se ofreció.

—No quiero dejarla sola, no tardo.

Le sonreí y me escapé a las escaleras contra incendios, que se habían transformado en mi salita de fumadores particular.

Nada me cuadraba. Al resto de las víctimas las atacó y dejó en su casa, ¿por qué con María se arriesgaría a trasladarla? ¿Dónde vivía María? ¿Por qué llamó a Ramón y por qué dejó el teléfono en aquel lugar? Estas y decenas de preguntas más pasaban por mi cabeza una y otra vez. Clea no llevaba ningún dispositivo de escucha, lo que quería decir que quien quiera que fuese tan solo se estaba centrando en Joseph y en mí. ¿Para qué diantres quería los restos humanos? ¿Era el típico asesino con fetiches?

—¡Aaaaah! —grité, frustrada, dando un puñetazo en la pared.

Clea apareció y se sentó a mi lado, preocupada.

—Kate, tienes que ir a casa y descansar —me sugirió—. En este estado no piensas con claridad. ¿Cuándo fue la última vez que te duchaste? ¡Siento decirte que hueles regular, amiga! —bromeó, tapándose la nariz y sonriéndome.

—¡No quiero irme, Clea! Mira lo que le ocurrió al pobre Petrosino. ¡Nunca olvidaré la cara de su esposa en el funeral! —le confesé.

—Eso no fue culpa tuya. Él sabía lo que podía sucederle al trabajar como policía y... —se detuvo un instante, tomó aire y continuó—, Lydia también lo sabía.

—No quiero hablar de ella —dije, levantándome.

—Kate, hasta que no pases página no podrás seguir adelante, ni hacer tu trabajo en condiciones, ¿es que no lo ves? ¡La culpa te está consumiendo por días y no quiero perder a nadie más! —confesó, con lágrimas en los ojos.

—¡Vale, me ducharé y descansaré un poco! Por la mañana estaré de regreso. No quiero que se despierte sola —acepté, cambiando de tema.

Dejamos a dos policías en la puerta y otro dentro de la habitación, de guardia toda la noche.

Joseph y yo nos marchamos a mi casa. Hubiera preferido ir sola, pero no hubo manera de convencerlo y me recordó que sabía dónde guardaba las llaves, así que accedí.

Volvió a revisar las habitaciones con el detector antes de que dijésemos nada y cuando estuvo seguro de que no nos oían lo guardó y me sonrió.

—Perímetro limpio —informó complacido.

—Estás como una cabra, y nos estamos empezando a aparecer a Mulder y Scully en Expediente X —me burlé.

—¡No, por favor, a esos dos, no! —me suplicó en tono teatral.

—¿Por qué no? —pregunté intrigada.

—Porque nunca supe si terminaron juntos —susurró, acercándose y dándome un beso en los labios que me cogió por sorpresa. Después, se retiró con una excusa—. Necesito una ducha.

Me quedé tumbada sobre la cama, mirando una mancha de humedad del techo mientras escuchaba el sonido del agua correr por el desagüe. Seguramente me terminaría arrepintiéndome de lo que iba a hacer, pero necesitaba calor humano, o a lo mejor lo que buscaba era una excusa, no lo sé...

Me desnudé y entré en el cuarto de baño. Joseph estaba tarareando una canción que no supe reconocer. Retiré las cortinas, lo abracé por la espalda y me quedé pegada a él durante un buen rato hasta que se giró y me besó de nuevo. Me acarició la cara con ambas manos, se detuvo y continuó bajando por mi cuello regalándome pequeños mordisquitos hasta llegar a mi pecho. Levantó la cabeza y me miró a los ojos.

—Estoy contigo, no tengas miedo —me aseguró, notando el temblor de mis piernas. Me cogió en brazos y me depositó sobre la cama, mojando las sábanas—. ¿Estás segura de esto? ¡No quiero ser una muesca más en tu puñal!

¡Supe que quería estar con él! Dejé que me hiciese el amor como hacía tiempo que no me lo hacían; con ternura, delicadeza y suavidad.

La pierna todavía me seguía molestando y me desperté intranquila varias veces a lo largo de la noche. Joseph continuó dormido y me gustó la sensación de seguridad que me aportaba su presencia; no porque no me supiese defender sola, ni mucho menos, ¡creo que en caso de peligro lo salvaría yo a él! Sino porque sentir que para alguien era especial o incluso imprescindible me impulsaba a tener ganas de luchar.

—¡Luchar, eso es! —grité despertándolo.

—¿Qué? —musitó medio dormido, sentándose en la cama.

—¡Hemos enfocado mal todo desde el principio! Estamos buscando a un asesino o a un psicópata, pero no nos hemos puesto realmente en su piel. ¿Y si además de todo eso es alguien que se siente defraudado? —argüí, convencida, sin explicarme demasiado bien.

—Kate, no te sigo —reconoció Joseph, espabilándose ante mi euforia.

—Todas las víctimas tienen el ASMR en común. Sabemos que se conocían entre sí, al menos por las redes. ¿Y si eran algo más que conocidos? ¿Y si esto termina con María? ¡Si ella es su última víctima y no recuerda nada de lo sucedido, se escapará! —concluí.

—Y ¿qué propones? —preguntó, desconcertado.

—Quiere un asmríst... ¡pues vamos a darle uno! —razoné.

—¡Casi prefiero no preguntar lo que se te está pasando por la cabeza en estos instantes! ¿Podemos esperar a que salga el sol para que me eche a temblar, por favor? —me rogó, abrazándome y besándome el hombro.

—De acuerdo, descansa. Lo necesitarás —le advertí, justo antes de quedarme dormida.

A la mañana siguiente fuimos temprano a comisaría para contarle a la Pato mi descabellado plan. Joseph había quedado, por su lado, con Clea para que intentase

disuadirme, por suerte para mí, llegamos los tres a la vez a la puerta de la jefa y ya fue demasiado tarde.

—¡Entren! ¿Sucedo algo? —preguntó, con curiosidad, al vernos.

—¡Tenemos una idea, jefa! —informé.

—No, lo que ella tiene es ganas de suicidarse. El resto estamos aquí para que no se lo permita —intervino Joseph, borrándome la sonrisa.

—Lo último no ha estado mal. Continúe, Kate —dijo mi admiradora favorita desde detrás de su gran mesa.

—Considero que nuestro hombre, por algún motivo personal, tiene problemas con los que hacen ASMR y quiere eliminarlos a todos. La última que continuó con los vídeos fue María y él piensa que está muerta, tal y como hicimos creer a la prensa. He pensado organizarle una trampa y me ofrezco voluntaria para hacerme pasar por una asmrstist —propuse, convencida, sorprendiendo a Dick.

—¡Eso es una locura! —exclamó Clea horrorizada.

—No, no lo es. De hecho, considero que es la mejor idea que ha tenido desde que la conozco —la contradijo Dick, aunque sinceramente sé que si le hubiese contado que me quería arrojar desde un avión en marcha sin paracaídas también le hubiese parecido correcto—. Hablad con Rich y que os ayude a prepararlo todo.

—Gracias. La mantendremos informada —aseguré saliendo satisfecha y esquivando la mirada de reproche del resto del grupo.

—¡Warne! —gritó Dick cuando estábamos a mitad del pasillo—. Han llamado del hospital, la muerta quiere verla.

—Lo que me enamora de esta mujer es su sutileza y delicadeza a la hora de decir las cosas —ironicé.

Cuando entramos en la habitación del hospital, María tenía mejor aspecto que la noche anterior. Nada más verme se le iluminó la cara y me sonrió.

—Siento lo de ayer. Me sentía desubicada —se disculpó.

—No te preocupes, ¿has conseguido recordar algo? —pregunté.

—Solo partes de escenas confusas —se lamentó—. Estaba en casa y alguien me atacó. Lo siguiente que recuerdo es estar aquí tumbada, sin oreja...

—Sobre eso, lamento decirte que no la hemos encontrado —le informé sin poder imaginar cómo se debía sentir.

—Al menos sigo viva y me han dicho que es gracias a ti. ¡Estoy deseando salir y hacer un vídeo de agradecimiento! —confesó, eufórica.

—Mmmm, sobre eso, tenemos que hablar —la detuve, sentándome a su lado. Joseph y Clea estaban fuera esperando, no queríamos agobiarla entre todos—. El hombre que te secuestró es un asesino en serie y está ejecutando y mutilando a las personas que tenéis vídeos de ASMR en internet. Hemos tenido que anunciar que estás muerta para que no viniese a buscarte. Hasta que lo encontremos dispondrás de una nueva identidad y formarás parte del programa de protección de testigos.

—Aparte de a mis seguidores no tengo a nadie más; ¡si los pierdo a ellos no sé qué haré! —se agobió.

—Te prometo que será temporal —indicé, intentando animarla.

—¿Puedo ayudar en algo? —se ofreció, consiguiendo que tuviera otra de mis geniales ideas.

—¡Pues la verdad es que sí! Queremos hacerlo caer en una trampa y necesitare tu ayuda —le conté—. Me voy a hacer pasar por una de vosotros en las redes y estoy segura de que vendrá a por mí. ¿Puedes enseñarme?

María me miró durante algunos segundos, frunció el ceño y agregó con timidez:

—Puedo intentarlo, aunque siento mucho decirte que no das el perfil —dijo sorprendiéndome—. A ver, no quiero que te molestes, pero con lo poco que te he escuchado y visto no considero que seas demasiado... ¿cómo lo diría?... relajante.

—Aprendo rápido —insistí.

—Podemos intentarlo. ¿Tenéis dispositivo de grabación? —preguntó, algo más decidida.

—Por desgracia, tenemos los de las otras víctimas; una cabeza y dos micrófonos binaurales. Necesito que me digas dónde vives para mandar un equipo en busca de pruebas. Si quieres, traeremos tus cosas a comisaría también —le ofrecí.

—Sí, claro. Os lo agradecería —asintió mientras se sujetaba la cabeza haciendo un gesto de dolor.

—Descansa. Luego enviaré un coche para que te lleve a comisaría y podamos empezar con las clases. ¡Si te parece bien! —apunté.

María estuvo de acuerdo, se tumbó y se durmió.

—¿Y bien? —preguntaron al unísono Clea y Joseph cuando salí de la habitación.

—No recuerda mucho y no quiero forzarla, aun así nos ayudará con la pantomima —les informé satisfecha.

—¡Sigo diciendo que es una locura! —replicó Clea, malhumorada—. ¿No piensas impedirselo? —le preguntó a Joseph.

—A mí no suele hacerme caso y si lo pienso bien, tiende a hacer siempre lo contrario, así que, prefiero no posicionarme. —Joseph se encogió de hombros, desalentado.

Llamé a Rich para pedirle que preparase una de las habitaciones que tenía ocupada con trastos y se mostró inusualmente emocionado. Al llegar a su zona de locos y ver lo que había organizado nos quedamos de piedra. Le había dado tiempo a sacar todo lo que tenía acumulado en una pequeña y desastrosa sala llena de estanterías con cosas electrónicas, y, en su lugar, había colocado una mesa con un bonito tapete, la cabeza, ¡cómo no! —sabía que escogería ese de entre los tres—, una cámara de vídeo y unos focos. Me parecieron los de Elvira y preferí no indagar.

—¿Os gusta? —nos preguntó, orgulloso de sí mismo.

—Puede valer —le menosprecié haciéndolo rabiar.

—¡Oh, venga ya! Es perfecto, Kate —me corrigió Joseph, apoyando al chaval.

—Bueno, de acuerdo, es pasable —acepté, guiñándole un ojo.

A las pocas horas llegó María, bastante asustada. Rich se puso nervioso nada más verla y no dio pie con bola. No me había fijado en que debían tener la misma edad, y que nunca había visto al cerebritito con ninguna chica; ahora comprendía por qué, con seguridad se le daban mejor las máquinas que las personas.

María solicitó algunas cosas que necesitaba para comenzar el entrenamiento intensivo, y Rich corrió para conseguirlas en un tiempo récord, sin protestar en ningún momento, cosa que si le hubiese pedido yo sería lo que hubiera hecho...

Y nos pusimos manos a la obra.

—Tienes que sentir lo que haces, y proponerte relajar y dormir a tus espectadores —me indicó María, cargada de paciencia—. Lo primero que debes saber es que en el ASMR no se habla alto sino susurrando al micrófono y debes recordar que al ser grabación binaural, tienes que ir moviéndote para que el sonido sea de oído a oído. —En cuanto lo comentó no pudo evitar tocarse la gasa que le tapaba el lugar donde debería de estar uno suyo y entristecerse.

—María, por mucho empeño que pongas, Kate no va a ser capaz de mostrarse delicada en su vida —indicó Clea desde el umbral de la puerta, aguantando una carcajada.

—Hagamos una prueba. Rich, ¿puedes grabar un poco para ver qué tal? —pidió María. El muchacho asintió como un robot y preparó la cámara—. Dejados solos, por favor.

—Intenta decir algo que te salga del corazón. Tienes que expresar lo que te gustaría que te susurras para dormir, y mientras lo haces, coge esta brocha y acaricia las orejas falsas de la cabeza —explicó.

¡Aquello iba a resultar más complicado de lo que pensé en un principio! Solo si era lo suficientemente convincente él vendría por mí. Después de estar casi dos horas intentándolo, y antes de casi pegarle un mordisco a la dichosa cabeza, desistí.

—Clea, tenías razón —suspiré mirándola—. ¡Esto no es para mí!

—Déjame probar —me pidió con ese dulce tono de voz que la caracterizaba.

Se sentó delante de esa cosa, se puso los auriculares y comenzó a contar una bonita y armónica historia sobre su ciudad natal. Sin tener los cascos puestos ya conseguía adormecerme y entonces entendí lo que pretendía.

—¡No! ¡No pienso permitirlo! —chillé.

—¿De verdad crees que podrás? —me recriminó testaruda.

Diez

Terminé cediendo, aunque no me hacía ninguna gracia exponer a Clea. Mis motivos para no permitirlo dejaban de tener peso en el momento en el que los decía en alto: ella era mi amiga, resultaba más débil y dulce que yo, y me daba pánico que algo le sucediese, pero, tal y como la misma implicada me recordó, ya era mayorcita y también este era su trabajo... así que me tuve que callar y preocuparme solo de que todo saliese bien.

—En mi casa tengo pelucas y algunos instrumentos que le servirán para grabar los vídeos —nos dijo María, recordándome que teníamos que ir a su domicilio en busca de alguna prueba.

—¡No puedes venir! Si alguien te ve, podría delatarte. Dinos la dirección y dónde está todo y Joseph y yo acompañaremos a Clea. Mientras, te quedarás con nuestro mejor agente custodiándote —la tranquilicé, agarrando por el hombro a un sonrojado Rich, a quien, si le hubiera valido, se habría escondido bajo el suelo en ese instante.

María nos dio las indicaciones precisas. Clea llamó a Henry para que la ayudase a examinar el escenario y nos marchamos los cuatro; Joseph y yo en un coche y Clea y su perrito faldero en otro.

—¡Dilo! —me instó Joseph cuando después de algunos kilómetros yo seguía con cara de bulldog, mirando al más allá sin articular palabra.

—No estoy de acuerdo en que Clea sea el cebo. ¡Ella no sabe defenderse! —grité, desahogándome.

—Kate, Clea es mayorcita para hacer lo que crea conveniente —se atrevió a refutarme.

Abrí la ventanilla y encendí un cigarro mientras conducía siguiendo a Henry, que era el único que conocía el sitio donde vivía María. Se trataba de una zona residencial con pequeñas casitas adosadas y diminutos patios delanteros.

La puerta estaba cerrada. Saqué de la mochila mi kit especial para reventar cerraduras, me concentré y justo cuando iba a introducir los ganchitos en el orificio de la llave, Joseph me abrió desde dentro.

—Según mi estúpido manual, como tú lo llamas, si la puerta está cerrada, comprueba las ventanas.

«¡Me estaba empezando a arrepentir de haberme acostado con él!».

—¿Has movido algo? —preguntó Clea encendiendo la luz.

—Nada, he tenido mucho cuidado —respondió.

El salón era lo primero que encontrabas al entrar en la casa. Todo se hallaba tirado o roto; vamos, con signos de lucha; algo no cuadraba. María no tenía heridas ni contusiones, ni restos bajo las uñas, así que podría ser que, en este caso, el que recibiese la peor parte fuera su agresor, y que tras proporcionarle el veneno ella cayese

inconsciente. Intenté formarme la película en mi cabeza, pero algo seguía desconcertándome.

—¿Qué ocurre, Kate? —preguntó Clea que estaba buscando huellas o restos de sangre.

—¡No lo sé! Henry, haz fotos de todo y coloquémoslo donde se supone que debería estar.

Tras obedecerme y sacar un extenso reportaje de la casa, montamos el puzle y les pedí que salieran

—Joseph, ponte detrás de mí y agárrame.

—¿Se supone que vamos a recrear la agresión? —me preguntó, intrigado.

—¡Exacto! Quiero comprobar una cosa y, de paso, darte una paliza —puntalicé, sonriendo, siendo la más sincera del mundo, procurando que el resto no lo descubriese.

Había una silla en el suelo, una lámpara volcada sobre una mesita y un cuadro de la pared, caído y roto, en un extremo de la estancia. Me senté en la silla y comprobé que, desde esa posición, ella podía haber visto tanto la puerta principal como el pasillo.

—Joseph, acércate a mí desde el otro lado —le indiqué.

—Hacía tiempo que no te veía hacer esto —se sorprendió Clea.

—Ah, ¿pero es habitual en ella? —preguntó Henry extrañado.

—Hace un año, Kate era la policía con más casos resueltos en la comisaría —le informé orgullosa—. Tiene una cosa especial en esa loca cabecita suya.

—Si a tener esta mierda de memoria fotográfica que funciona cuando quiere, lo llamas algo maravilloso, sí... —añadí—. Joseph haz exactamente lo que te diga.

—A sus órdenes —se burló.

Al final casi que lo prefería cuando era serio y distante. ¡Qué mal le había sentado el polvo!

Me levanté de la silla en el momento en el que lo vi aparecer y esta se cayó casi en el mismo sitio donde estaba antes de colocarla.

—Intenta reducirme, ¡pero hazlo de verdad o esto no funcionará! —le advertí.

—De acuerdo —aceptó poniéndose serio.

Joseph corrió hasta mí y lo lógico, según su posición, hubiera sido dirigirme a la puerta principal.

—¡Para, así no fue! Repite la acción, pero desde la entrada —le dije.

Volví a sentarme y en cuanto lo vi, me levanté. La silla se cayó y solo me dio tiempo a llegar hasta la pared donde se encontraba el cuadro tirado. Joseph me presionó contra esta y yo levanté las manos con las que golpeé el marco de madera que se quitó de su agarre y terminó donde lo habíamos encontrado. Conseguí zafarme y llegar a la mesita donde estaba la lámpara. Joseph no tardó en volver a alcanzarme. El espacio en aquel sitio era demasiado reducido para poder hacer muchas maniobras, al golpearme contra ella, la lámpara no se volcó. Me detuve y me quedé pensando.

—Dime. —Joseph me contempló, intrigado y divertido a la vez.

—Súbeme en peso y siéntame sobre la mesa —pedí.

En cuanto lo hizo, la lámpara se volcó. Mis muslos quedaron totalmente abiertos mientras que el cuerpo de Joseph estaba justo en medio, en una postura un tanto inapropiada.

—Supongo que fue aquí donde la redujo el tiempo suficiente para suministrarle el veneno. No creo que viniese andando o no podría haber transportado el cuerpo, y si alguien no quiere que lo pillen intenta correr lo máximo posible, y si es así, ¿qué le pasa a las ruedas del coche? —concluí.

—¡Henry, busca marcas de neumáticos justo delante de la puerta! —apremió Clea—. ¡Siempre serás la mejor! —me animó saliendo detrás de su becario y dejándome a solas con Joseph.

—Antes de tenerme a mí de conejillo de indias, ¿cómo lo hacías? —bromeó, acercando su rostro al mío hasta que nuestras narices se rozaron.

—Lydia me ayudaba —contesté seca, apartándome y yendo a la habitación donde María nos había dicho que tenía sus instrumentos de ASMR.

Joseph no me siguió.

Desde el instante en el que la nombré, sentí una punzada en el pecho. Se me ensombreció la mirada y se me agrió el carácter. Una vez que metí todas las cosas en cajas, salí a averiguar si habían obtenido resultados.

—Tenemos marcas de ruedas, pero ninguna señal de que hayan derrapado —informó Clea—. De todas formas hemos sacado fotos para analizarlas en el CoDIS.

Regresamos a comisaría y cuando bajamos a la habitación improvisada y no vi ni a María ni a Rich me temí lo peor, hasta que sonaron risas provenientes del exterior.

—¿Creéis que estar aquí fuera es lo más sensato? —los amonesté, enfadada.

—Kate, perdona. María necesitaba tomar un poco de aire —respondió él avergonzado.

Regresaron al interior con la cabeza gacha, mirando al suelo, como si de dos críos se trataran.

María, un poco violenta por mi regañina, le colocó a Clea una peluca negra, le quitó las gafas y la pintó de tal manera que si no la estuviese viendo no la habría reconocido.

Rich había creado un canal y tiró de sus muchos contactos en las redes para que promocionasen el estreno con un vídeo.

—Sabemos que estamos tratando con alguien muy inteligente, ¿podrá localizar nuestra ubicación? —le preguntó Joseph.

—Si descripta lo que he hecho llegará a una casa vacía de la ciudad, tal y como me pidió Kate, pero, con sinceridad, dudo mucho que eso suceda. Nadie es mejor que yo —replicó presuntuoso.

—¿De qué dirección habla? —me preguntó Joseph, bastante enfadado.

—Cosas mías —respondí intentando eludirlo, me agarró del brazo y me sacó al pasillo.

—¡Ante todo, soy tu compañero! Lo que te pasara en el pasado no fue culpa mía.

Siento mucho lo que te ocurrió, nadie debería de perder a un ser querido. Desde que llegué me lo has puesto difícil y aunque seguramente sea uno de los motivos por los que me gustas tanto, ahora tú eres mi compañera y la persona a la que tengo que cuidar. Por favor, no me dejes fuera —me soltó, casi sin respirar.

—De acuerdo. He puesto una casa franca como dirección para que el asesino acuda a buscarme allí. En cuanto traspase las barreras que Rich le ha colocado saltará una alarma y me iré para que crea que soy Clea —confesé—. No puedo perder a nadie más, Joseph. ¡Ayúdame! —le rogué, desesperada.

—María dice que deberíamos empezar para no salirnos del horario de mayor afluencia —avisó Henry—. Voy a llevar las pruebas a las oficinas y a empezar a procesarlas para ganar tiempo.

Sinceramente, nunca me había fijado mucho en Henry, no era un mal tío después de todo.

—¿Cómo te llamarás? —preguntó María a Clea.

—¿A qué te refieres? —respondí por ella.

—Cada uno de los asmrtsist tenemos un nombre que nos caracteriza, ¿cuál crees que es el que mejor te viene? —añadió María intrigada.

—Tu momento para respirar —concluyó después de pensarlo durante unos minutos—. Me gusta ese.

Ver un vídeo de ASMR en la pantalla impresionaba, pero contemplarlo en directo era asombroso. Fijarme en los lentos movimientos que hacía Clea con las manos y la forma sutil y delicada que tenía de explicarlo todo resultaba hipnótico. Rich lo estaba retransmitiendo en directo así que no podíamos cometer el menor error o no tendríamos otra oportunidad para capturarlo.

Lo cierto era que después de contarle a Joseph que iba a ser el cebo y saber que lo tendría cubriéndome las espaldas, me tranquilizó bastante.

—¿Cómo vamos? —le pregunté a Rich, que seguía encerrado en su cubículo encargándose de la grabación.

—¡Increíble! —exclamó—. ¡Ni el vídeo del gato y el perro han tenido tantas reproducciones en tan poco tiempo! Ya llevamos cientos de suscriptores. Esperemos que nuestro hombre también lo esté viendo.

—Estoy segura de que sí.

Clea estuvo casi cuarenta minutos hablando y haciendo «sonidos cosquillosos», que les llamaban, y para cuando terminó, su página estaba llena de palabras de felicitación y de apoyo por no amedrentarse ante el Silenciador de Susurros. Ese era el apodo que la prensa le había otorgado al asesino en serie. Lo que me apenaba bastante, porque estaban haciendo exactamente lo que él quería; le estaban dando notoriedad e inmortalidad y ese cabrón no merecía ni lo uno ni lo otro.

—¡Mierda! —escuché a Rich gritar en cuanto hubo terminado la grabación.

—¿Qué sucede? —inquirí, nerviosa.

—¡No sé cómo lo ha hecho, pero está dentro! No tardará en dar con la ubicación, no podré retenerlo demasiado tiempo —nos explicó sin apartar la vista de la pantalla del ordenador, tecleando lo más rápido que le permitían sus dedos.

—¡Bien hecho, Clea! ¡Si la Pato te despide te puedes dedicar a esto, ganarías pasta! —bromeé.

—¿Seguro que lo hice bien? —preguntó angustiada.

—¡De maravilla! Nunca había visto a nadie aprender tan rápido —la felicitó María.

—Tengo que marcharme, ¿puedes encargarte de que lleven a María a un sitio seguro? —le pregunté a Clea, disimulando mi premura.

—Claro, no hay problema —sonrió deshaciéndose de la peluca.

—¡Gracias, eres la mejor! —le di un sonoro beso en la mejilla para entretenerla y coger el manojito de pelos con disimulo.

En cuanto la tuve bajo la chaqueta, salí como una exhalación de la sala.

Joseph fue el que condujo y yo aproveché para disfrazarme. ¡Esperaba que aquello funcionase o la Pato iba a crucificarme por revelar la ubicación de un piso franco!

Me posicioné en el salón, delante de la ventana, para que Joseph tuviese un tiro limpio si no quedaba otro remedio que disparar. Debo reconocer que estaba nerviosa; la última vez que hice algo parecido fue Lydia la que sirvió de improvisado cebo y yo la que tendría que haberla protegido... Si alguien debía morir, esta vez, sería yo.

Pasaron dos horas sin que nadie apareciese. Mi impaciencia me obligó a fumarme un paquete de cigarrillos mientras miraba la televisión con la incómoda peluca puesta.

Joseph me había obligado a usar un micrófono oculto para escuchar cualquier cosa que sucediese y tampoco andaba tranquilo.

—¿Estás segura de que vendrá?

—¡No lo sé! Eso espero. Se me está durmiendo el culo de estar aquí sentada —respondí, atacada.

Entonces escuché algo en una de las habitaciones y, sin poder evitarlo, di un brinco.

—¿Pasa algo? —preguntó Joseph, preocupado.

—Hay alguien en la casa —murmuré bajito para no ahuyentar al visitante.

Toqué la culata de mi pistola, escondida detrás del pantalón y suspiré aliviada.

Sonó un chasquido amortiguado de cristales y por la cercanía del ruido supuse que quien fuera ya estaba en la cocina; justo al lado de donde me encontraba.

—¿Hay alguien ahí? ¡Tengo un palo! —grité, disimulando para no levantar sospechas.

Anduve despacio procurando que mis pisadas no delatasen mi posición, saqué el revólver y me pegué a la pared que conducía hasta donde él estaba acechándome. Entré en la cocina y noté que algo se movía en las sombras.

—¡Alto, está detenido! —advertí apuntando al bulto con el arma.

En vez de obedecer, se abalanzó sobre mí, me derribó y me arañó la cara clavándome algún objeto punzante, seguramente el mismo que utilizó para asesinar a mi barman favorito. Recordarlo me enfureció y me otorgó valor. Me incorporé con rapidez, busqué el interruptor de la luz palpando la pared y me preparé para disparar en cuanto se encendiese. Notaba el calor de la sangre correrme por la mejilla e incluso algunas gotas me rozaron los labios y me dejaron un sabor metálico en ella. En el momento en el que se hizo la luz vi moverse una sombra detrás de mí y volví a disparar, pero de pronto un gato atigrado salió despavorido por la rendija de una de las ventanas dejando tras de sí un rastro de diminutas gotas de sangre.

—¿Dónde está?! —preguntó Joseph, desencajado.

—¡Era un maldito gato! —grité, sentándome en el suelo y cogiéndome la cabeza con las manos.

—¡Estás herida! —Joseph se agachó a mi lado, inspeccionando mi rostro con gesto preocupado.

—Él también, no te preocupes —respondí, desmoralizada. Si el asesino había oído los disparos ya estaría a varios kilómetros de distancia.

En ese momento mi teléfono sonó y vi el nombre de Rich en la pantalla.

—¡Kate, está en la nave! ¡Ha regresado al último escenario! Puede que olvidase algo allí ¡Corred! —me apresuró Rich.

—Está en el polígono. ¡Vamos, esta vez no se nos puede escapar! —apremié a Joseph, levantándome con nuevas energías.

Cuando llegamos vi un coche de los que usamos para ir de incógnito. La matrícula me confirmó que se trataba de uno de los de nuestra comisaría, pero ¿quién más podía estar allí? Joseph, después de descubrir las escuchas en nuestros teléfonos, tenía la sospecha de que alguien de dentro estaba implicado. Era de noche y dentro no había luces, si usábamos las linternas nos estaríamos delatando y el tema de tener gafas de visión nocturna en el maletero del coche ocurría solo en las películas...

—Dividámonos. Hay dos posibles vías de escape. No podemos dejar nada al azar —indicé a Joseph.

—No sabemos dónde está, ni si va armado. Creo que no deberíamos separarnos. ¿Y si hay más de uno? —comentó inquieto.

—Pues entonces dispararé dos veces —respondí, volviéndole la espalda con la intención de entrar por la parte trasera.

—¡Kate! —Tiró de mi mano y, en cuanto me giré, me estampó un beso de película. Después agregó—: Ten cuidado.

—Siempre —concluí, sonriendo.

La parte de detrás estaba igual de abandonada y ruinoso que la delantera. No veía apenas y tropecé un par de veces con restos de escombros y basura. Me encontré en un pasillo que bifurcaba hacia dos zonas distintas, una a la parte principal y otra, a unos pequeños cubículos que antiguamente debieron funcionar como oficinas. Joseph se dirigía hasta mí por la más grande y deduje que si yo tuviese que esconder algo lo haría en algún sitio donde no fuese fácil de encontrar, así que me detuve y giré a la izquierda.

Llevaba una pistola en la mano, otra escondida en la pierna y me había puesto el chaleco antibalas, pero, pese a todo, notaba el miedo correr por mis venas. El pulso empezó a acelerarse hasta tal punto que juraría que podía escuchar mi corazón latir de lejos. ¡Tenía que centrarme! Las manos me temblaban como a una agente recién salida de la escuela, y para rematar se me estaba metiendo el sudor en los ojos.

De pronto, escuché una serie de gemidos y corrí hacia ellos. ¡Ese psicópata había capturado a alguien más e iba a matarlo si no lo impedía! Seguí los sonidos y jadeos lo más de prisa que pude y encendí la linterna, ¡mi prioridad era salvar a la víctima!

Las voces provenían de la última oficina. Al llegar a la puerta vi algo moverse delante de mí. Cuando lo alumbré para descubrir al fin quién era el Silenciador de Susurros mi corazón se paralizó.

—¡¿Tú?! —grité horrorizada.

En vez de arrojar el cuchillo al suelo, se aproximó a mí blandiendo el arma y tambaleándose.

—¡Alto o disparo! —chillé, todavía en estado de shock, sin que me hiciese caso. Tenía la cara desencajada y la camisa roja llena de sangre.

—Warne, lo siento —dijo arrojando el cuchillo a un lado. Sacó su arma y me apuntó a la cabeza.

—¿Por qué?! —le bramé histérica.

—Se lo debo —fue lo último que dijo antes de mover el dedo para apretar el gatillo.

Tres disparos directos al corazón derribaron a Dick, dejándola tendida sobre su propia sangre, con los ojos abiertos. Mi primera intención fue acertarle en el hombro, pero en el último momento se movió haciendo que el blanco cambiase. Yo ya tenía la pistola preparada por lo que pudiese suceder y fui la primera en disparar. Ella tan solo había amagado hacerlo. Corrí a tomarle el pulso sin éxito, la dejé y a pocos metros de Dick distinguí un bulto inmóvil, vuelto de espaldas. Me apresuré a comprobar si la nueva víctima seguía con vida. Le apunté con la linterna el rostro y mi mundo empezó a dar vueltas. Al alumbrarla, descubrí que le habían cortado una mano y parecía que simplemente estaba dormida.

¡Me dio tal ataque de pánico que me puse a gritar como una posesa!

Lo último que recuerdo es a Joseph intentando quitarme de los brazos el cuerpo inerte de Clea.

—¡No pude salvarla! ¿Entiendes? ¡No pudeeeeeee! —me derrumbé.

Once

Había perdido la cuenta del tiempo que llevaba encerrada, ignoraba si eran meses o años. Me mantenían drogada sin darse cuenta de que mi cabeza revivía una y otra vez todo desde el principio y la conclusión siempre era la misma: no lograba entenderlo.

Creo que lo más terrible es justamente eso, no comprender por qué ha pasado algo, o peor aún, por qué no pude evitarlo.

Joseph me visitaba a diario, pero esquivaba el tema de Clea y de Dick y nunca respondía a mis preguntas. Necesitaba respuestas y él no estaba dispuesto a proporcionármelas así que un día me negué a recibirlo y con el tiempo dejó de venir. Mis tardes se limitaban a estar encerrada en una diminuta y blanca habitación, con un todavía más pequeño baño sin espejo. Se lo llevaron la última vez que intenté quitarme la vida; como muestra quedan unas feas cicatrices en mis muñecas.

De vez en cuando, me dejaban permanecer en el jardín. Me sentaba en un banco que había junto a una fuente y a la hora de la cena me metían de nuevo. Dejé de luchar y de sentir el día que maté a Dick, el mismo que ella asesinó a mi única razón de vivir.

Una tarde me anunciaron que una mujer quería verme. Ese día no me había tomado la medicación, la estaba almacenando hasta tener la suficiente para concluir la mísera vida en la que me veía recluida. Cuando entró, me acurrugué en la cama, me sostuve las rodillas y escondí la cara en ellas. ¡Si existía alguien en el mundo a quien no me apeteciese ver era a esa persona! Y, después de todo, estaba en un manicomio, podía comportarme como una loca e ignorarla hasta que se cansase y se fuera.

—Kate —me sorprendió acariciándome la cara—. Lo siento mucho. Te necesito. ¡Sin ti no se sabrá la verdad!

—La verdad... ¿Quién es dueño de ella? —respondí, sin mirarla.

—Kate, sé que no hemos estado lo que se dice unidas estos últimos años, y que he volcado mi ira contra ti, pero no puedo continuar al margen y seguir con mi vida. No te mereces esto y Clea tampoco —me explicó, sacándome de mi letargo al nombrarla.

—¡Clea está muerta! ¡Yo la maté! —vociferé, levantándome y estrellando una silla contra la pared, lo que alertó a los enfermeros, que entraron corriendo y me pincharon un tranquilizante de los que me noqueaban en segundos.

No sé cuánto tiempo estuve dormida esta vez. Miré a la pared para comprobar que mi alijo de medicamentos estaba a salvo y que mi plan podía continuar, pero alguien había quitado la cajita que recubría el enchufe y ahora tan solo estaba el hueco, visible y vacío. Tampoco me importó demasiado, tenía todo el tiempo del mundo para morirme...

Otra tarde, mientras estaba sentada en el banco del jardín, noté cómo alguien se colocaba a mi lado y volví a ver a Carmen. Sentí una mezcla de sentimientos y ninguno era positivo.

—Kate, por favor. Ayúdame —me suplicó.

—No puedo ayudar a nadie, ¿no te das cuenta? —respondí concentrada en las gotas de agua que caían de la fuente, captando cómo se reflejaban en ella los rayos del sol, concediéndoles colores realmente inexistentes—. ¿Quieres morir? —le pregunté de pronto.

—No —respondió.

—Entonces, vete y no vuelvas —le aconsejé.

Salí corriendo y me metí en la fuente para fusionarme con las bellas tonalidades del agua.

Cuando me desperté, tenía un dossier marrón sobre la mesita de noche. Me resultó extraño porque nunca me daban nada para leer y lo más insólito era que tuviese una carpeta con el sello de confidencial. Escuché que alguien venía, cogí los papeles y los escondí bajo el colchón.

—¿Cómo te encuentras hoy? —me preguntó mi viejo loquero sonriente. Edmundo era un reconocido psiquiatra con más de doscientos libros publicados. Nuestras charlas se reducían más bien a monólogos—. He dado orden de que no vuelvan a dejar entrar a esa periodista; creo que su presencia no te hace ningún bien. ¿Quieres hablar sobre las pastillas que han encontrado escondidas? —insistió obteniendo el mismo resultado de siempre: silencio—. Bueno, pues mañana volveré.

Intenté dormir, pero en mi cabeza aparecía con insistencia la imagen de la carpeta marrón que tenía escondida, hasta que finalmente la curiosidad superó a la locura. Me asomé por la ventanita redonda que había en la puerta de mi dormitorio y cuando estuve segura de que todos dormían, —tenía un par de horas de intimidad hasta el recuento nocturno—, lo saqué y lo abrí intrigada.

La primera imagen hizo que arrojase el tocho de papeles al suelo como si esta pudiese salir y lastimarme. Era del caso del Silenciador de Susurros, el último en el que había participado y que marcó mi vida para siempre. La foto en cuestión era la típica que los forenses le hacían a las escenas de crímenes, y en ella se veía el cuerpo de Cressida Dick en el suelo tras recibir mis disparos. Me dio miedo continuar viéndolo, lo cerré y lo deposité en su escondrijo hasta que me sintiese capaz de proseguir.

Di una vuelta tras otra, golpeé la almohada repetidas veces y conté dos rebaños de ovejas para intentar dormir, pero juro que podía escuchar el sonido de un corazón latiendo con fuerza debajo del colchón. Cerré los ojos y los apreté. En ese instante, oí la voz de Clea alto y claro diciéndome: «levanta y lucha». ¡Las pastillas estaban consiguiendo dejarme peor de lo que ya estaba! Me senté, suspiré y volví a coger los documentos, esta vez decidida a examinarlos todos.

Pasé rápido la foto de la jefa de policía y empecé a leer. Incluía la información del caso completo. Se supone que esto no debería haber salido de comisaría así que deduje que Carmen estaba teniendo la ayuda de Joseph. Imaginarlos a los dos trabajando juntos resultaba, cuanto menos, chocante. En la academia nos enseñaban que en todos los casos había que resolver o hacerse algunas preguntas concretas:

—«Qué pasó, quién lo hizo, cómo, cuándo y por qué. Aunque las respuestas parezcan obvias, te conducirán al objetivo» —citó, en alto, imitando a mi antiguo profesor Miguel Maldonado. El qué pasó ya estaba más que claro; quién lo hizo, en un

principio, también; el cómo, cuándo y el por qué eran los que me preocupaban y los mismos que no estaban especificados en estas notas.

¿Por qué Dick haría una cosa así? Ella tenía un puesto en condiciones, con un sueldo más que considerable. Amaba lo que hacía, es decir, hacernos al resto la vida imposible. Recuerdo el pánico que me daba de niña cuando venía a recoger a Lydia al colegio. Sé que nunca le gusté, pero de ahí a convertirse en asesina en serie para vengarse de mí había un mundo. Podía aceptar que las escuchas las pusiese ella, pero las huellas de casa de Joseph eran de hombre, y a no ser que se cambiase de calzado intencionalmente para despistarnos, no coincidían con las suyas.

Seguí leyendo, concentrada. Este informe no decía nada del ADN encontrado en Elvira, ni de las huellas dactilares halladas en el teléfono o en las llaves del bar. ¿Dónde estaban los resultados de la bomba lapa que mató a Petrosino? Ponía que habían registrado la casa de Dick y que dentro hallaron distintos venenos, guantes y productos de limpieza que coincidían con los del baño de Ramón y la bomba de gas que Beth tenía en la garganta, pero ¿y las partes amputadas, dónde estaban? Si hubiera sido ella, las querría para algo en particular o simplemente como fetiche, pero ¡más a mi favor!, si se trataba de lo segundo, no las tendría demasiado lejos. Y ¿esta mierda la había aceptado un juez?

Me dormí dándole vueltas al tema, e incluso reviví aquella noche como tantas otras veces, con la diferencia de que en esta ocasión Cressida, antes de caer al suelo me miraba a los ojos y me decía lo mismo que me pareció escuchar que la voz de Clea me había dicho: «levanta y lucha». ¿Y si el asesino estaba libre y habían inculpado a una inocente a la que yo había matado?

Me hice esa pregunta durante toda la semana siguiente y empecé a cuestionarme si realmente debía hacer caso a las voces imaginarias que, aunque parezca antagónico, turbaban mi locura.

Edmundo entró, como cada mañana, en la habitación con la cabeza metida en sus papeles y los pensamientos en algún otro lugar, sin darse cuenta de mi pequeño cambio.

—Buenos días, Ed —saludé, sorprendiéndolo.

—Hola, Kate. Me alegra ver que estás animada —respondió intrigado—. ¿Quieres que hablemos?

—Quiero irme —le informé cogiéndolo desprevenido.

—¿Dónde? —preguntó con la intención de comenzar una charla terapéutica que a mí no me apetecía escuchar.

—A casa, tengo cosas que hacer —comenté, sonando como una auténtica desquiciada.

—Todos tenemos asuntos pendientes, Kate. No creo que estés preparada para afrontar el día a día, al menos, no aún —se lamentó.

—A ver, ¿qué necesitas que haga antes de firmar el papelito que me devuelva la libertad? —le pregunté un poco hastiada.

—Demostrarme que estás bien y hacerme entender por qué de pronto lo estás —explicó, siendo más sincero de lo que me esperaba.

—Lo he superado —mentí—. Cada persona necesita un tiempo de duelo y el mío ha concluido. Tengo que volver a reiniciar mi vida; necesito trabajar, relacionarme, regresar a la rutina y a la realidad.

—Sé que eres muy inteligente y que dirías cualquier cosa con tal de alcanzar tu objetivo, pero lamento decirte que las palabras se las lleva el viento y necesito hechos. Temo que en el momento en el que estés sin vigilancia atentes de nuevo contra tu vida —concluyó.

—Lo entiendo y le demostraré que no corro ningún peligro —sonreí, más falsa que Judas.

Edmundo se levantó con la intención de dejarme allí sola.

—Doctor, tan solo me gustaría pedirle un favor...

—Si está en mi mano...

—Quiero volver a recibir las visitas de Carmen Burgos y de Joseph Bell. Necesito ir familiarizándome de nuevo con mi vida —le rogué.

—Informaré a ambos que tienen permitidas las visitas. Descansa.

Sabía que no iba a resultarme tan sencillo salir de aquel lugar, pero el primer paso ya estaba dado.

A la mañana siguiente empecé con mi ardid. Salí al jardín sin necesidad de que me empujasen en una silla de ruedas y les pregunté a los enfermeros si necesitaban ayuda para administrar los medicamentos a los internos. Al principio, me miraron recelosos ante mi cambio de actitud, pero en cuanto les ayudé a tranquilizar a tres de los más conflictivos disiparon sus dudas y agradecieron contar con dos manos extra de apoyo. Lo cierto es que durante los largos ratos que había permanecido sentada en ese banco me había entretenido en observarlos a todos y sabía cómo sugestionarlos para que hiciesen exactamente lo que quisiera. Los enfermeros, sin embargo, tan solo les dedicaban los minutos justos para que no les molestasen demasiado, y en eso les llevaba ventaja.

—Hola, Kate —me saludó Carmen con unos golpecitos en el hombro mientras yo escuchaba a un abuelete que pensaba que continuaba en la guerra.

—¡Carmen! —le pedí tregua con la mirada para despedirme del abuelo—. Coronel, voy a vigilar la parte oeste del campamento, pero antes necesito que se tome sus vitaminas para que esté fuerte por si nos atacan.

—Claro, soldado —respondió el pobre hombre que batallaba a diario con sus cuidadores porque pensaba que el enemigo quería envenenarlo.

Regresé a mi banco favorito junto a Carmen.

—¿Fuiste tú la que dejó el informe del caso en la mesita? —le pregunté.

—Sí, me lo facilitó Joseph —asintió, confirmando mis sospechas sobre su nueva alianza.

—¿Qué quieres exactamente, Carmen? Desde lo de Lydia has intentado terminar conmigo, y ya lo tienes, estoy acabada. No comprendo por qué acudes a mí —pregunté extrañada.

—Joseph me convenció para que lo escuchase y después de hacerlo me sentí la peor persona del mundo por haberte tratado de ese modo durante estos años —se

disculpó—. ¡Kate, no creo que Dick asesinase a esa gente! Aunque el caso se haya dado por cerrado sé que solo tú podrás averiguar la verdad.

—¡Pues ahora mismo no es que esté en una situación en la que mi opinión tenga mucha veracidad para el mundo! —rebatí, humillada.

—¡Kate, tú eres como el ave Fénix! Confío en que serás capaz de resurgir de tus cenizas, siempre fuiste la más fuerte de las cuatro —confesó, agachando la cabeza al recordar al resto del grupo—. Clea merece ser vengada y sin ti nunca lo lograré. ¡Ayúdame a conseguir que nuestra amiga descanse en paz!

Admito que Carmen tenía el don de la palabra, ya fuese escrita o hablada; ponía el corazón en todo lo que hacía o decía. Era tenaz e igual de cabezota que yo.

—En dos semanas habré conseguido que todo el mundo acepte que estoy bien. Dile a Joseph que venga a verme, necesito más información; no creo que a ti te la haya facilitado toda.

En cuanto Carmen escuchó que aceptaba su propuesta me dio el abrazo que ambas necesitábamos y se marchó con una sonrisa de oreja a oreja.

Pasados tres días sin que Joseph ni ella acudieran a la clínica, empecé a preocuparme. Estaba nerviosa y desesperada por sentirme encerrada, aislada del mundo sin saber si les habría ocurrido algo.

Al fin, uno de mis nuevos compañeros de trabajo llegó a la sala de enfermeros, a la que ahora se me permitía el acceso, y me dijo que tenía una visita aguardando en mi dormitorio. La sorpresa fue mayúscula al ver de quien se trataba.

—¿Henry? ¿Qué haces tú aquí?

—¡Hola, Kate! —me saludó, alegre de verme—. Me sentía mal por no haber venido antes a visitarte y quería comprobar si estabas mejorando.

—Sí, algo sí. Lo de Clea... —tuve que detenerme al pronunciar su nombre—. Y tú, ¿cómo estás? ¿Sigues de becario? —pregunté, cambiando de tema para no derrumbarme.

—Hace unos meses que dejé de ser becario y al quedar un sitio libre en la comisaría me lo ofrecieron a mí. Me siento extraño ocupando el lugar de la doctora Koff, pero sé que le habría gustado que fuese yo el que se encargase de sus cosas —me informó con un hilo de tristeza y nostalgia en la voz. Henry siempre estuvo locamente enamorado de Clea sin saber que ella nunca podría corresponderle.

—Felicidades, te lo mereces —lo aprobé con sinceridad.

—Han nombrado a un nuevo jefe. No se suele meter mucho en mis asuntos y no nos presiona para que cerremos los casos. Te gustará —me comentó, dando por sentado que iba a regresar a la comisaría.

—Henry, no creo que vuelva a trabajar allí. Seguramente pida un cambio de destino al reincorporarme —confesé.

Cuando Henry se marchó me quedé más tranquila, si hubiese sucedido algo, él lo sabría. No quise contarle nada acerca de mis dudas sobre el caso para no involucrarlo. Cuantas menos personas estuvieran al corriente menos gente correría peligro, si es que yo estaba en lo cierto.

Joseph y Carmen seguían sin aparecer y aunque Henry no me hubiera dado malas noticias, si persistía sin noticias terminaría por volverme loca de nuevo. Me centré en no pensar demasiado y continuar con mi teatro para poder salir rápido de allí.

Una mañana, mientras ayudaba con los enfermos, el director del centro me llamó a su despacho.

—Kate, me alegro de verte. Tengo que pedirte disculpas.

—¿Por qué? —pregunté desconfiada.

—Por lo visto firmé la orden para que dejaran entrar a tus amigos y alguien la anuló. No entiendo cómo ha podido pasar. —Ahora entendía por qué no habían vuelto a venir—. Un compañero tuyo de comisaría ha hablado con medio mundo para conseguir sacarla de aquí.

—¿Joseph Bell? —pregunté.

—El mismo. La verdad es que tienes suerte de tener gente que te quiere. Espero que sepas valorarlo —me aconsejó, entregándome un folio—. Aquí tienes el alta. Puedes irte cuando quieras.

¡No podía creerlo! Recogí las pocas pertenencias que tenía, me despedí tanto del personal como de los internos, y salí decidida a descubrir la verdad, aunque muriese en el intento.

Doce

Era la primera vez que encontrar a la cotilla en el ascensor me daba alegría e incluso me apeteció saludarla cordialmente.

—Buenos días, señora Oldoini. ¿Me echaba de menos?

—La próxima vez que se vaya a hacer Dios sabe qué, procure no prestarle la casa a salvajes —se quejó, dejándome perpleja—. Parecía como si estuviesen tirando el edificio abajo —concluyó, a la vez que llegaba a su planta. Salió del ascensor.

Subí el resto del tramo de escaleras que conducían a mi casa corriendo. La puerta estaba cerrada, pero al entrar comprobé lo que quería decir Virginia con lo de tirar el bloque. ¡Todo estaba patas arriba o roto! Habían rebuscado en los cajones, abierto los libros y arrancado las páginas... ¡No tengo claro qué diantres querían encontrar en ellos! Nunca he sido materialista y que estuviesen las cosas destrozadas me daba un poco igual, hasta que me fije en un montón de papeles rotos al lado del sofá y entonces sí fue cuando me enfadé. Me senté en el suelo y comencé a cribarlos. ¡Encontrar un álbum de fotografías hecho añicos me encogió el corazón!

Guardaba los recuerdos del tiempo que estuve con Lydia en una cajita: la entrada de cine, el azucarillo con una cita simpática que me leyó en nuestra primera cita, fotos de los viajes que hicimos y un sinfín de tonterías, que para otra persona no significarían nada pero que para mí eran una parte importante de mi vida. Absolutamente todas las fotos estaban rotas.

—¿Estás bien? ¿Qué ha pasado aquí? —Reconocí la voz de Joseph, alertado, ante tal desastre, lo ignoré y continué intentando unir los rompecabezas de mi pasado—. Kate, ¿llamamos a los técnicos? —preguntó sentándose a mi lado y levantándose la barbilla. Las lágrimas corrían silenciosas por mi rostro. Era la primera vez que veía esa caja desde que Lydia murió, nunca tuve valor de abrirla antes, y ahora ya no podría volver a hacerlo. Poco a poco alguien estaba terminando con mis recuerdos.

—No quiero que nadie sepa nada. Esto es cosa mía —negué, recomponiéndome.

—¡Kate, estoy aquí!

—¡Pero yo ya no! —concluí—. Quiero los datos que le ocultaste a Carmen.

—Aquí están. Llevo siempre el pen encima —respondió, entregándome la memoria USB justo cuando le sonó el teléfono y tuvo que atenderlo—. De acuerdo, voy inmediatamente —dijo a su interlocutor.

—¿Pasa algo? —pregunté con temor.

—María está muerta.

Esas tres palabras resonaron en mi cabeza demasiadas veces.

—¡Vamos! —decidí, soltando los restos de fotografías sobre el sofá.

—¡Kate, no puedo llevarte! No estás en activo —se disculpó Joseph.

—O voy contigo o lo hago sola —repliqué con toda la calma del mundo.

—Vale —se resignó, seguro de que lo haría.

Cuando llegamos a casa de María ya había una patrulla esperando a Joseph. Al verme, los agentes se quedaron pálidos, como si estuviesen presenciando a un fantasma.

—¡Chicos! —saludé, sin que supiesen contestarme.

—Henry, ¿qué ha pasado? —preguntó Joseph al nuevo forense que ya estaba analizando el cuerpo.

Él también se sobresaltó al verme.

—Kate, ¿qué haces aquí?

—¡Han jugado a la ouija y me han traído de entre los muertos! ¿Por qué no estaba en el piso franco? —pregunté áspera.

—Después de que atrapases a Dick, María ya no tenía motivos para esconderse —me recordó Joseph—. ¿Cómo ha muerto? —insistió.

—Parece que ha sido un suicidio —conjeturó Henry.

—Y ¿por qué haría eso? —indagué.

—En este último año ha sido la asmrstist más famosa de las redes. Era la superviviente del Silenciador de Susurros, y a veces la fama nos supera —explicó Henry, sin convencerme.

En la mesa del centro del salón seguía teniendo las velas aromáticas y la decoración no había cambiado, a excepción de la lámpara que estaba sobre la mesilla de la entrada, que ahora se hallaba vacía. Una pequeña capa de polvo cubría su superficie y cuando me acerqué a observarla vi una línea donde antes habría un marco que, supuse, alguien retiró por alguna razón.

Salí de la casa con Joseph siguiéndome.

—¿Qué sucede? —indagó, alerta.

—¡Ha vuelto! —respondí—. Cogimos a la persona equivocada, y lo que es peor, asesiné a quien no debía; pero eso no volverá a suceder.

—Kate, ya has oído a Henry; ha sido un suicidio —insistió.

—Tú sigue tus pistas y yo continuaré con las mías. Me llevo tu coche —le mostré las llaves que le había quitado sin que se diese cuenta cuando estábamos dentro. ¡Clea odiaba que le hiciese eso!

—Vale, pero ten cuidado —me pidió, como aquella fatídica noche, pero esta vez no le respondí. No tenía nada que perder y nada por lo que ser precavida. Mi seguridad había pasado a un segundo plano.

Conduje hasta comisaría y me escabullí por la parte de atrás hasta el departamento de informática buscando a Rich; sabía que él podría responderme algunas dudas.

—Toc, toc. —Di unos suaves golpecitos en la ventana del pasillo donde atendía.

—¡Kate! —Abrió la puerta y me hizo pasar rápido—. ¿Qué haces aquí? ¿Te ha visto alguien?

—No me apetece una fiesta de bienvenida. Entré por detrás —ironicé.

—Han cambiado muchas cosas desde que te fuiste —confesó—. El nuevo jefe no se mete en nada, según él, pero lo observa todo. No debería estar hablando contigo.

—Quiero hacerte una pregunta personal, tu puesto de trabajo no correrá peligro, lo prometo —insistí.

—¡Dispara! De todas formas, desde que no estás me aburro mucho —sonrió.

—La última vez que te vi con María pensé que había una atracción mutua ¿qué pasó? —pregunté.

—Después de que... de que resolvieses el caso se marchó y nunca he vuelto a verla. La llamé un par de veces para quedar, pero siempre me daba largas y terminé cansándome —reconoció—. ¿Por qué lo preguntas?

—Ha muerto esta noche. Según Henry, se ha quitado la vida ella misma, y preferí informarte por si teniais algo sentimental —le mentí.

—¡Una lástima! La última vez que hablamos parecía preocupada. Antes de que me colgase oí que estaba discutiendo con otra mujer, pero no puedo decirte mucho más —lamentó.

—Gracias por todo, Rich. Me voy antes de que te metas en problemas —me despedí.

—Kate, la Pato no tenía ni idea de cómo configurar su teléfono móvil. Sé que hiciste lo que consideraste oportuno, pero quiero que sepas que ella no hubiese logrado piratearme en la vida.

—Lo sé, Rich —le confirmé, saliendo a hurtadillas igual que había entrado.

No se me quitaba de la cabeza la imagen del salón de María cuando estuvimos la primera vez en su casa. Sabía que algo no me cuadraba, pero me seguían faltando datos. Por aquel entonces, tenía dos formas de ver el escenario; o bien como un lugar en donde la atacaron o como los típicos estropicios que se ocasionan al de echar un polvo apasionado. En aquella ocasión, me dejé llevar por la empatía que sentía hacia aquella chiquilla asustadiza, que tanto me recordaba a Clea, pero no volvería a dejar que los sentimientos enturbiasen mi razón.

¡Tenía que regresar a esa casa! Me mantendría al margen de la ley, así que Joseph no podía seguir siendo mi aliado. Esperé en la puerta de la comisaría a que llegase y le entregué las llaves de su coche.

—¿Quieres que te lleve a alguna parte? —preguntó, seguramente con la intención de vigilarme y que no me metiese en líos.

—No, he quedado con Carmen. Tenemos asuntos del pasado que solucionar —mentí sin parpadear.

No tardé en localizar el trasto que tenía por coche, aparcado a pocas calles de mi apartamento. Después de estar tanto tiempo parado recé porque arrancase y tras varios intentos, por fin, el motor rugió, despertando a media barriada.

Estaba cavilando que María tenía algo que ver con todo aquello y que no trabajó sola. ¡Apostaría mi cuello a que el hombre que se vio reflejado en el vídeo la noche que mataron a Ramón era el mismo que salía en el cuadro desaparecido!

Cuando estaba a punto de ponerme en marcha, se abrió la puerta del otro lado y Joseph se sentó en el asiento del copiloto.

—¿Dónde vamos?

—¡Quiero estar sola! —insistí.

—Mientes. Cuando dejas de respirar y dices las frases como si te faltase el aliento es que no estás diciendo la verdad —indicó, dejándome a cuadros. No sabía que hacía eso. Lo tendría en cuenta para futuras ocasiones.

—¿Me estás espiando? —intenté crear una discusión para que se marchase.

—Si te estuviese vigilando y no quisiera que te enterases no estaría aquí sentado, ¿no crees?

Me acababa de dejar sin nada que alegar.

—Vale. ¡Pero quiero que sepas que pienso hacer lo que haga falta para llegar al fondo de este maldito asunto!

—Perfecto, he dejado la placa en casa —sonrió relajado.

Cuando aparqué cerca del domicilio de María, frunció el ceño.

—¿Qué buscamos aquí? Henry ha confirmado el suicidio.

—¿Cómo se supone que lo hizo?

—Se envenenó... ¡Mierda! —exclamó, dándose cuenta de la similitud.

—¡Estás lento, novato! —le insulté. Forcé de un plumazo la puerta principal y quité el precinto policial.

Con guantes, me fui al dormitorio y empecé a registrar los cajones sin encontrar ningún indicio de que estuviese unida sentimentalmente a nadie.

—Te dije que no hallarías nada —me incordió Joseph.

—¡A veces es más importante lo que falta que lo que hay! —repliqué enseñándole dos marcos vacíos ocultos en un cajón de la cómoda—. Mira —agregué mostrándole unas perfectas huellas dactilares en el cristal de uno de ellos.

—Allan podrá decirnos de quién se trata —se animó.

—Apuesto a que coincide con la de la llave del bar —le reté.

Cuando regresamos al salón quise volver a comprobar mi teoría y ya de paso convencerlo a él también.

—Ponte en la puerta del pasillo igual que la otra vez.

—¿Vamos a recrear la escena de nuevo? —preguntó con deje divertido.

—Sí, pero creo que ahora te gustará más —le aseguré, mordaz—. Ven a por mí. —Me senté y en el momento en el que dio un paso, me levanté de un salto y la silla se cayó. Acorté el espacio que nos separaba, dirigiéndome hasta él yo también, sorprendiéndolo, y justo cuando estuvimos cara a cara seguí dándole órdenes—. Ahora tú serás María y yo su agresor.

—¿Cómo? —Lo cogí por sorpresa.

—Hazme caso —le dicté, dándole la vuelta y presionándolo contra la pared, justo debajo del cuadro.

—¡Mmmm, Kate! ¿Recuerdas la última vez que estuvimos juntos? —preguntó.

—Sí.

—Pues desde entonces no... —confesó ruborizándose.

Le icé los brazos, golpeándoselos con el cuadro que habían repuesto por el que se rompió. La única diferencia estaba en que Joseph era más alto que María y ese detalle me estaba fastidiando la recreación.

—Agáchate —le pedí.

—Kate, estamos en la escena, según tú, de un crimen —recordó, todavía algo lento.

—¡Oh, vamos! —insistí. Joseph inclinó las rodillas y cuando el marco le quedó un poco más arriba de la cabeza lo detuve—. ¡Para!

Apoyé mi cuerpo contra el suyo presionándolo, le levanté los brazos y casi le arranqué la camiseta. Justo entonces el cuadro cayó al suelo y se hizo añicos. Le di la vuelta y lo empujé contra la mesa de la entrada, golpeándole el trasero. Me miró y al fin comprendió mi explicación. Saltó, sentándose sobre ella, me rodeó la cintura con las piernas y me sostuvo la cara. Movié la mano hasta mi nuca y me dio un pequeño empujoncito para acercarme a él, hasta que nuestros labios se unieron en un beso que consiguió estremecerme entera, pero me negué a que nada me distrajesse.

—¿Me crees ahora cuando te digo que algo huele mal? —pregunté, apartándome de él.

—Suena factible. ¿En qué piensas?

—Lleva esto a Allan —le entregué el cristal con las huellas—. Dile que es secreto y prioritario.

—Allan y yo no somos los mejores amigos —me informé.

—Bien, pues entonces lo llamo yo y quedamos con él en unas horas, cuando no haya gente en comisaría —acepté comprensiva.

Mi viejo y sátiro amigo se alegró sobremanera de que quisiese quedar con él a altas horas de la noche. Reí pensando cómo se vería su cara cuando se encontrase con que Joseph también acudiría.

—Nos vemos a las cuatro en la parte de atrás de la jefatura. Necesito hacer algo sola —le dije, intentando ser lo más creíble posible.

—No me fío de ti —alegó inseguro.

Entonces no tuve más remedio que utilizar algo que detestaba: mis armas de mujer. Me acerqué, le di un tierno y lento beso en los labios y le susurré:

—Te lo prometo.

Joseph me dejó en casa, no muy convencido. En cuanto se fue, regresé a mi auto, me aseguré de que no me seguía y me dirigí a un sitio al que hacía años que no acudía, pero se lo debía a Clea y a Lydia.

Los cementerios siempre me provocaban la misma sensación de tristeza. No podía olvidar a todos los que se habían ido, y con ellos a las personas que habían dejado solas, incluyéndome a mí. La tumba de Clea estaba más cerca de la entrada que la de Lydia. Tenía una bonita lápida de mármol con una sentida inscripción.

«Quererte ha sido fácil, olvidarte es imposible.

Clea Koff

Hija, hermana, amiga y compañera. Descansa en paz».

Las lágrimas se desbordaron de mis ojos, me senté en el césped y comencé a llorar destrozada.

—¿Estás mejor? —La voz de Carmen tras de mí me dio un susto horrible—. Por lo que le dijiste a Joseph, supuse que te encontraría aquí.

—Necesitaba verlas. La inscripción ha sido cosa tuya, ¿verdad?

—Sí, ya me conoces; me pueden las letras —sonrió—. ¿Puedo acompañarte?

—Claro, por qué no.

Cuando estábamos cerca del nicho de Lydia vi que alguien se alejaba corriendo por uno de los caminos contiguos al nuestro. Me pareció extraño que hubiera personas haciendo footing en un cementerio y giré la cabeza para observarla. Llevaba un chándal con una capucha gris que le cubría la cabeza, y un pantalón negro dirigiéndose a toda velocidad a la salida.

—Kate, ¡Dios mío! —gritó Carmen, recuperando mi atención.

La lápida de la tumba de Lydia apareció ante nuestros ojos destrozada, con restos de piedras por todas partes, y a un lado, un querubín con la cabeza rota con marcas de sangre tiñéndolo.

Carmen, por instinto, se agachó e intentó arreglar aquella barbarie.

—¡Paraaa, no toques nada! —le grité.

—¿Quién puede haber hecho esto? —se preguntó con el corazón encogido.

—Me temo que a quien querían lastimar no era a Lydia, sino a mí —le expliqué sacando el teléfono para llamar a Henry—. Necesito que vengas al cementerio. Luego te explico. Mil gracias, te debo una.

—¿Y a mí, me lo explicas a mí? —preguntó Carmen, al borde de la histeria.

—Quien lo ha hecho se lo ha tomado como algo personal, hasta el punto de dañarse las manos golpeando la piedra. He avisado al forense para que venga a recoger muestras de la sangre. Nadie querría hacerle daño a Lydia, ella siempre se portó bien con todos, y ya sabes que tras la muerte de Dick no hay parientes cercanos a los que este acto de vandalismo pudiese alterar. Quien lo hizo estaba pensando en molestarme a mí, lo que me indica que estamos cerca de algo. Pero ¿de qué? —Desentramé mis pensamientos a medida que se iban sucediendo en mi cabeza, y una vez que lo hube escuchado en alto no me pareció tan descabellado.

A los diez minutos llegó Henry, fresco como una rosa, dispuesto a ponerse manos a la obra de todo cuanto le ordenase.

—Sospecho que el autor de estos destrozos está relacionado de alguna forma con la muerte de María, ¿puedes tomar algunas pruebas? —le rogué.

—¡Claro, por ti haría cualquier cosa, Kate! Pero tengo que insistir en que María se suicidó. Me informaron hace un rato de que había mandado una carta de despedida a un familiar.

No logró convencerme. Una carta la podía enviar cualquiera.

—Me gustaría que me mantuvieses informada de lo que descubras, por favor —le pedí, a sabiendas de que si lo pillaban podía perder el empleo.

—Dime dónde estarás y te llevo los resultados en persona —se ofreció.

—Estaré en comisaría. Allan tiene que darme unas cosas también. Estoy abusando de todos —le sonreí—. Carmen, ¿vienes?

—¿Allan también está al tanto de esto? —preguntó desanimado.

Creo que se pensó que tan solo confiaba en él y se le había subido la autoestima, así que, como no quise desmoralizarlo, le mentí.

—No, es sobre otro tema. El nuestro es top secret —le susurré al oído, guiñándole un ojo.

El pobre tendría mucho coco para las ciencias, pero en el mundo real estaba un poco pegado. Cogió su caja con las pruebas y se fue contentísimo a trabajar aunque fueran las tres de la madrugada.

—¿Confías en él? —me preguntó Carmen cuando Henry ya no podía oírla.

—Clea lo hacía, y ella siempre tuvo mejor olfato que yo para las personas —respondí entrando en el coche y conduciendo hasta la jefatura.

Allan me aguardaba maqueado y dispuesto a pasar una noche de vértigo. Cuando me vio llegar con Carmen se puso serio, pero conociéndole, seguramente su calenturienta mente empezó a divagar en qué podía hacer con las dos a la vez. En el momento en el que se levantó, Joseph entró dando las buenas noches y terminando de aguarle la fiesta imaginaria que se acababa de crear.

—Sé que es demasiado, pero si no creyese que es importante no te lo pediría —me disculpé, sacando el cristal metido en una bolsa de pruebas y entregándoselo—. Esta puede ser la clave para resolver el asesinato de Clea. Necesitamos los resultados.

—¿Después de un año sin dar señales de vida vienes por aquí «acompañada» y a escondidas para pedirme que trabaje el resto de la noche? —frunció el ceño.

—Sí. Lo podría adornar un poquito alegando, en mi defensa, que estaba encerrada en un manicomio al que nunca viniste a verme, pero no creo que sea necesario recurrir al chantaje emocional —respondí irónica.

—Eso es trampa, todavía me debes una cena —me recordó.

—Te estaría muy agradecida —se interpuso Carmen rozándole la mano por la entrepierna y dejándome de piedra.

Allan, que no esperaba esta nueva posibilidad nocturna, se puso manos a la obra y nos dijo que aguardásemos su llamada; no sin antes darle el número a Carmen, claro está.

Nos marchamos a mi casa los tres. Carmen se acostó conmigo y Joseph en su ya conocido sofá, para descansar un poco antes de que Allan nos avisase.

Cuando me despertó, el rostro de Joseph vaticinaba malas noticias.

—Acaban de llamarme de comisaría. Ha habido un accidente —titubeó antes de continuar—. El laboratorio de Allan ha salido ardiendo.

—¿Y él, está bien? —se preocupó Carmen, adelantándoseme.

—Han hallado un cuerpo calcinado, pero se suponía que no había nadie trabajando a esas horas, así que no lo han identificado aún. Las puertas de seguridad estancas se cerraron, evitando que las llamas se propagasen al resto del edificio —nos informó mientras se le quebraba la voz.

—¡Los tres sabemos de quién es el cadáver!

Di un puñetazo al espejo de encima de la cómoda, rompiéndolo en mil pedazos y cortándome los nudillos, necesitaba sentir dolor.

¡No podía creer que aquello siguiese sucediendo!

Trece

Salí del anonimato y acompañé a Joseph a comisaría. Con toda la que había formada nadie reparó en mí. El pasillo que conducía hasta la zona de detección estaba perfecto, las puertas habían hecho bien su trabajo, creando un infierno en tan solo esa sala. No quise imaginar lo que tuvo que pasar Allan antes de morir.

Henry estaba analizando el escenario. El cuerpo todavía permanecía allí, calcinado e irreconocible. ¡Otra muerte con la que tendría que cargar! Los ordenadores estaban derretidos, el mobiliario destrozado y así podría seguir narrando una escena que parecía sacada del interior de un volcán. El cadáver de Allan se hallaba tirado en el suelo cerca de la entrada, colocado en posición fetal, seguramente para intentar cubrirse de las llamas. La escena era horrible.

—Henry, ¿dónde se inició? —preguntó Joseph al forense.

Yo no podía articular palabra, seguía sin creer lo que estaba viendo.

—Parece ser que se debió a un cortocircuito. Había demasiados cables enchufados a una misma línea eléctrica. Una tragedia que se podía haber evitado si las instalaciones fuesen un poquito más modernas —lamentó.

—¿Sabes si es Allan? —pregunté manteniendo la esperanza, hasta que vi el reloj de su muñeca. Pocas personas sabían que había sido el único regalo que le había hecho su padre, y que nunca se lo quitaba.

Vi a lo lejos aproximarse al nuevo jefe. No me sentía con ganas de conocerlo así que di la vuelta a la esquina y me marché a dar un paseo sin que Joseph se diese cuenta. Decidí visitar mi antro favorito del centro. «El camarero del Lobo Feroz creerá que estoy muerta», pensé. Cuando llegué a la puerta, me sorprendió hallarlo cerrado y con un precinto de la policía. En este último año habían pasado muchas cosas y no me había dado tiempo de ponerme al día. Una mujer regordeta con un traje de flores que pasaba por mi lado, se fijó en que estaba delante de la puerta mirándola y empezó a contarme sin que hiciera falta que le preguntara.

—Qué escándalo, ¿verdad? ¡Quién se iba a imaginar que tenía a esas dos mujeres emparedadas ahí dentro! ¡Menos mal que la última prostituta que trajo se defendió y logró escapar, si no continuaríamos con un asesino sin siquiera saberlo! —Igual que llegó se fue, hablando sola y echándose las manos a la cabeza. Sabía que el tipo no era muy de fiar, pero de ahí a ser un asesino iba un mundo. Lo que estaba más que claro era que mi instinto para detectar a los malos estaba defectuoso.

Regresé despacio a la comisaría para reencontrarme con Joseph, sin ganas de volver andando a casa. Desde que estaba de baja, mi sueldo no era tan boyante como para coger un taxi.

—¡Kate! —alguien me llamó desde la parte por la que introducían los cuerpos en la morgue.

Me dirigí hasta allí pensando que se trataba de Rich y sus locas ideas de que todo el mundo lo vigilaba, pero en cuanto giré la esquina y dejé de estar a la vista alguien me agarró por detrás. Forcejeé para zafarme, pero ya tenía un pañuelo cubriéndome la boca y la nariz. Me desvanecí antes de poder hacer nada.

Me desperté maniatada, desorientada y con un terrible dolor de cabeza. El lugar olía a humedad y a podredumbre. Intenté mirar a mi alrededor para ver si me ubicaba. Había mesas de acero parecidas a las de las salas de autopsias y una puerta con un indicador de temperatura, supuse que sería un frigorífico o un congelador, desde donde me encontraba no distinguía los números. Estaba en el suelo, amarrada a una columna. Tiré con fuerza de las cuerdas, pero lo único que conseguí fue que me sangraran las articulaciones.

Por los ganchos y los raíles del techo conjeturé que estaba en un antiguo matadero abandonado. Siempre pensamos que el Silenciador de Susurros era médico o algo similar, y nunca barajamos la opción de que fuese carnicero, cuando estos también poseen los conocimientos de anatomía necesarios y el pulso firme como para cometer tales atrocidades, pero ¿quién?

Las luces se apagaron y escuché que alguien se acercaba lentamente, me desataba y me levantaba de un tirón.

—¿Quién eres? ¡Ya va siendo hora de que nos conozcamos! —le reté, pero siguió en silencio.

Me resistí a seguirlo, pero algo frío rozó la piel de mi desnuda cintura y a continuación sentí como si me estuviese convirtiendo en un gigante espasmo muscular. No pude hacer otra cosa que dejarme caer chillando para que terminase aquella tortura. Conocía la sensación; se trataba de una pistola eléctrica de las que usábamos en la policía para reducir sin disparar. Lo sabía porque en la escuela me descargué una sin querer en la pierna y fue ese mismo dolor insoportable que estaba sintiendo en esos momentos, los cinco segundos más largos de mi vida.

Mi agresor me empujó y cerró una puerta. Cuando logré que mi cuerpo volviese a su estado normal, sentí un frío horrible calándome los huesos. Gracias al cielo solo me habían quitado el teléfono y el tabaco. Como era la número uno a la hora de perder mecheros siempre llevaba el de repuesto escondido en el sujetador. ¡Era la segunda vez que fumar me echaba un cable en una situación difícil! Lo encendí con dedos temblorosos, pero justo antes de lograrlo me golpeé la cabeza con algo que colgaba del techo, alumbré y vi medio ternero congelado asido a un gancho metálico. Busqué alguna forma de escapar de allí o de hacer una hoguera antes de morir de hipotermia. En una de las estanterías encontré un objeto de medio metro envuelto en papel. «Si no está demasiado húmedo podría quemarlo», pensé. Lo bajé y al comprobar su contenido se me cayó el encendedor, dejándome de nuevo en penumbra. ¡No pude evitar que mi estómago se revolviere levantándose arcadas!

—¡Vamos, Kate, tú puedes! —me animé a mí misma en alto.

Palpé el suelo hasta encontrar el mechero y deseé que lo que acababa de vislumbrar fuese fruto de mi imaginación; pero, a decir verdad, en la vida se me hubiera pasado tal cosa por la cabeza. Dentro del paquete había un micrófono de los sencillos

adherido a un pedestal de madera, con la diferencia de que este, a cada lado tenía colocada una oreja de carne; en el frontal, estaba adherida la parte de la cara que le faltaba a Ramón Lasso y en la bandeja que soportaba esta dantesca obra de arte, habían colocado con alambres dos manos en vertical.

Reconocí de inmediato la parte que pertenecía a Clea, me había tendido su mano en incontables ocasiones... ¡que este psicópata la tuviese de reliquia, de no sé qué extraño juego morboso, me resultó repulsivo!

Si antes quería atraparlo, ahora simplemente sentía la necesidad de ocasionarle el mismo daño que me estaba haciendo a mí.

Conseguí encender un fuego, y vi, aliviada, que el humo subía hacia una rendija superior, ¡al menos no moriría asfixiada! El congelador no era hermético, aunque si tardaba mucho en salir, terminaría por congelarme.

Escuché un disparo en el exterior, descolgué al descuartizado animal, cogí el gancho con la intención de clavárselo al primero que apareciese por la puerta y apagué lo que tanto trabajo me había costado encender para que no me descubriesen.

Al abrirse, hice exactamente lo que planeé, aunque cuando tenía levantada la improvisada arma y algo pesado cayó sobre mí derribándome contra el frío suelo de chapa. Me lo quité de encima de una patada y me retiré unos metros hasta golpearme contra la pared opuesta a la entrada. ¡Lo que fuese que me había tirado ahora tenía un boquete con un gancho clavado!

De pronto, el atronador sonido del motor del congelador se detuvo y las luces se encendieron. ¡Frente a mí, boca abajo, estaba el pobre Joseph!

—¡Joseph! —grité a la vez que corría a ayudarlo. La pierna le sangraba y para colmo le había apuñalado en un hombro y pateado la espalda—. ¿Qué demonios haces aquí? ¡Joseph, despierta, abre los ojos! —chillé desesperada.

Él hizo una mueca de dolor y entreabrió los parpados.

—Hola —balbuceó.

—¿Se puede saber qué haces aquí? ¿Cómo te ha atrapado? —Necesitaba que siguiese despierto. Al menos el frío había cesado, el problema es que ahora moriría desangrado en vez de congelado.

—Rich te puso un localizador en el teléfono —reconoció, intentando sonar divertido para evitar que percibiese lo que en realidad le dolían las heridas.

—¡Tienes que mirarte esa obsesión por perseguirme! Yo nunca me meto en líos —recriminé con una falsa sonrisa.

Joseph apoyó la cabeza en mi regazo. Le presioné el agujero del hombro con las manos y me fijé que también tenía demasiada sangre en la pierna, no sabía si la bala le había atravesado alguna arteria ni si moriría en segundos. Me quité el cinturón y le hice un torniquete utilizando el mismo punzón con el que le había agredido.

—Son dos, Kate, tienes que tener mucho cuidado —me advirtió.

—¿Viste a alguno?

—No, se dieron cuenta de que llegaba y debieron esconderse. Me dispararon y aprovecharon el momento en el que caí para cogerme por la espalda y meterme aquí —se lamentó—. Pero de lo que estoy seguro es que eran dos personas.

—Saldremos de esta —quise convencerlo y justo entonces Joseph reparó en la macabra figura del suelo.

—¿Eso es... lo que me imagino? —preguntó atónito.

—Sí, hemos encontrado los restos. Nos van a poner una medalla en cuanto se enteren —le dije mientras le acariciaba la cabeza.

Joseph cada vez respiraba con más dificultad, tenía el pulso débil y el torniquete llevaba demasiado tiempo puesto. ¡Debía pensar algo rápido! Se desvaneció y no pude volver a despertarlo.

Agarré la asquerosidad de micrófono binaural humano y grité a pleno pulmón.

—¡Voy a destrozarlo!

Como respuesta obtuve dos puñetazos al otro lado de la puerta, lo que quería decir que aquella cosa les importaba, así que continué por ahí

—¡Te juro que me tragaré cada trozo de carne si no abres esta maldita puerta! —amenacé dándome arcadas con tan solo imaginarlo.

La puerta se abrió y apareció una figura con capucha. Era un hombre e iba vestido de negro, llevaba unos estúpidos mocasines que me resultaron demasiado familiares como para no identificarlos. Le seguí el juego, sin que supiese que al conocer su identidad le acababa de sacar una ventaja abismal. Me pidió «la cosa» moviendo la mano en la que no tenía la pistola, sabedor de que si hablaba lo descubriría.

—No pienso entregártelo hasta que no liberes a Joseph —le advertí, pero él me apuntó con la pistola encañonándome la sien y agarrando el cacharro satánico. No obstante, estuve segura que si hubiera querido matarme ya lo habría hecho—. ¡Henry, o ayudas a Joseph o juro que te haré pedazos!

El encapuchado dio un respingo, asombrado de que lo hubiese reconocido, se quitó la capucha y sonrió.

—¡No creo que estés en condiciones de amenazarme, Kate!

—¿Por qué, Henry? ¿Qué te había hecho Clea y las otras víctimas? ¡Ella te quería! —bramé.

—¡Ella solo te quería a ti! Daba igual que le hicieras daño, no le importaba que te acostases con todo ser humano que apareciese frente a ti... Ella nunca me miró como otra cosa que un simple aprendiz que le estorbaba de vez en cuando. No lo comprenderías...

Juraría que la sombra de la culpabilidad cruzó por su mirada.

—Conocías a María de antes, ¿verdad? Sabías lo que era el ASMR porque ella te lo explicó, pero tenías que lucirte frente a Clea y lo dijiste. En el garaje de Beth, fuiste tú quien robo las pruebas. Y la bomba lapa, ¿qué te había hecho el pobre Petrosino? ¡No sé cómo no me di cuenta antes de que eras un maldito psicópata! —escupí.

—Fue un daño colateral. Debías de ser tú la que estuviese en ese coche, pero, como siempre, haces lo que te da la gana, sin pensar en las consecuencias... —me reprochó.

—Salías en el vídeo de casa de Ramón, preparaste los gases del cuarto de baño para aniquilarme. Fue a ti a quien vi saliendo del servicio en el bar y el que intentó envenenarme, pero te habían visto y no podías dejar testigos. No eres tan inteligente como crees. Por eso mataste a Allan, las huellas del cristal eran tuyas —le acusé.

—Lo único que quería era terminar contigo —admitió, sacando a relucir su lado espeluznante y maniaco.

—Pero ¿por qué tantas muertes? No eres tan inteligente para planear todo eso solo. El vino en casa de Joseph, limpiar las huellas... ¡No querías matar a Clea en un principio! ¿Qué cambió? ¿María te pidió que lo hicieras? —Henry se limitó a permanecer en pie, apuntándome, con el labio de abajo tembloroso—. ¡Di algo, maldito hijo de...!

Henry se abalanzó sobre mí y me dio un culatazo en la cabeza haciendo que la sangre corriese por mi cara.

—¡María no tenía que haber muerto! Ella solo creía en una entidad superior que le otorgaría las habilidades del resto de los asmrístas, y para ello necesitaba sus partes más importantes. Clea no debió haber hecho tan bien la sesión, pero claro, ¡la doctora Koff tenía que ser la mejor en todo lo que se proponía! Nos faltaba una pieza y ella fue la elegida —agregó, mientras se desvanecía en su mirada la poca humanidad que había vislumbrado en él momentos antes.

—¿Todo esto por un polvo? ¿La tumba de Lydia también la destrozaste tú? ¡Por eso viniste corriendo a llevarte las muestras de sangre! Lo que no entiendo es que hayas tenido cientos de posibilidades de matarme y no lo hayas hecho. ¿Qué te falta? Sé que todavía necesitas algo de mí —continuó, intentando que confesase.

Joseph habló de dos personas y aún me faltaba una por descubrir. Henry sabía mucho de mezclas químicas y de anatomía humana, pero mi especialidad era engañar a las personas y él estaba cayendo en mi trampa.

—Yo no era quien tenía que asesinarte, solo debía capturarte, pero no creas que no tuve ganas. Si hacía este altar para María y te entregaba a ti, mataba dos pájaros de un tiro: contentaba a ambas...

Justo cuando estaba concluyendo la frase, un disparo le atravesó la cabeza desde la nuca, salpicándome con su sangre. Henry se quedó en pie unos segundos y luego se desplomó.

Corrí a cubrirme por si el francotirador quería continuar sus prácticas de tiro conmigo. Cuando hubieron pasado unos minutos me levanté, le rebusqué en los bolsillos y cogí su teléfono, busqué nuestra ubicación y llamé a una ambulancia y a la policía.

En cuanto aparecieron los médicos, prepararon a Joseph aún inconsciente y al ir a subirme a la ambulancia una enorme mano me agarró el brazo y me detuvo.

—¡Es más necesaria aquí, inspectora Warne! Mandaré que a su compañero lo acompañe un coche como escolta, no se preocupe.

Mi interlocutor era un hombre de unos cincuenta y tantos años, con bigote blanco, arrugas en los ojos y cierto parecido a Papá Noel. Lo reconocí de haberlo visto en el pasillo de las dependencias quemadas de Allan.

—¡Señor! —saludé observándolo.

—No hemos sido presentados todavía y siento que deba ser en estas circunstancias. Soy el comisario Augusto Dupin. He oído hablar mucho sobre usted. No le cae bien a demasiada gente, pero creo que eso ya lo sabe. —Empezábamos bien—. ¿Qué ha sucedido?

—Es una larga historia, pero mucho me temo que todavía no ha terminado. Henry no trabajaba solo —le expliqué, mirando el cuerpo sin vida del becario de mi mejor amiga.

—Tenemos todo el tiempo del mundo. A partir de hoy está de regreso en el trabajo y, además, al mando de este caso. Ya nos hemos equivocado bastante —me informó, sorprendiéndome—. Kate, tan solo le pido una cosa: necesito que sea mis ojos y mis oídos, y que en cuanto terminen de analizar el escenario venga a mi despacho. La estaré esperando.

Esa última frase no supe exactamente cómo tomármela.

Una vez que terminamos de examinar el perímetro y de que los pocos técnicos que nos quedaban recogiesen las pruebas, pasé del señor Dupin y me fui directa al hospital a comprobar por mí misma cómo se encontraba Joseph. Llamé a Carmen varias veces y todas ellas su teléfono me decía que estaba apagado o fuera de cobertura. No me podía quitar de la cabeza las últimas palabras de Henry. «Contentaba a ambas». Resultaba evidente que lo eliminaron porque estaba hablando más de la cuenta.

Llegué al hospital manchada de sangre, despeinada, con la ropa sucia y rota, y cuando un enfermero me vio aparecer de esa guisa se me acercó corriendo con una silla de ruedas para que me sentase. La idea no me resultó nada descabellada, pero no tenía tiempo. El nuevo Papá Noel de la ciudad me esperaba y la tarde prometía ser larga. Le enseñé la placa al preocupado sanitario y le pregunté por la habitación donde estaba Joseph.

Al salir del ascensor y entrar en el pasillo de las habitaciones me quedé helada, pero ya era demasiado tarde para darme la vuelta. Me estaba mirando con evidente diversión, así que le eché valor y anduve hasta donde se encontraba, sentándome a su lado.

—¡Jefe! —fue lo único que se me ocurrió decir de nuevo.

—Tome un café, creo que lo necesita más que yo —me ofreció Dupin.

—¿Cómo sabía que le desobedecería? —pregunté sorprendida.

—Llevo más años de los que pueda recordar en este trabajo, y he conocido a muchas Kate Warne en ese tiempo. Antepone su corazón y su cabeza a su deber y eso es peligroso para usted y para los que la rodean. No niego que en otras ocasiones sea efectivo, pero si quiere continuar trabajando en esto tiene que hacerme caso, de lo contrario lo sabré —concluyó guiñándome un ojo. Era la primera vez que me amenazaban con despedirme como si me estuviesen ofreciendo golosinas—. Su compañero se encuentra bien, si no le hubiera practicado el torniquete estaría muerto. Le doy quince minutos y nos vamos a comisaría. La espero aquí.

—Gracias, señor —le dije, pensando en la manera de escaparme a casa y darme una ducha.

—Las ventanas están cerradas, la única salida es la puerta, ¡no lo intente! —me advirtió como si me estuviese leyendo el pensamiento. Me dio un poco de miedo.

Joseph estaba inconsciente, con el hombro y la pierna vendados. Le di un beso en los labios, le acaricié el flequillo y lo dejé descansar, lista para enfrentarme a Dupin.

Si había algo que tenía claro era que aquello no había terminado.

Catorce

Llevé a mi nuevo jefe a comisaría. La verdad es que me cayó relativamente bien. En cuanto entró en el coche me ofreció un cigarro y él se encendió otro, sin preguntarme si podía hacerlo. Lo seguí por los pasillos de la jefatura de policía con la cabeza agachada, me sentí como cuando en el instituto te llaman para ir al despacho del director. Todo el mundo se detenía a nuestro paso y se nos quedaba mirando, sin decir nada. Nos saltamos su oficina y carraspeé.

—Señor, es ahí detrás —le indiqué.

—¿Tan mayor me ve que piensa que no puedo encontrar mi propio despacho? —preguntó y continuó andando hacia el ascensor que bajaba a la morgue.

Pulsó el botón de esa planta y entonces se me formó un nudo en la garganta que casi me impidió respirar. A medida que nos acercábamos a la puerta fue como si la sogá se cerrase más.

Una mujer con bata blanca, melena negra lacia por debajo de los hombros, y un corte anticuado, se hallaba de espalda a nosotros analizando muestras en el microscopio. Para mí era una intrusa que usurpaba el laboratorio de mi amiga, y desde ya, sin conocerla, me cayó mal.

—Doctora Bisel —saludó Dupin.

A la chica, al oírlo, se le cayó al suelo el tubo de ensayo que tenía en las manos. Cuando se giró, su aspecto no mejoró demasiado. Llevaba un flequillo que casi le cubría los ojos, unas enormes gafas rojas, feísimas, y tenía una cicatriz en la mejilla que intentaba ocultar colocándose el pelo con la raya hacia ese lado, además, poseía unos intensos ojos marrones y una nariz respingona. Creo que era lo único que resultaba bonito en esa chica. El mayor problema fue cuando habló.

—Señor Dupin, no le esperaba. —Su tono alcanzaba decibelios por encima de la gente normal. Tenía ese tipo de voz que no soportaba y que lastimaba los tímpanos.

—Le presento a Kate Warne. Lleva el caso del Silenciador de Susurros. A partir de ahora y hasta que el señor Bell se recupere, serán compañeras —informó, cogiéndonos a ambas por sorpresa.

—¡Señor, yo nunca he hecho trabajo de campo! —confesó nerviosa.

—Y a mí no me hace falta nadie que me entorpezca —añadí.

—Es posible, pero se les escapa un pequeño detalle; el que manda aquí soy yo y harán exactamente lo que les ordene —dictaminó—. Ahora pónganos al día, tanto a su nueva compañera como a mí, por favor.

—Señor, si le sucede algo a la rata de laboratorio estando ahí fuera no me consideraré responsable —le amenacé antes de relatar todo lo sucedido, hasta que llegué a una parte que comprendí en el mismo instante en el que lo decía—. Claro, ¡por eso tenía tanta prisa en traer aquí las pruebas!

—¿Comparte con nosotros sus elucubraciones? —sugirió Dupin.

—El día que Clea grabó el vídeo para tender la trampa al asesino, Henry no estaba presente. Vino para piratear las barreras que Rich le había puesto y para que fuésemos nosotros los que cayésemos en su engaño. La caja con las ratas le fue fácil de introducir en comisaría; nadie le preguntaría ni vería raro que anduviese con cajas. Lo que no sabía era que Clea amaba a todos los animales y que en vez de traumatizarla, lo que hizo fue traerle unas mascotas. ¡Maldito hijo de perra! —exclamé frustrada.

—Relájese, Warne. La mejor forma de honrar la memoria de la doctora Koff es dilucidar todo lo ocurrido y sé que juntas lo conseguirán. Quiero que vayan a analizar la casa de Henry. El señor Skrenta tiene los datos, acudan a él antes de irse. —Fue lo último que ordenó antes de marcharse y dejarme a solas con aquel bicho raro de la naturaleza.

La usurpadora se quitó la bata dejando al descubierto un ridículo e incómodo vestuario. Llevaba zapatos con un pequeño tacón, una falda ancha de embudo que le cubría las rodillas y una camisa blanca, más fea que pegarle a un padre.

No pude evitar suspirar profunda y sonoramente.

—Siento que tengas que cargar conmigo —lamentó, haciéndome sentir culpable y mala persona.

—No es nada. Vamos a ver a Rich —respondí incapaz de disculparme.

Rich me recibió con un exagerado abrazo.

—¡No sabes cuánto me alegro que estés de vuelta! —exclamó.

La verdad es que después de la muerte de Allan y Clea, él era el único amigo que me quedaba en comisaría, al menos hasta que regresase Joseph.

—¿Tienes algo para mí? —pregunté, ignorando a Sara.

—Hola, me llamo Rich —se presentó—. ¿No nos hemos visto antes? —indagó intrigado.

—No creo, acabo de llegar hoy. Estoy segura que me acordaría de tu cara —respondió Sara, halagándolo.

«Así que al bicho le gustaban los jovencitos», pensé.

—Esta es la dirección de Henry, pero hay algo que deberías saber. El tipo no era el tonto que pensábamos. He estado investigándolo. No se llamaba Henry sino Roque, y como me suponía, no tenía ninguna carrera de técnico forense. Él mismo hackeó su currículum y se hizo con un carnet de identidad falso.

—¿Y quién era en realidad? —preguntó Sara, intrigada.

—Un químico que casi pillaron por tener un laboratorio de drogas. Nunca pudieron demostrar su culpabilidad y quedó libre. Después de aquello se perdió su rastro.

Quince

Me marché de comisaría con el troll pisándome los talones.

—¿Tienes coche?

—No, no tengo carnet de conducir —reconoció, encogiéndose de hombros.

Me detuve en mi casa, me di una ducha rápida y me cambié de ropa. Lo necesitaba si iba a tener que trabajar toda la noche. A Sara la dejé esperándome abajo. Me negaba a subirla, y menos estando en el estado en el que se encontraba. ¡Después de que entrasen y de que me secuestrasen no es que hubiese tenido demasiadas oportunidades de adecuarla!

Llegamos a la dirección que nos facilitó Rich. Desde fuera, parecía una bonita vivienda de dos plantas con una buhardilla en la parte alta. Sara me hizo ponerme unas bolsitas en los pies y los guantes antes de entrar, para no contaminar nada. ¡La noche iba a ser larga!

Como no confiaba ni en mi sombra, le dejé bien claro que estaríamos juntas en todas las habitaciones y que haríamos el registro a la par. Estuvo totalmente de acuerdo; para mí que le daba miedo quedarse sola y que, al contrario de sentirse ofendida por mi desconfianza, le tranquilizaba tenerme cerca.

Empezamos por la cocina. Sara traía los informes de Henry de los productos utilizados para producir las bombas de gas, no es que sirviesen de mucho porque eran pruebas contaminadas, pero al menos tendríamos por dónde empezar. En el frigorífico, los ojos se me fueron solos hacia una botella de cristal con una llamativa etiqueta naranja que rezaba: «Veneno, no beber». ¿En serio alguien podía ser tan estúpido como para guardar algo que podría matarle junto a la leche?

Cada vez tenía más claro que Henry había sido solo una marioneta, y que el titiritero era el verdadero artífice de toda esta locura.

Al subir a la buhardilla, localizamos su escondite del terror. Sobre una mesa de plástico, cubierta por un mantel de florecitas, Henry almacenaba decenas de herramientas quirúrgicas, desde bisturís a martillos e incluso una motosierra circular, con la que supuse que cortó el pie de Beth. O no era demasiado cuidadoso o pensaba que nunca daríamos con él, porque no había perdido el tiempo en limpiarlos. Estaban cubiertos de sangre por todas partes. Saqué fotografías de cada uno y Sara tomó muestras de sangre y huellas, embolsó lo que pudo e introdujo en cajas los más grandes.

—¡Marchémonos de aquí! Creo que lo tenemos todo —sugirió Sara, sudando demasiado. El maquillaje se le había ido quitando debido al calor y el aspecto de la cicatriz de su cara empeoró.

—¿Estás bien? —me preocupé.

—Sí, es solo que nunca he salido de un laboratorio. Cuando me llegan las pruebas las veo como simples herramientas que tengo que analizar. Contemplarlas de este modo no es lo mismo —confesó turbada.

—Soltemos esto y continuemos mañana —acepté, más comprensiva.

Al bajar las escaleras, vi la puerta del dormitorio de Henry, o como se llamase, abierta. No habíamos entrado en ella y la curiosidad me pudo—. ¡Un segundo!

En los armarios se alternaba ropa de mujer con la de hombre. Seguramente María había empezado a mudarse para formar una tétrica pareja de psicópatas, pero, por si acaso, le dije a Sara que cogiese muestras de pelos rubios que había en una chaqueta.

Soltamos las pruebas en el laboratorio, y me fui con Joseph, a pasar la noche en la cómoda silla de hospital que tenía junto a su cama.

Las enfermeras venían cada tres horas a mirar sus constantes, a cambiarle el gotero y a inyectarle medicación. El torniquete que le realicé, tal y como sospeché, estuvo demasiado tiempo en su pierna y le iba a costar un tiempo recuperar la movilidad al cien por cien. Me consolaba que estuviese vivo y esperaba que a él también.

Me marché antes de que se despertase, así que le dejé una nota en la mesita de noche.

«Roncas como los osos. Kate».

El romanticismo nunca fue mi fuerte y esta era mi forma de demostrarle mi afecto. Me detuve en la cafetería en la que Clea compraba el café por las mañanas, aspiré el aroma y recordé su sonrisa. Realmente la echaba de menos.

—¿Tienes algo? —pregunté a Sara nada más entrar en el laboratorio.

—Sí, las huellas son las del tal Roque, y la sangre pertenece a varias personas mezcladas. El que contiene un único ADN es este punzón de aquí.

Al verlo, reconocí el instrumento con que había matado al pobre camarero.

—Por lo visto, el jefe usa tecnologías modernas. Me ha mandado un mensaje esta mañana para que recorramos de nuevo todos los escenarios, y que intentemos encontrar una pista que nos conduzca hasta su cómplice —informé.

Que el vejestorio me notificase las órdenes a través del móvil, me cogió por sorpresa, pero después de estar un rato en su compañía ya había descubierto que no era un hombre demasiado... llamémosle, común.

Acudimos primero a casa de María. Joseph y yo la habíamos escudriñado y sabía que tardaríamos poco tiempo en terminar, como la última vez fue de manera extraoficial, tuve que hacer la pantomima de volverlo a analizar.

Llevaba desde que me había despertado llamando a Carmen, sin obtener respuesta. Si al concluir el día no tenía noticias suyas iría a buscarla; estaba empezando a preocuparme, y me negaba a creer que ella hubiese tenido algo que ver con todo esto.

La calle del domicilio de Ramón estaba tan concurrida como siempre. En cuanto los vecinos nos vieron aparecer comenzaron a preguntar y al ver que subíamos las escaleras hubo algunos que hasta se quedaron esperando en el portal. ¡La gente allí se aburría bastante! La casa había permanecido cerrada todo el tiempo, y juro que todavía podía oler los productos de limpieza que casi me matan, o a lo mejor era solo fruto de mi imaginación. El caso es que tampoco hallamos nada y nos fuimos a la impresionante mansión de Elvira. De todas, era la vivienda que más me llamaba la atención. No imaginaba lo sola que se podía sentir aquella mujer viviendo en un sitio tan enorme.

Bajamos al sótano secreto donde todavía continuaban las manchas de vino y sangre en el suelo. Me di cuenta de que hubo algo que nunca pensé. ¿Cómo una chica como María pudo reducir a estas personas con la suficiente fuerza para suministrarles la droga? Entonces recordé las copas de vino.

—¿Sabes algo sobre el ASMR? —pregunté a Sara.

—Lo que he leído en tu informe; poco más —reconoció.

—Vamos a ver a Rich, necesito que busque algo —le indiqué.

Sara parecía más animada que el día anterior. En parte, me daba un poco de pena. Era su primer caso fuera de cuatro paredes y la compañera que le había tocado no es que resultase demasiado cordial. Sentía curiosidad por saber cómo se hizo lo de la cara, pero no teníamos tanta confianza como para preguntarle, ni yo pensaba dársela, así que me quedaría con la duda.

—¡Rich! —Tuve que gritar para que me oyese porque lo pillé con los cascos puestos, escuchando música mientras trabajaba.

—No sé si enfadarme o alegrarme porque vuelvas a retomar tus viejas costumbres —sonrió después de saltar de la silla, asustado.

—En ASMR a veces hacen vídeos en conjunto, ¿verdad? —pregunté sabiendo que él estaba muchísimo más puesto que nosotras en el tema.

—Sí. Los asmrístas suelen hacer colaboraciones, que es como se llaman.

—Busca en el canal de María si tiene alguna con las víctimas —le pedí.

—¿Cómo no lo habíamos pensado antes? ¡Eres la mejor! —concluyó exultante, al cabo de unos minutos de búsqueda—. ¡Aunque hayan eliminado los vídeos, se dejaron los comentarios! Pensarían que no los buscaríamos o simplemente se les pasó. María había hecho vídeos con las tres víctimas asmrístas.

—¡Los conocía a todos! No es de extrañar que si se dedicaban a esto, vivían en la misma ciudad y les apasionaba lo que hacían, colaborasen entre ellos —admitió Sara.

—¡Es fácil ver las cosas una vez que están resueltas! —me defendí, dejándola avergonzada.

—Lo siento. Imagino por lo que has debido pasar —se disculpó, enfadándose todavía más.

—¡No sabes nada de mí! —le grité saliendo de la habitación.

¡Necesitaba con urgencia un pitillo!

Rich intentó tranquilizarme poniéndome una mano en el hombro

—Kate, ella no es tu enemigo.

—Lo sé, pero estoy cansada de todo esto. ¡Solo quiero que termine! —me sinceré teniendo un momento de debilidad mientras se me llenaban de lágrimas los ojos.

Dieciséis

Me marché de allí dispuesta a tranquilizarme. Fui a ver a Joseph al hospital, pero me topé con la sorpresa de que no se encontraba solo. Una mujer de treinta y pocos estaba sentada sobre su cama y la complicidad con la que se miraban me dio qué pensar; ¡aquellos eran más que amigos! Las manos con los dedos entrelazados no es que indicasen lo contrario...

Preferí no interrumpir y me fui a mi casa para intentar descansar un poco antes de afrontar otro día de lucha.

No obstante, no logré quitarme de la mente la expresión de los ojos de la visita de Joseph, ni tampoco borrar la sonrisa de él al contemplarla. Sabía que había pasado fuera más de un año y que cuando me fui no teníamos nada serio, pero verlo con otra hizo mella en mi dolorido corazoncito. ¡Vamos, que me sentó como tres patadas en el estómago!

Me acosté algunas horas antes de volver a verle la cara a mi nueva compañera y decidí que hablaría con Joseph cuando saliese del hospital, pero que por el momento se acabarían las visitas. ¡Ya tenía suficiente con todo lo que estaba sucediendo, como para añadir más preocupaciones!

Esa noche, soñé con Lydia. Nunca olvidaría el día que le dispararon justo delante de mí, sin que pudiera hacer nada para evitarlo. Reviví el instante en que caía cientos de veces, y en cada uno de ellos me sentí igual de inútil e impotente.

El dichoso sonido del teléfono me despertó, avisando que era hora de volver al curro. Salí de casa sin ganas, dejándolo todo hecho todavía un desastre. Me dirigí a comisaría a hablar con Dupin para intentar convencerlo de que me quitase a aquel pato mareado de encima antes de que le pegase un balazo.

Había recitado mentalmente el discurso que tenía pensado soltarle sin respirar, pero cuando entré en el despacho la mosquita muerta ya estaba allí haciendo justo lo mismo que yo intentaba: librarse de mí. Carraspeé y me planté delante de una temblorosa Sara. ¡Si las miradas matasen, yo ya estaría en prisión!

—Buenos días. ¿Ocurre algo? —pregunté irónica.

—Hola, Warne, por lo visto su nueva colega no está del todo cómoda trabajando con usted —me informó Dupin, vendiendo a Sara.

—El sueño de mi vida tampoco es lo que se dice estar a su lado —suspiré.

—Tienen veinticuatro horas para revisar las pruebas de este caso, terminar de analizar los domicilios de las víctimas y traerme algo. De lo contrario tendrán en común el desempleo —concluyó sin alzar el tono de voz, cosa que me dio más miedo todavía.

Sara y yo salimos sin dirigirnos la palabra ni mirarnos. No pensaba ser yo la que rompiera el silencio puesto que fue ella quien se adelantó a presentar las quejas. Vale que mi intención era la misma, pero ella llegó antes, que es lo que cuenta.

—¿Vamos al domicilio de la tercera víctima? —preguntó por fin Sara.

—Beth, se llamaba Beth —la corregí—. Si dejas de verlos como personas, acabarás por perder la humanidad.

—Según cómo lo mires. Yo creo que si las veo como personas me volveré loca —rebatí, no sin su pizca de razón, aunque no pensaba concedérsela.

La casa de Beth también había estado cerrada. El césped estaba seco y descuidado y la puerta del garaje, abierta. Los gatos se habían adueñado del lugar. Después de inspeccionar sin obtener nada, me senté en un pequeño columpio que colgaba de un árbol y comencé a balancearme, intentando aclararme las ideas.

—Ya no nos queda donde mirar. ¿Alguna sugerencia? —pregunté a la confusa Sara.

—A decir verdad, eso no es del todo cierto.

—Explícate, no muerdo —apremié.

—Falta el domicilio de la doctora Koff.

¡Sentí como si me tiraran un jarro de agua fría sobre la cabeza!

—¡No tenemos nada que hacer allí!

—Warne, si tu relación con la víctima va a interferir en el caso, quizá deberías quedarte a un lado —me aconsejó, sacando un valor que no aparentaba.

Me levanté con los puños cerrados, clavándome las pocas uñas que tenía en la piel de la palma de la mano, levanté el brazo con la intención de estamparle un golpe en la cara y justo cuando mis ojos se posaron en los suyos, me di media vuelta y aticé al pobre árbol que no tenía culpa de nada.

—¡Vamos! —le grité.

—¿Dónde?

—A casa de Clea, voy a demostrarte que allí no hallarás nada de nada, para después poder regodearme en tu error —repliqué subiendo al coche.

Saqué las luces de policía, puse la sirena y conduje como una loca atravesando la ciudad. Cuando montaba turno de vigilancia con Lydia y estábamos enfadadas porque el Pato nos mandaba a las peores zonas, nos desquitábamos haciendo eso. Miré por el rabillo del ojo a mi copiloto a ver si iba a echar la papilla y me sorprendí al pillarla con una sonrisa. ¡Encima estaba disfrutándolo! Rabiosa, apagué las luces, quité la sirena y moderé la velocidad durante los pocos kilómetros que nos quedaban para llegar.

Las llaves seguían dentro de una maceta de plástico que colgaba junto a la puerta. Clea vivía en una casita con un pequeño jardín en la parte trasera, una sola planta y el sótano en donde apilaba montañas de libros.

La madre de mi amiga venía con asiduidad a cuidar las adoradas plantas de su hija y a ocuparse de que todo estuviese en perfecto estado, como si esperase que algún día fuera a regresar.

Introducir la llave en la cerradura y escuchar el clic que hizo al abrirse me encogió el corazón, pero cuando puse un pie dentro sentí que la sangre se me helaba y que el pulso se debilitaba. Tuve que agarrarme a la pared para mantener el equilibrio.

—¿Estás bien? —se preocupó Sara.

—Sí, acabemos rápido con esta estupidez —la apremié, mostrándole mi desagrado.

No pude evitar que los ojos se me fueran a una botella transparente con un líquido rojo que Clea guardaba en una estantería del salón. La cogí y entonces los recuerdos de tiempos mejores surgieron en mi cabeza, sucediéndose a una velocidad vertiginosa y provocando que mi mareo se incrementase aún más. Me senté en el sofá y permanecí quieta, mirando el vidrio durante algunos minutos, mientras Sara me observaba con paciencia.

—¿Qué tiene dentro? —quiso saber, acomodándose en la butaca de enfrente.

—Un lagarto. Este licor se lo trajimos Lydia y yo a Clea de uno de nuestros viajes. Ella no bebía alcohol, pero siempre decía que la abriría el día de mi boda y la terminaríamos, con bicho incluido —respondí con la voz entrecortada.

—¿Lydia era tu anterior compañera?

—Sí, eso y mucho más. Ella era mi amiga, mi pareja, mi amante, quien me cubría las espaldas... sin embargo, yo no supe hacer lo mismo —me lamenté.

Abrí la botella y le di un largo trago, aquello sabía igual de mal de lo que aparentaba.

—Ya no ocurrirá nada de lo que esperábamos, no veo por qué seguir guardándola.

—¿Qué le sucedió?

En cualquier otra circunstancia hubiera dicho mi ya conocida frase de «es una larga historia», pero esta vez necesitaba narrarlo en voz alta y me daba igual quien estuviese escuchando.

—Trabajamos infiltradas en un caso. Nuestra misión consistía en desarticular a uno de los grandes distribuidores de drogas de la ciudad. No queríamos a los típicos camellos de tres al cuarto, perseguíamos el premio gordo. Nos hicimos pasar por niñas ricas drogadictas que querían repartir el material entre sus conocidos sin que tuviesen que relacionarse con gentuza en la que no confiarían. Necesitábamos grabarlos y recopilar pruebas suficientes para meterlos entre rejas el resto de su vida, y descubrir quién se escondía detrás de la droga, el cerebro pensante de toda aquella organización era nuestro objetivo. Si lo cazábamos habría muchísima menos droga en nuestras calles —le expliqué, intentado no emocionarme.

—Parece que tenáis todo controlado, ¿qué falló? —me interrumpió Sara.

—A veces se me olvida que los sentimientos entran en juego en todos los trabajos, que no somos robots y no podemos desconectar nuestra humanidad así porque sí —lamenté—. Lydia tenía un hermano, cuatro años más pequeño que ella. Era un chico divertido, extrovertido y bastante sociable que se juntó con malas compañías. Ni ella ni yo nos dimos cuenta de lo que le estaba pasando hasta que no lo encontramos en su habitación con una jeringuilla en el brazo, muerto por sobredosis. Desde ese día Lydia cambió, su mirada se tornó gris y su sed de venganza superó a la razón. En cuanto nos comunicaron que los traficantes a los que espíamos tenían la misma partida de droga con la que murió su hermano, el caso dejó de ser un trabajo y se convirtió en su vendetta personal.

—Yo hubiese hecho lo mismo —afirmó Sara que permanecía sentada en el sofá, con la espalda rígida y con las manos se aguantaba en un pellizco el dobladillo de su larga y anticuada falda. La miré y suspiré.

—Deberíamos empezar a analizar la casa.

—¡No! —exclamó contrariada—. Perdona, pero tu relato me pica la curiosidad. Parece una película policíaca.

Me pidió la botella y se zampó un sorbo considerable.

—Lo de su hermano ocurrió un año después de que los padres de Lydia sufriesen un accidente de tráfico —acepté seguir—. Ella se había prometido que lo cuidaría; tan solo nos tenía a él y a mí. ¡Sentía que le había fallado y necesitaba resarcirse atrapando al jefazo de los chanchullos! El día que Clea confirmó que era la misma droga tendría que haber hecho algo. Debí detenerla y dar conocimiento a Dick de lo que estaba pasando por su loca cabecita. La primera vez que Lydia se metió una dosis me di cuenta de que se me estaba yendo de las manos.

—¿Por qué no lo hiciste?

A Sara le faltaban las palomitas para sentirse en el cine.

—Porque la amaba, porque Lydia conseguía que mis días grises brillasen, cambiaba mi llanto por sonrisa y cuando esos preciosos ojos azules me miraban y sus pelirrojas pestañas parpadeaban, ya se podía terminar el mundo que yo no me daba cuenta. ¡Nunca le negué nada de lo que me pidió! Podía llegar a ser muy convincente.

—¿Te gustan las mujeres? Creí que tú y el detective Bell teníais algo —sugirió ruborizándose.

—¡Me enamoro de la persona, no del sexo! —aclaré—. El sexo es parte del placer y para alcanzarlo hay muchas vías. Yo amaba a Lydia porque era Lydia, no por ser mujer —expliqué, alzándome de hombros.

—Disculpa si te he importunado.

—¡Bah, no pasa nada! Creo que en los últimos meses dejé de ver en ella las cualidades que me habían conquistado y empecé a vislumbrar otras que me asustaban. El día en el que debíamos atrapar al pez gordo nos escondimos sobre el techo de un contenedor que acababan de bajar de un buque de carga clandestino, en un muelle privado. Yo vigilaba con los prismáticos cuando me golpearon en la cabeza y quedé inconsciente. Al recobrar me, Lydia no se encontraba a mi lado. La vi en el centro del muelle, apuntando con una pistola a un tipo gordo enchaquetado mientras otros tres la apuntaban a ella con metrallas. Salté rápido y fui a ayudarla. Envié un mensaje con nuestra ubicación a comisaría y recé para que los refuerzos no tardasen en llegar. Aguardé tras unos barriles sin que me viesen, lo bastante cerca para volarles la cabeza a los gorilas si se movían un milímetro. Entonces Lydia empezó a gritarle al mafioso: «¡Esto es por mi hermano!». Le abrió la boca con el cañón de la pistola y apretó el gatillo, volándole la cabeza. Lo siguiente que sucedió fue una lluvia de balas. ¡Maté a los tres hombres, pero no pude evitar que antes le disparasen a ella! Nuestras miradas se cruzaron un segundo antes de que cayese al mar y de que oyese las sirenas...

Cuando terminé de contar la historia, la botella de licor estaba vacía y mis mejillas húmedas por las lágrimas.

—Lo siento, de verdad. Debiste pasarlo muy mal —intentó consolarme, poniéndome la mano en la rodilla, algo que me incomodó.

Un sonido me puso alerta de golpe, logrando que recuperara la serenidad.

—¿Has oído eso?

—No he escuchado nada, estas nerviosa. Deberíamos irnos y regresar mañana — me persuadió Sara, tomándome por loca.

La ignoré y busqué por toda la casa sin encontrar a nadie.

De pronto, oímos el arrastre de una silla de madera. El ruido provenía del sótano. Sara me agarró el brazo, aterrada, literalmente, pero me zafé de ella y bajé a investigar.

Carmen estaba atada a una silla con evidentes signos de tortura y la boca tapada por un trapo ensangrentado. De cintura para arriba llevaba solo el sujetador y le habían hecho cortes en la cintura y los brazos. Sobre la mesa que Clea solía usar de escritorio habían cambiado los lápices por objetos quirúrgicos.

Carmen, al verme, se puso como loca y para cuando llegué a su lado y le quité la mordaza intentó advertirme.

—¡¡Cuidado, Kate, es ella!!

Atónita, me giré y me topé con Sara. En una mano sostenía la botella vacía y con la otra, una pistola apuntándome.

—¿Tú? No me hagas reír —me burlé.

—¡¡Kate, es ella!! —volvió a chillar, histérica, la pobre Carmen.

Con una puntería asombrosa, Sara le disparó justo en el centro de la frente. La bala atravesó la cabeza y lo llenó todo de sangre.

—¡Estás loca! —bramé, incrédula, ante lo ocurrido—. ¿Quién mierda eres?

Sara rompió la botella contra la mesa y el lagarto voló por el aire. Se metió un dedo en el ojo y sacó una lente de contacto, dejando a la vista un iris azul cielo con pequeñas manchas amarillas.

Retrocedí, ahora sí, llena de pavor. Se arrancó la peluca negra, dejando libre su maravillosa melena de color naranja.

—¿No te alegras de verme?

Seguí en estado de shock. La voz le había cambiado y esa sí que la reconocí, aunque a esas alturas ya no hacía falta.

Con teatralidad, se arrancó la piel postiza que le cubría parte del rostro y pude contemplar al completo la cicatriz. Su mejilla, llena de protuberancias, le desfiguraba la cara dándole una apariencia terrible.

—¡Estás viva! —musité estremecida.

—¡No gracias a ti! —me escupió.

—Te vi caer al mar. Pensé que estabas muerta. Los buzos te buscaron durante días y no encontraron ni rastro de tu cuerpo. —Intenté asimilar la información, estaba desconcertada por volver a verla.

—Eso fue porque uno de los químicos me rescató antes que vosotros.

—¡Henry!

—El mismo. Henry se encargó de cuidarme y de curarme las heridas, pero no pudo hacer nada con esto —replicó con amargura, señalándose la cara.

—¡Fui a tu entierro! ¡Casi me vuelvo loca! —reaccioné, cabreada.

—¡Yo no diría tanto! He estado espíandote y no se puede decir que hayas perdido el tiempo ni llorado mucho —criticó, mordaz.

—¡Mataste a Cressida! ¡Me hizo la vida imposible durante años por no haberte salvado! ¡Ella deseaba que la que hubiese estado muerta fuese yo en tu lugar!

—¿Ella? ¡Tendría que haberle hecho una foto la noche que me vio en la nave! Le envié un mensaje anónimo diciéndole que sabía quién era el asesino, que viniese sola y esa estúpida prepotente obedeció. ¡Siempre se creyó superior a los demás!

—¡Era tu única familia!

—¡¡No!! ¡Mi hermano lo era! ¡Ella debió prestarnos más atención en vez de estar tan centrada en su propio culo, salvando a esta mierda de ciudad! Le enseñé el cadáver de la pobre y delicada Clea y comprendió que a la que estaban buscando no era otra que a su queridísima sobrina muerta. Ella misma se ofreció para sacrificarse con la condición de que me detuviese. Increíble...

—¿Todo esto sigue siendo por él? ¿De verdad crees que la venganza te va a justificar? ¿Qué culpa tenían esas pobres asmrístas?

—¡Les tocó! —Su risa despiadada me dio miedo. No la reconocía, no era su aspecto lo único que había cambiado. Aquel día Henry olvidó recuperar su corazón del mar—. Henry se enamoró de esa niña caprichosa que tenía esas descabelladas ideas de que si les quitaba las partes a sus competidores, obtendría sus facultades, y yo necesitaba un caso lo bastante interesante como para captar tu atención. Luego solo tuve que sumar dos más dos.

—No entiendo. ¿Por qué todo este desvarío?

—¡Por ti! ¡Tú tienes la culpa de todo! Clea quiso ser tu pareja incluso antes de que me matasen. ¡Por favor, si en mi funeral no te soltó ni un momento!

—¡Me estaba consolando, maldita psicópata! ¿Y Carmen? ¿También quería liarse conmigo?

—No, ella ha sido un daño colateral. Siempre fue muy perspicaz y después de que destruyese mi falsa lápida siguió mis pasos hasta aquí. No me quedó más remedio que matarla.

—¡Y torturarla!

—Un placer añadido a la diversión. ¿Recuerdas la mujer que viste la otra noche en el hospital con tu querido Joseph?

—¡Cómo le hagas daño te juro que...!

—¡No estás en situación de amenazar a nadie, Kate! En este último año, mientras has estado en ese psiquiátrico, hemos hecho buenas migas tu amiguito y yo. Nunca hemos llegado a acostarnos, pero en el momento en el que descubra que su amor es una asesina en serie caerá rendido a mis pies.

Rabiosa e impotente, cogí un bisturí de la mesa y se lo lancé. Lydia cayó al suelo intentando esquivarlo y perdió la pistola. Corrí a arrebatarla, pero me tiró con fuerza de la pierna y me golpeó la cabeza contra los escalones, dejándome atontada. Se colocó sobre mí y me agarró las manos contra el suelo. El arma estaba entre su mano y la mía. Para mi ventaja, Lydia había perdido peso en estos años, mientras que yo soltaba adrenalina peleándome con grandullones. Levanté la cabeza y le golpeé la suya con toda la fuerza que pude, arrancándole un grito de dolor. Soltó un poco mi agarre, lo suficiente para liberarme un brazo. Tenía el bisturí clavado en su hombro y se lo introduje con un gesto certero. Balanceé mi cuerpo y cambiaron las tornas; en esta ocasión era yo quien estaba sobre ella. Lydia me miró, sonrió con sadismo y con la mano libre se arrancó el bisturí y me lo clavó en el costado. Me propinó un puñetazo tras otro en la herida hasta

que el borde metálico dejó de verse. A medida que la cuchilla se adentraba en mi cuerpo la vista se me nublaba, pero aún saqué fuerzas de flaqueza. ¡No podía consentir que siguiese asesinando a personas inocentes por vengarse de mí!

Durante un segundo pensé que si me mataba se detendría y a lo mejor volvería a ser la misma Lydia que conocí y de la que me enamoré. Pero luego vi la cara de Allan insinuándoseme, la de Clea con su café mañanero, incluso la de Carmen, el día que le di el puñetazo, la de Beth, Ramón y Elvira, en sus vídeos con esas preciosas sonrisas y su afán para que la gente sintiese el cosquilleo y la relajación del ASMR.

Lydia estaba desquiciada, pero tenía razón en una cosa, ¡todo había ocurrido por mi culpa y si me rendía los siguientes crímenes que cometiese también lo serían!

Cogí un trozo de cristal roto que vislumbré a mi lado, lo levanté con la intención de terminar aquella locura, mis ojos se detuvieron en los suyos, haciendo que titubease el tiempo suficiente para que Lydia recuperase el control y me derribase. Estaba perdiendo demasiada sangre, aun así me puse en pie a la vez que ella me imitaba, con la pistola apuntándome a la cabeza como la vez que lo hizo contra aquel malnacido en el muelle.

—¡Perdiste! —exclamó triunfante.

Cerré los ojos esperando el disparo. Tras escucharlo y no sentir nada, aparte del dolor que ya tenía en todo el cuerpo, los volví a abrir y descubrí a Lydia tendida en su propia sangre. ¡Tras ella estaba Joseph! Me dejé caer de rodillas y este acudió a mi lado, taponándome la herida mientras llamaba a una ambulancia.

—¿Cómo? —Logré balbucear.

—Las mujeres no caen del cielo, y desde que estuve con cierta morena borde e irrespetuosa, que suele meterse en líos y hacer lo que le da la gana, acostumbro a llevar un localizador a mano —me explicó intentando ocultar su preocupación.

—Tienes que hacerte mirar eso de espiar a las mujeres —susurré, con una mueca de dolor.

Diecisiete

El tiempo que pasé en el hospital se me hizo interminable. Me tenían de morfina hasta las cejas; al parecer el bisturí causó más daños de los que pensé y por lo visto faltó poco para que la palmase.

Mi primera visión nada más despertar, para mi disgusto, fue a Dupin roncando en el sillón destinado a los acompañantes. Lo cierto es que regresar de la muerte para ver a un Papá Noel urbano con la boca abierta no era lo más apetecible, pero al menos me hizo sonreír. Le tiré una revista a la cabeza y me hice de nuevo la dormida, pero del esfuerzo me dio un latigazo horrible en la herida y me delaté sola.

—¡Warne! Creo que está viva porque en el infierno no la quieren —me dijo al despertarse y se rio.

Le conté lo que había ocurrido, mientras él asentía y arrugaba la frente todavía más de lo que ya la tenía.

—Siento que haya tenido que pasar por todo eso —me reconfortó.

—Y yo no haber podido hacer nada para evitar tantas muertes —me lamenté con los ojos anegados.

—Kate, nadie es mejor que usted en su trabajo.

Justo cuando me estaba deleitando con su adulación apareció Joseph con una enorme caja de bombones.

—¿Cómo sigues? —preguntó, sorprendido de ver al jefazo sentado en mi cama.

—Mejor, ¿eso es chocolate? —pregunté sabiendo la respuesta—. El capitán me estaba recordando lo valiosa que soy para el Cuerpo de Policía.

—Por eso mismo vine. Me jubilo en unos meses así que tendrá tiempo para recuperarse. Será la nueva capitana, si es que acepta el puesto.

La noticia me cogió tan de sorpresa que casi me ahogo con un bombón.

—¿Yo? —pregunté asombrada.

—Se necesita gente con corazón, coraje y valores para dirigir una comisaría —agregó, haciéndome sonrojar y consiguiendo que, por un instante, olvidase toda la destrucción que había vivido durante este caso.

El teléfono de ambos hombres sonó al mismo tiempo.

—¿Qué ocurre? —pregunté desconcertada.

—Han secuestrado a una niña. Tenemos que irnos —me comunicó Joseph dándome un beso en la frente y aguardando a Dupin en la puerta.

—Tengo a dos agentes vigilándola —me indicó el jefe.

—Imagino que ya no hay nadie que quiera verme muerta —musité en un tono preocupantemente triste.

—No es el mundo quien me inquieta, sino tú. Estoy seguro que en cuanto nos demos la vuelta, te vestirás y saldrás corriendo con la capa y la máscara a luchar contra el crimen —sonrió burlón.

Cuando se marcharon noté una brisa en la cara. Miré la ventana y la hallé entreabierta. Desde la cama se podían ver las escaleras contra incendios llamándome. Intenté levantarme, pero el dolor me lo impidió.

—Mañana —me dije en alto.

Y volví a dormirme.

GLOSARIO DE NOMBRES

Kate Warne

En el 1855, entró a las oficinas de quien era el primer detective en la historia estadounidense, Allan Pinkerton, para pedirle trabajo como investigadora. Entre sus argumentos estaba el que, como mujer, podría infiltrarse en ambientes donde los hombres no podían entrar y hacerse amiga de las esposas de los sospechosos para conseguir información. Al día siguiente de esa entrevista, Warne se convirtió en la primera mujer detective en la historia de Estados Unidos. Warne, viuda a los 25 años y nacida en Nueva York, fue tan exitosa en su trabajo que no tardó en convertirse en la mano derecha de Pinkerton. Él comenzó a contratar a más mujeres investigadoras y Warne terminó supervisando un departamento de detectives donde todas eran mujeres.

Joseph Bell

La gente dice que Joseph Bell fue el que había inspirado a sir Arthur Conan Doyle para escribir sobre Sherlock Holmes. Fue cirujano personal de la reina Victoria y también enseñó en la escuela de medicina de la Universidad de Edimburgo. Inspiró el inicio de algunas de las técnicas forenses que son famosas en el campo de la ciencia forense en la actualidad.

Clea Koff

Con solo veintitrés años fue seleccionada para unirse a un equipo de quince expertos forenses para ir a Ruanda con el fin de investigar la evidencia física de los crímenes de guerra. También es la fundadora de «El Centro de Recursos de identificación para Personas Desaparecidas», que ayuda a las familias a encontrar a las personas desaparecidas en los Estados Unidos. También ha escrito un libro sobre su experiencia en Ruanda, El lenguaje de los huesos. Una antropóloga forense busca la verdad en las fosas comunes de Ruanda, Bosnia, Croacia y Kosovo.

Cressida Dick

A los cincuenta y seis años fue nombrada como la primera jefa de policía en los ciento ochenta y siete años de vida de Scotland Yard. «Hoy es un día histórico en Londres», proclamó el alcalde Sadiq Khan, en el momento de dar la bienvenida a la primera mujer en asumir el mando de la mayor fuerza policial de Europa, con cuarenta y tres mil agentes y un presupuesto de tres mil seiscientos millones de euros. Cressida Dick llegó a ser responsable de la unidad contraterrorista de la policía londinense, pero sus relaciones tensas con el entonces jefe de policía, Bernard Hogan-Howe, propiciaron su salida a un puesto de menor relevancia en el Foreign Office. Hogan-Howe abandonó el cargo cinco años después.

Allan Pinkerton

Fue un detective y espía escocés que fundó la Agencia Pinkerton, la primera agencia de detectives del mundo. En 1849, Pinkerton fue designado como el primer detective de Chicago. En la década de 1850, se asoció con el abogado de Chicago, Edward Rucker para fundar la North-Western Police Agency, que pasaría a llamarse más tarde la Agencia Pinkerton. La insignia de la agencia era un ojo abierto de par en par con el lema: «Nunca dormimos».

Henry C. Lee

Nacido en el año 1938, Henry C. Lee fue uno de los más famosos científicos forenses. Había trabajado en más de seis mil casos. Algunos de los más conocidos donde asistió fueron: el asesinato de una niña de seis años, JonBenet Ramsey, reina de la belleza, supuestamente a manos de sus padres, nunca se demostró. El suicidio de Vince Foster, el asesinato de la madre Laci Peterson, etc. En la actualidad, es miembro de la facultad en la Universidad de New Haven y también se desempeña como jefe emérito de la Policía Estatal de Connecticut.

Rich Skrenta

Hace treinta y un años, Rich Skrenta, un joven de quince años de Pittsburg, inició un camino que hasta hoy se presenta como uno de los peligros más comunes para los usuarios de ordenadores al crear a Elk Cloner, un virus que se propagaba vía disquete en el sistema operativo utilizado en los Apple II. Su método consistía en copiarse de un dispositivo a otro, y tenía como objetivo molestar a los usuarios, enviando un poema cada cincuenta reinicios del aparato.

Carmen de Burgos y Seguí

También conocida por el pseudónimo de Colombine. Fue periodista, escritora, traductora y activista de los derechos de la mujer española. Se la considera la primera periodista profesional en España y en lengua española por su condición de redactora del madrileño Diario Universal, en 1906, periódico que dirigía Augusto Figueroa. Firmó también con seudónimos como Gabriel Luna, Perico el de los Palotes, Raquel, Honorine o Marianela.

Joseph Petrosino

Fue teniente del Cuerpo de Policía de la ciudad de Nueva York. Está considerado como el pionero en la lucha contra el crimen organizado. Era originario de la población italiana de Padua y emigró junto a su familia a los Estados Unidos cuando tenía catorce años. Con veintitrés, se unió al Cuerpo de Policía donde fue ascendiendo gracias a su buen olfato para resolver los casos que se le asignaban, pero también a su buena amistad con Theodore Roosevelt, quien por aquel entonces, 1883, era el comisionado de la policía neoyorquina y años más tarde (1901-1909) llegaría a ser el vigésimo sexto presidente de los Estados Unidos. Esto le valió a Petrosino para ascender con facilidad hasta teniente y ponerse al frente de un cuerpo de élite cuya misión sería poner fin a la creciente presencia de miembros de la mafia italiana, cada vez más numerosa en la ciudad de Nueva York y otras capitales del país.

María Ángeles Molina Fernández

Condenada a veintidós años de prisión por falsedad documental y asesinato, el 19 de marzo de 2012. Posteriormente, el 5 de junio de 2013, el Tribunal Supremo rebajó la

condena a dieciocho años de cárcel tras cambiar la consideración del crimen de asesinato a homicidio doloso. Molina suplantó la identidad de la víctima durante dos años para contratar préstamos bancarios y seguros de vida de más de un millón de euros.

Elizabeth Short

Fue una mujer estadounidense, víctima de un muy publicitado asesinato. Apodada como La Dalia Negra. Short fue encontrada severamente mutilada. Su cuerpo descuartizado fue encontrado el 15 de enero de 1947 en Leimet Park. Su asesinato, todavía no resuelto, ha originado muchas suposiciones y ha servido de inspiración para películas, libros y obras de arte plástico.

Edmundo Chirinos

Considerado, por entonces, referencia obligada de la Psicología y Psiquiatría en Venezuela. Era un hombre basado en las teorías de Freud, quien analizó innumerables casos desconcertantes, mentes criminales y conductas irracionales. Era el mismo que atormentado por la relación amorosa que sostenía con la joven de 19 años, la asesinó convirtiéndose en su paciente más incomprendido, más frío y cuya personalidad, todavía para muchos, continúa indescifrable.

Miguel Maldonado

Médico legista, psiquiatra y perito médico forense.

Virginia o La Marquesa de oldoini

Esta italiana se convirtió en la amante del rey de Francia, de Napoleón III quien estaba casado con la española Eugenia de Montijo. Con solo pisar el suelo de la Ciudad de la Luz deslumbró a toda la Corte hasta que el rey se fijó en ella, tal y como estaba previsto. Sus trabajos como agente, pasando informaciones de gran valor, contribuyeron a lograr la ansiada Unificación Italiana. Hasta que fue descubierta y devuelta a su casa con veintisiete años. Murió sola y mayor, en 1899 olvidada, esta mujer extremadamente sofisticada, hermosa y audaz, y una de las espías más famosas en la historia por su proeza con la realeza.

Lydia Sherman

La reina del veneno, como fue llamada durante su juicio, fue una de las asesinas más frías, avaras y exitosas del siglo XIX. Por dinero envenenó a tres esposos y todos sus hijos.

Ramón Lasso

Asesinó a su mujer y a su hijo, de seis años. Por el parricidio cumplió siete de los 57 años a los que fue condenado. Diez años después, lo detuvieron por la desaparición de Mauricio y Julia, cuyos cuerpos aún no se han encontrado. Ramón Lasso perfeccionó cada asesinato. Frío, meticoloso, no daba un paso sin saber a dónde se dirigía. Encantador, envolvente, no perdía de vista cada detalle que le rodeaba. Un psicópata de libro que no dudó en definirse ante el juez como «una buena persona» y del que dicen, los que siguieron sus pasos, que sólo actuaba por dinero. El fiscal pide ahora para el llamado «asesino de los viernes» 30 años por un doble homicidio.

C. Auguste Dupin

Es un detective de ficción creado por Edgar Allan Poe. Dupin hizo su primera aparición en Los crímenes de la calle Morgue, de Poe, en 1841, considerado el primer

relato policial. Vuelve a aparecer en *El misterio de Marie Rogêt*, en 1842 y en *La carta robada*, de 1844. Sirvió de modelo al resto de los personajes del género.

Glosario de Lugares

CALLE Antonio Grillo

Calle de Madrid conocida por sus numerosas muertes y asesinatos. En el número tres se cometieron ocho asesinatos desde 1945 (y solo en 19 años). Ese año unos ladrones asesinaron al camiserero del primero; 17 más tarde, un sastre mató en el 3ºD a su mujer y a sus cinco hijos antes de suicidarse; dos años después, en 1964 y también en el tercero, una mujer estranguló a su bebé, que fue encontrado metido en un cajón del armario. En el número 9, en unas cuevas, hoy en desuso, del edificio, aparecieron acumulados gran cantidad de fetos humanos.

BAR El lobo feroz

En enero de 1989, unos albañiles hallaron los cuerpos de dos meretrices en el sótano de un mesón de Madrid. El homicida y dueño del bar El Lobo Feroz fue condenado a 72 años de cárcel. Solo cumplió 15.

Casa de la niña asunta

Asunta Yong Fang Basterra Porto nació el 30 de septiembre del 2000 en Yongzhou (China), y fue adoptada el 9 de junio del siguiente año, con apenas 9 meses de vida. Supuestamente asesinada por sus padres adoptivos a los doce años de edad.

CASA de Michael Madison

Presunto homicida de las tres mujeres negras cuyos cadáveres fueron encontrados envueltos en bolsas de plástico, fue acusado de seis cargos.

Agradecimientos

Este libro ha sido un reto personal, mis lectores sabéis que de vez en cuando me gusta cambiar de género y este, en particular, ha sido uno de los libros que más tiempo he tardado en documentar, y estoy contentísima de esas horas de investigación.

Tengo que agradecer a los asmrístas que me han ayudado resolviendo mis dudas y explicándome, con toda la paciencia del mundo, los distintos métodos que tienen de trabajar, sin ellos el libro no sería igual de interesante. Adentrarme en ese fantástico mundo de «cosquillas» ha marcado un antes y un después en mi vida nocturna.

Muchas gracias a Susurros del sur, Tu momento para respirar Asmr, Susurros para relajar, RTM ASMR y El ASMR, sois geniales los cinco, sin vosotros esta historia no sería igual.

Mil gracias a Noni García por atreverse a ayudarme con los desbarajustes de las nuevas tecnologías.

Suelo tener cinco lectores cero por libro, pero este, al ser un género nuevo para mí, ha necesitado alguno más. Muchas gracias a Jose Alonso, Puri Real Garry, Nuria Zambrana, Eva María Rendón, Alejandro Alcalde, Francisco Vela, Aroa Cavill, Sara Halley, Sylvia Corbacho, María Esteban y Helena Sivianes. Espero que el resto de los lectores tengan esas mismas ganas de saber quién es el asesino.

No puedo olvidar a la creadora de la magnífica portada de este libro, Mónica Gallard. Ella tiene la habilidad de meterse en mi cabeza y plasmar mis pensamientos en un papel. ¡Eres espectacular! Muchas gracias por trabajar conmigo.

Todos piensan que un libro lo hace el escritor, y en parte es cierto, pero detrás de sus páginas hay un trabajo en equipo de muchas personas, no puedo olvidarme de Israel Alonso, que se ha encargado de la maquetación de este thriller. Muchas gracias.

No me puede faltar Mercedes Gallego a quien metí en el embolado de escribir el prólogo, gracias.

La corrección de este libro ha sido obra de María Elena Tijeras, ella es toda una profesional con la que espero volver a trabajar. Gracias por todo.

Y por último y más importante para mí; a mi hija, mi marido y mi madre sin los que mis horas sentada delante de la pantalla de un ordenador serían imposibles. Os quiero con locura.

1 . Cotón de Tuléar es una raza de perro miniatura cuyo nombre proviene de la provincia de Toliara, en el sur de Madagascar y por su manto de textura similar al algodón.

2 . Saco sudario: bolsa que se emplea para cubrir el cuerpo o el rostro de un muerto.

En la antigüedad, dicho lienzo era considerado como una manifestación de respeto hacia el individuo fallecido.

3 . Hisopo: bastoncillo.

4 . Binaural: método de grabación que emplea dos micrófonos e intenta crear un efecto de sonido tridimensional para el oyente, que consiste en la sensación de estar en una habitación con los músicos. Se basa en la imitación de cómo el oído humano interpreta los sonidos y en la forma lobular de estos.

5 . Potar: forma coloquial de decir «vomitar».

6 . Asmríst: personas que realizan vídeos de ASMR.

7 . Padawan: en Star War era un niño, o en algunos casos un adulto, que comienza un serio entrenamiento por parte de un Caballero Jedi o un Maestro Jedi, elegido por el mismo Caballero o Maestro de las filas de los Iniciados Jedi.

8 . Yoda: es un personaje ficticio del universo Star Wars.

9 . Higo chumbo: es el fruto de la chumbera. Una de sus características principales es la presencia de pinchos o pelusas, pequeñas y muy finas, en su piel.

10 . NaClO: hipoclorito de sodio.

11 . HCl: ácido clorídrico

12 . Sinsajo: ave de una novela de ciencia ficción distópica.

13 . Pi: relación entre la longitud de una circunferencia y su diámetro en geometría euclidiana. Es un número irracional y una de las constantes matemáticas más importantes. π

14 . Una mosca cojonera es un incordio de persona, lo que los argentinos llaman un rompe pelotas; los españoles, un hinchapelotas; los anglosajones, a pain in the ass y podríamos traducir, con alguna libertad, como un grano en el culo.

15 . Luminisol: los investigadores forenses usan luminol para detectar trazas de sangre en las escenas del crimen, pues el luminol reacciona con el hierro presente en la hemoglobina.

16 . Cosplay es una especie de moda representativa, donde los participantes, también llamados cosplayers, usan disfraces, accesorios y trajes que representan un sujeto específico o una idea.

17 . Chichón: bulto en la cabeza producido por un golpe.

18 . Tomar por el pito del sereno: se usa cuando nos referimos a alguien al que no le hacemos el más mínimo caso, le ignoramos, directamente como si no estuviera.

19 . Déjà vu: sensación de haber pasado con anterioridad por una situación que se está produciendo por primera vez.

20 . Combined DNA Index System (CoDIS) es la base de datos nacional de EEUU, creada y mantenida por el FBI.

